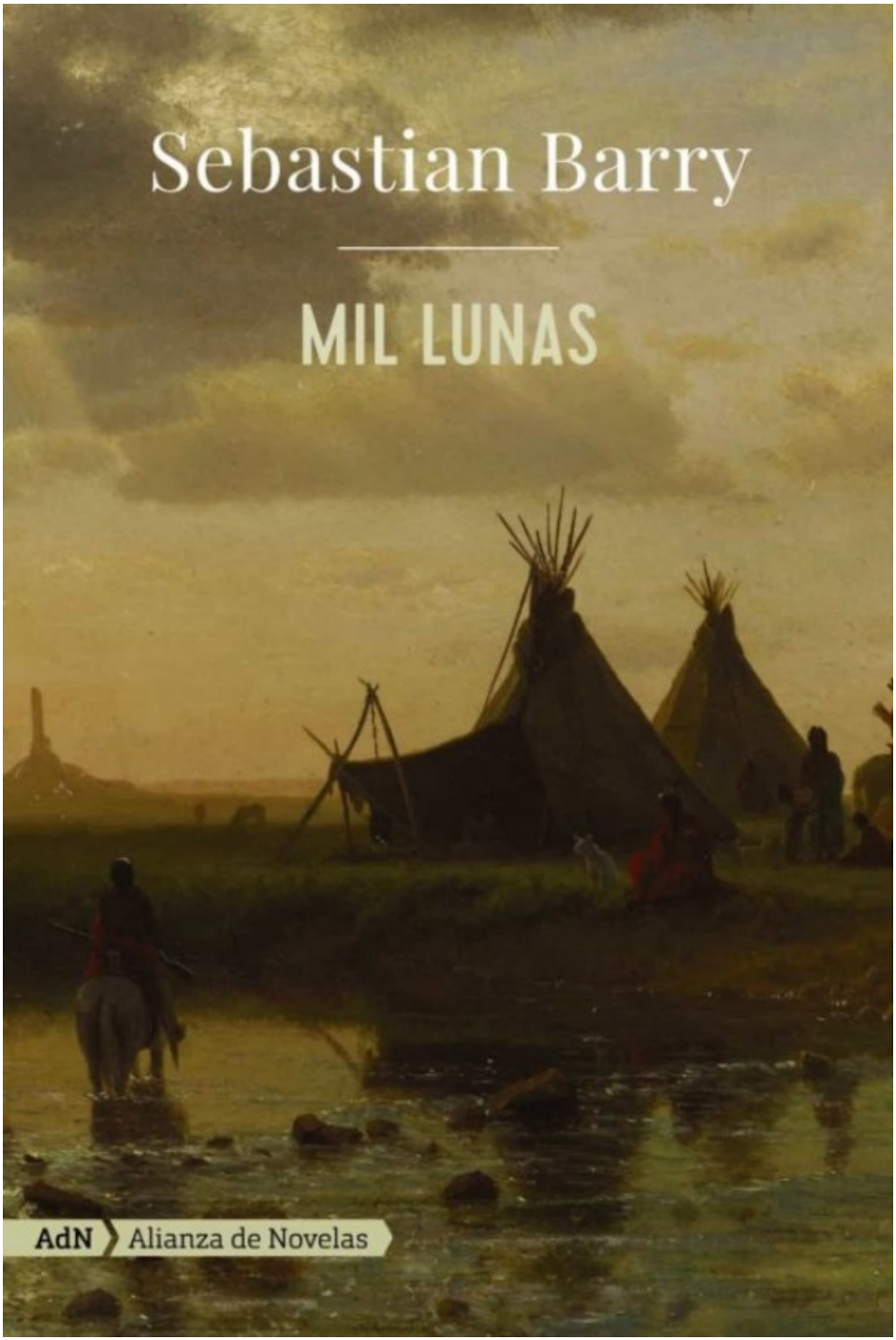
Sebastian Barry

MIL LUNAS



AdN Alianza de Novelas

Sebastian
Barry

MIL LUNAS

Traducido del inglés por Susana de la Higuera

AdN Alianza de Novelas

Para C

Algunas veces incluso vivir es un acto de coraje.

SÉNECA

1

Me llamo Winona.

En otros tiempos, yo era Ojinjintka, que significa ‘rosa’. Thomas McNulty se esforzó mucho por intentar pronunciar ese nombre, pero no lo consiguió, así que me puso el nombre de mi prima muerta porque era más fácil en su boca. Winona significa ‘nacida primera’. Pero yo no nací la primera.

Mi madre, mi hermana mayor, mis primas, mis tías; todas fueron asesinadas. Eran almas de los lakotas que vivían en esas viejas llanuras. Yo no era tan pequeña como para no recordarlo, tal vez tenía seis o siete años, pero aun así no me acordaba de nada. Sabía que había sucedido porque, después de aquello, los soldados me llevaron al fuerte y era huérfana.

Una niña puede sufrir muchos cambios drásticos. Para cuando volví con mi gente, era incapaz de conversar con ellos. Recuerdo estar sentada en el tipi con las otras mujeres y no poder responderles. Yo tendría entonces unos trece años más o menos. Al cabo de unos días encontré de nuevo las palabras. Las mujeres se abalanzaron hacia mí y me abrazaron como si yo acabara de llegar a ellas en ese mismo momento. Solo cuando hablé en nuestra lengua, pudieron verme de verdad. Entonces Thomas McNulty vino a buscarme otra vez y me llevó de vuelta a Tennessee.

Incluso cuando sales de una sangrienta matanza y del desastre, al final no te queda más remedio que aprender a vivir. Tienes que mirar a tu alrededor, ver cómo está la situación y cultivar o comprar las cosas según sea el caso.

El pequeño pueblo que teníamos cerca en Tennessee se llamaba Paris. La granja de Lige Magan estaba a unas siete millas. Habían transcurrido unos cuantos años desde la guerra, pero el pueblo todavía estaba lleno de rudos soldados de la Unión, rascándose la barriga, y los derrotados muchachos *butternut*[1] eran una especie de presencia secreta, aunque no

vestían de uniforme. Vagabundos en cada camino perdido del Señor. Y la milicia del estado vigilando a esos vagabundos.

Era un pueblo con muchos ojos al acecho, un lugar incómodo de todas maneras.

Para poder presentarte en un almacén de textiles a comprar algo, tenías que saber hablar el mejor inglés o, si no, pasaba otra cosa. En el fuerte, la señora Neale me enseñó mis primeras palabras de inglés. Más tarde, John Cole me consiguió dos libros de gramática. Me los estudié de pe a pa.

Ya es bastante malo ser india sin hablar como un cuervo. Los blancos de Paris tampoco es que hablaran todos bien. Algunos eran de otros lugares. Alemanes y suecos. Algunos eran irlandeses como Thomas McNulty, y solo comenzaron a hablar inglés cuando llegaron a América.

Pero yo, siendo una muchacha india, supongo que tenía que hablar como una emperatriz. Por supuesto que podría haber presentado la lista de artículos que me había escrito Rosalee Bouguereau, que trabajaba en la granja de Lige. Pero era mejor hablar.

Si no, lo que iba a pasar es que me iban a pegar así como así cada vez que fuera al pueblo. El hablar inglés era lo que me mantenía a salvo de todo eso. Algún granjero desgreñado podría echarte un vistazo y darse cuenta de la piel oscura y el pelo negro y pensar que eso le daba derecho a darte una buena paliza. Nadie le iba decir ni mu por eso. Ni el sheriff ni su ayudante.

No era ningún delito pegar a un indio, en absoluto.

A John Cole, a pesar de que había sido soldado y era un buen granjero, lo trataban mal en el pueblo, solo porque su abuela o la mujer antes que su abuela había sido una india. Así que lo llevaba escrito un poco en la cara. Ni siquiera hablar inglés lo protegía. Quizá porque era un hombre grande y adulto, no podía esperar misericordia todo el tiempo. Tenía una cara encantadora, como refería la gente, y en especial Thomas McNulty, pero supongo que los habitantes del pueblo a veces veían al indio que había en él. Una vez le propinaron tal paliza que entonces no fue más que una tabla de sufrimiento en la cama y Thomas McNulty juró que entraría allí y mataría a alguien.

Pero la pega que tenía Thomas McNulty era ser pobre.

Todos éramos pobres. Lige Magan era bastante pobre, y eso que él era el dueño de la granja, y nosotros éramos aún más pobres que Lige.

Mucho más pobres que Lige.

Cuando una persona pobre hace cualquier cosa, tiene que hacerlo sin hacer ruido. Cuando una persona pobre mata, por ejemplo, tiene que hacerlo sin hacer nada de ruido y correr tan rápido como esos cervatillos que salen volando del bosque.

Además, Thomas había estado en la cárcel de Leavenworth por deserción, por lo que los uniformes que vagaban por el pueblo lo ponían nervioso, a pesar de que siempre afirmaba que amaba al ejército.

Yo misma estaba por debajo de Rosalee Bouguereau. Ella era una santa de mujer de piel negra, os lo aseguro. Solía salir y cazar conejos con el rifle de su hermano por los bosques más allá de la granja de Lige. En la famosa batalla contra Tach Petrie, al menos famosa para nosotros, cuando sus acólitos y él intentaron robarnos, avanzando sobre nuestra granja con implacable determinación, ella se distinguió por recargar los fusiles más rápido de lo que se había visto nunca, así lo dijo John Cole.

Pero ella había sido una esclava antes de la guerra, y una esclava está muy abajo a ojos de los blancos, por supuesto.

Así que yo estaba todavía más abajo que eso.

Yo no era más que las cenizas de un incendio indio a ojos de la gente del pueblo. Los indios en masa habían desaparecido hacía mucho tiempo del condado de Henry. Cheroquis. Chickasaws. A la gente no le gustaba ver cómo un ascua volvía a la vida.

A ojos del Gran Misterio, todos éramos almas iguales. Intentar adelgazar nuestras almas lo suficiente como para colarnos en el paraíso. Eso es lo que decía mi madre. Todo lo que recuerdo de mi madre es como el pequeño morral que lleva un niño para guardar ahí dentro todo lo que es valioso para él. Cuando un amor como ese es tocado por la muerte, entonces algo más profundo incluso que la propia muerte crece en tu corazón. Mi madre se preocupó muy mucho por nosotras, por mi hermana y por mí. Se volcó en lo rápido que podíamos correr y lo alto que podíamos saltar, y nunca se cansó de decirnos lo guapísimas que éramos. Solo éramos unas niñas,

allí en las llanuras, bajo la luz de las estrellas.

A Thomas McNulty a veces le gustaba decirme que yo era tan bonita como las cosas que él consideraba bonitas: rosas, petirrojos y cosas así. Lo que hacía era hablarme como una madre, ya que yo había perdido a la mía. No dejaba de ser extraño que en las viejas guerras él hubiera matado a muchos de los míos cuando era soldado. Podría haber matado incluso a algunos de mi propia familia, no lo sabía.

«Yo era demasiado pequeña como para acordarme», le decía yo. Por supuesto que no era verdad, pero para el caso daba igual.

Solía hacerme sentir muy rara oírle hablar de todo aquello. Empezaba por sentir que ardía desde las entrañas de mi cuerpo. Tenía mi propia pistola de mujer que el poeta McSweny me había dado en Grand Rapids. Podría haber disparado a Thomas con ella. A veces pensaba que debía disparar a algo, disparar a alguien. Por supuesto que disparé a uno de los hombres de Tach Petrie, aunque no durante la famosa batalla en realidad, sino en otro momento, cuando nos asaltaron en el camino, y lo alcancé en todo el pecho. Él me disparó también, pero no fue más que un rasguño y no una herida.

Mi herida en realidad era ser una niña perdida. El asunto es que fueron ellos los que me curaron: Thomas McNulty y John Cole. Habían hecho las cosas más detestables de las que eran capaces, supongo. Así que ambos me causaron la herida y luego la curaron, lo cual no deja de ser la cruda realidad en cierto modo.

Supongo que no tuve elección en el asunto. Una vez que te arrancan de tu madre, no puedes volver a alcanzarla nunca más. No puedes gritar «espérame» cuando los vientos se tornan gélidos bajo la luna llena del lobo y ella camina muy por delante de ti a través de las hierbas en busca de leña.

Así que Thomas McNulty me rescató dos veces. La segunda fue cuando Thomas se aventuró de nuevo en el campo de batalla, escoltándome, mientras yo iba vestida de tamborilero y Starling Carlton quería matarme allí mismo. Nos topamos con él mientras él blandía su espada y vociferaba. Dijo que había que matar a todos los indios, que eran órdenes del mayor, y que él iba a hacer eso mismo. Así que Thomas

McNulty no tuvo más remedio que matarlo. Thomas estuvo muy triste por eso. Habían sido soldados juntos mucho tiempo.

Me acordaba de todo eso con bastante claridad.

A menudo, cuando era niña, lloraba sin motivo. Me alejaba y buscaba un lugar apartado. Allí soltaba las lágrimas y se me nublaba tanto la vista que era como si me hubiera quedado ciega. John Cole venía a buscarme. Y tenía el buen juicio de abrazarme y no pedirme que le dijera nada para lo que no tenía palabras, ni en inglés ni en lakota.

John Cole. Expresaba gran parte del amor que sentía por mí con cosas prácticas. Me consiguió los libros de gramática, como ya conté, y se puso a enseñarme, a pesar de que él mismo no era muy instruido. No solo me enseñó las letras, sino también los números.

Cuando Lige Magan pensó que ya estaba lista, fue a pedirle un empleo a su amigo el abogado Briscoe. Todo ese tipo de trabajo se me daba muy bien: escribir y hacer cálculos. Estaba muy orgullosa de hacerlo.

El abogado Briscoe tenía una bonita casa y un jardín con flores que no eran de Tennessee, rosas de Inglaterra en su mayoría. Escribió un libro sobre sus rosas, que se imprimió en Memphis. Ocupaba un lugar de honor en su despacho.

Ojinjintka significa ‘rosa’, como ya dije. No sé qué tipo de rosa. Quizá una rosa perdida de la pradera.

No una verdadera rosa como la del abogado Briscoe. Una rosa para mi pueblo.

El abogado Briscoe insistía en dejarme sus preciados libros. Me los llevaba a casa y los leía en el salón junto a la estufa. La brisa del prado acariciaba las páginas una y otra vez. Esas agradables noches en las que no había nada que hacer salvo escuchar a Tennyson Bouguereau, el muy querido hermano de Rosalee, mientras cantaba esas viejas canciones que se sabía. Yo misma me ensimismaba en mis pensamientos. Esos pensamientos que los libros me traían a la mente.

Por supuesto, todo eso sucedió antes de que apareciera Jas Jonski. Un muchacho que nunca había leído un libro, pensándolo bien. Apenas si podía escribir una carta.

Debieron de ser los años setenta, después de la guerra, y después de que Thomas volviera a casa tras salir de la cárcel. Incluso puede que fuera el año en que mataron al general

Custer. O justo antes.

Pero todos los años pasaron volando. Como ponis corriendo a través de las hierbas infinitas.

---

[1] *Butternut*: nombre dado a los soldados confederados por el uniforme que llevaban, confeccionado con una tela basta pero resistente, teñida con aceite de nuez o de semillas de calabaza *(butternut oil)*. *(N. de la T.)*

2

Jas Jonski era el empleado del almacén de textiles. Trabajaba para un fantasma de hombre miserable llamado señor Hicks. La primera vez que entré en la tienda, supe que le gustaba.

—Eres la hija de John Cole —dijo, sin asomo de miedo.

—¿Cómo sabes que soy la hija de John Cole? —respondí. Por mi parte, me preocupaba que me reconocieran siquiera.

Dijo que el otoño anterior nos había llevado algunos suministros pesados en la carreta y que se sorprendía de que no me acordara, porque además él me había dedicado un cumplido.

—Ahora eres todavía más guapa —añadió, valiente como el que más.

Yo no sabía qué decirle. De alguna manera aquello era como una emboscada repentina. Estaba lista para defenderme. Thomas McNulty decía que una muchacha tenía que estar segura y saber cómo usar su cuchillo, su pistolita y todo eso. Guardaba también un pequeño y afilado cuchillo en el dobladillo de la enagua, por si me fallaba la pistola. Era de acero inglés. Thomas McNulty me enseñó los mejores sitios donde clavar un cuchillo si quieres detener el ataque de alguien.

Pero cada vez que iba al pueblo a por provisiones, él se mostraba amable conmigo. Como si quizá hubiera alguien en el pueblo en quien confiar. Había algo entre nosotros, pero yo no tenía un nombre para ello. Me parecía algo bueno. Empecé a estar ansiosa por verlo y solía meterle prisa a las mulas para llegar allí lo antes posible, para fastidio de las mulas.

Sí, Jas Jonski bebía los vientos por mí, y un día, tras seis meses de beberse vientos y tempestades por mí, y todo lo demás, mi carreta perdió una rueda y él me llevó a la granja de Lige Magan, y se puso a hablar con Thomas McNulty. Thomas McNulty hablaba hasta con el mismísimo diablo, así que Jas

Jonski no tuvo el menor problema con él. Y de ese modo Thomas McNulty y John Cole comenzaron a saber quién era él. Nunca vi a John Cole mirar a alguien con menos admiración.

Pero Jas Jonski estaba ciego o enamorado y no pareció darse cuenta. Empezó a venir a la granja con frecuencia y, cuando se enteró de que a Thomas McNulty le gustaba esa melaza cara que venía de Nueva Orleans, solía traerle un tarro de vez en cuando. Se sentaba allí, radiante y parlanchín, mientras Thomas sacaba la melaza con una ramita como un oso y John Cole fruncía el ceño sin decir esta boca es mía. A John Cole la melaza le traía sin cuidado, a menos que fuera la melaza que se echaba al tabaco después de la cosecha. Jas Jonski estaba radiante, como un sol que no querría ponerse nunca por muy oscura que fuera la noche.

—Me gusta el pueblo —dijo Jas Jonski a John Cole—, pero también me gusta mucho todo este campo.

John Cole no dijo nada.

Lo más que permitía John Cole como cortejo era un paseo de diez minutos por el bosque con Jas Jonski. Ni siquiera tenía permiso para cogerle la mano. La modesta ambición de Jas Jonski era poseer su propia tienda y también hablaba vagamente sobre mudarse a Nashville, donde tenía familia. No pocas veces se detenía y me miraba para declararse. Era sumamente agradable contemplar su cara sonrojándose con todas sus fervientes proclamas. Al igual que en los libros de cuentos, declaraba su amor.

Hasta que Jas Jonski pensó que haría bien en casarse conmigo y me preguntó sobre el asunto. Yo no sabía cuántos años tenía yo, pero supongo que aún no había cumplido los diecisiete. Nací bajo la luna llena del ciervo, eso era todo lo que sabía con certeza. Él dijo que tenía diecinueve años. Era un chico pelirrojo con la cara quemada todo el año, no solo en pleno verano.

Fue entonces cuando a John Cole también se le puso la cara roja. Acalorada como un bagre hervido.

—No, señor, no, señora —se negó.

Yo trabajaba para el abogado Briscoe después de todo, lo que era una ocupación insólita para una muchacha y ya no digamos para una india. Creo que John Cole albergaba la intención de que yo fuera la primera presidenta india.

Bueno, se me antojó que me gustaría mucho casarme con Jas Jonski. Me gustaba cómo sonaba aquello. Alcanzaba a verlo en cierto modo. Me había hecho una imagen de ello en la cabeza. Ni siquiera le había besado todavía, pero sí que me veía levantando la cara hacia ese beso. Nos cogíamos de la mano cuando John Cole no nos podía ver.

Pero John Cole, siendo un hombre sabio, vio otro tipo de cosas. No tenía imágenes de color de rosa. Sabía cómo era el mundo y qué diría el mundo, y luego qué haría el mundo. Cuánta razón tenía en casi todo.

Pero yo tenía casi diecisiete años, o tal vez ya los tenía, y ¿qué sabía yo? Pues nada. Bueno, sabía algunas cosas. Muy en el fondo de mi mente había una pintura negra con sangre y gritos, que salpicaba chorros de sangre. La suave piel de bronce de mi hermana y de mis tías. A veces sí que recordaba cosas, o pensaba que las recordaba. Quizá decía que no me acordaba porque no quería hacerlo, ni siquiera para mí misma. Los casacas azules cayendo sobre nosotros, bayonetas, balas, fuego y almas asesinadas con violencia. No sé. Tal vez fuera solo lo que Thomas McNulty me había contado. Una pintura ennegrecida. Pero entonces, el largo y nítido recuerdo de lo que Thomas McNulty y John Cole hicieron, todos los formidables esfuerzos que llevaron a cabo para complacerme y darme protección.

Thomas McNulty no era una madre de verdad, pero casi. De vez en cuando incluso se ponía un vestido.

Yo pensaba que Jas Jonski podría tomar el relevo a John y Thomas en la tarea de complacerme y darme protección.

La verdad es que él no era un retrato del otro mundo con su cara colorada. Todo su aspecto parecía la parte inferior de un tronco caído cuando lo levantas. Pero, bueno, a unos veinte pasos de distancia doy fe de que tenía buena planta. De acuerdo, no era más que un muchacho corriente, un chico escuálido que descendía de los viejos polacos que habían venido a América, pero lo que de verdad importaba en él para la gente de Paris era que era blanco. Era un hombre blanco. Ahora bien, el amor puede ser ciego, pero la gente del pueblo no lo era. No tanto.

La gente que te repite las mismas cosas una y otra vez acaba desgastándote. Yo sabía que el señor Hicks pensaba que Jas

Jonski había perdido la cabeza. Incluso que yo le había hechizado de alguna manera. Anda que querer casarse con algo que se parecía más a un mono que a un ser humano; así fue como lo puso el señor Hicks. Jas Jonski me contó todo esto y estaba muy enfadado, pero quizá algo asustado también. Aunque Jas Jonski tenía una madre en Nashville, nunca me llevó allí a verla, ni nada por el estilo.

*

Llegó el día en que volví a la granja toda magullada. Rosalee Bouguereau se puso a gritar cuando me vio y me llevó fuera al lavadero, porque había que hacerme un trabajo secreto que no era conveniente que los hombres vieran. Después, me llevó a casa, mezcló una pasta de hojas y me la frotó suavemente en mi cara destrozada.

Cuando los hombres llegaron del trabajo, Thomas McNulty se puso a bufar y a rechinar los dientes.

—No sé cómo se os ocurre dejar que una niña vaya a ese pueblo —gruñó Rosalee Bouguereau.

—Anda, cállate —protestó su hermano Tennyson, pero ni siquiera él sabía lo que quería decir con eso. Su elegante rostro estaba blanco del susto.

Sentí como si los huesos de la cara se me hubieran quebrado como un plato que cae al suelo y se rompe en mil pedazos. Unos días más tarde, cuando salí a mojarme la cara en el barril de agua, pude ver, incluso en el agua temblorosa, que mi aspecto dejaba mucho que desear. Fue, además, el mismo día que empecé a temblar, al igual que el agua. Temblé durante dos semanas y, aunque dejé de tiritar, estuve segura de que algo dentro de mí, en lo más profundo de mi ser, siguió temblando mucho tiempo después. Como una bala que rebota y resuena por un barranco rocoso.

*

Mi vestido de boda solo estaba a medio coser en ese momento y Thomas McNulty solía tenerlo colgado de la silla de respaldo

alto, para poder llegar con comodidad y trabajar en él, cuando tenía un rato libre. Parecía una persona, blanca como un fantasma.

—No quiero casarme ahora, mejor guarda ese vestido para otro momento —le dije.

—Ten piedad de mí —respondió Thomas, con toda la angustia de una costurera que se ha pasado cosiendo horas y horas.

Había una especie de desesperación en la casa. Como si el cielo se hubiera desplomado y nadie tuviera las mulas ni las cuerdas necesarias para auparlo de nuevo.

John Cole dijo que iría al pueblo y hablaría con el sheriff Flynn.

—No seas necio —le dijo Thomas McNulty.

Se lo dijo amablemente, con ternura.

Era solo que quería hacer algo. En ese mundo, si se cometía una fechoría, sentías que algo se tenía que hacer enseguida para compensarla. Justicia. Incluso antes de que llegaran los blancos, creo que las cosas eran así. Mi madre solía contar una historia sobre mi propia gente de hacía cientos de años. Había una banda que hablaba nuestra lengua, pero que se había separado de nosotros y se puso a comerse a sus enemigos después de la batalla. Empezaron a ir a los lugares donde enterrábamos a nuestros muertos y a comérselos también, robando los cadáveres en plena noche. Intentaban capturar a uno de los nuestros para comernos. Cómo temblaba al oír esa historia. Con el tiempo, nuestra tribu terminó yendo a la guerra contra ellos y mató a muchos de los suyos. Al final, los últimos que quedaban se refugiaron en una gran cueva, así que amontonamos pilas de leña en la entrada y les dijimos que si no dejaban de comer gente, prenderíamos fuego a la madera. No quisieron dejarlo, así que encendimos la hoguera. Ardió durante una semana, en el corazón de la montaña.

Pero si para una niña escuchar aquello resultaba aterrador, también parecía hablar de justicia. Justicia. Hacer algo para enmendar las cosas enseguida. Es lo que querías hacer. Aunque significara matar. De lo contrario, podrían suceder cosas mucho peores. Thomas McNulty y John Cole también sintieron lo mismo; formaba parte de ese mundo en el que intentábamos vivir. Ellos habían defendido la granja aquella vez contra Tach

Petrie y su pandilla, como ya dije, cuando vinieron con sus fusiles para robarnos el dinero ganado con el tabaco ese año. Fueron valientes como el que más.

Pero éramos pobres y dos de nosotros éramos indios.

De todas maneras, pegar a un indio no era delito, como ya dije. Lige Magan fue a ver al abogado Briscoe, quien por supuesto era amigo suyo y de su padre, para dar fe de ello y dio fe de ello.

Lige Magan volvió con un estado de ánimo sombrío y pensativo.

Thomas McNulty y John Cole solo me tenían a mí en realidad. Quiero decir que no podían vivir sin mí. Que darían sus vidas por mí. Eso decían. Era terriblemente doloroso oírles decir eso y luego añadir que se sentían muy mal porque se había hecho daño a lo único de valor que tenían y no sabían qué hacer. Y que, tal vez, como había descubierto Lige Magan, no podían arreglarlo, aunque supieran cómo hacerlo.

Más al oeste simplemente se habrían puesto a pegar tiros, si hubieran sido capaces de dar con el culpable.

Thomas McNulty se preguntó si serviría de algo rastrear Paris en busca de vagabundos y quizá recorrer los caminos arriba y abajo hasta allí con ese mismo fin. John Cole replicó que, en estos días, en los caminos no había más que vagabundos y mendigos. Thomas McNulty suspiró y dijo que eso mismo habían sido ellos muchas veces.

No paraban de preguntar: «¿Pudiste ver quién fue? ¿Un hombre solo? ¿Alguien que conocías?». Yo seguía respondiendo: «No lo sé con certeza».

Me quedé junto a la pierna de John Cole como un perro que no está del todo seguro de si ha obrado bien o mal.

Porque yo creía que debería saberlo y me preguntaba si lo sabía. Recordaba muy vagamente que había forcejeado hasta lograr escapar del pueblo y, después, que había caminado dando tumbos como un poni malherido hasta que llegué a la casa del abogado Briscoe; y Lana Jane Sugrue, el ama de llaves, llamó a sus dos hermanos, que me llevaron a casa en la calesa del abogado Briscoe. Puede que estuviera llorando o no. Joe y Virg, los dos hermanos, apenas se atrevieron a mirarme y yo vi cómo intercambiaban nerviosas miradas. Me acordaba de que los campos y las tierras baldías iban desfilando mientras

espoleaban al pequeño poni hasta conseguir que echara espuma por la boca. Sentía cada bache de la pista a través del duro travesaño. Y entonces me dejaron con apenas una palabra en la parte de atrás de la granja de Lige.

No me dejaron delante de la casa.

3

Podría haber afirmado que había sido Jas Jonski quien me había destrozado la cara. Por supuesto que sí. Pero no lo tenía del todo claro en la cabeza. Ahí es donde deben vivir las historias. Claras como un bonito y vívido arroyo en lo alto de las colinas. Jas Jonski, un hombre al que ni siquiera había llegado a besar. Todo estaba demasiado oscuro para poder verlo con nitidez. Esa pequeña tempestad de temblores seguía recorriéndome todo el cuerpo de la cabeza a los pies. Alguien también se había metido dentro de mí porque yo estaba rota y hecha jirones ahí abajo. Podría haberles dicho que creía que era él, pero no sé qué carro ni qué pedregal les habría impedido matarlo. No habría importado entonces lo que fuera John Cole, ángel o indio; nada lo habría podido detener. Habría ido al pueblo con un fuego de venganza ardiendo en sus entrañas y nada habría podido salvar a Jas Jonski.

Yo no quería que colgaran a John Cole. Y tampoco tenía la historia del todo clara en la cabeza.

Si eras pobre en América, solo tenías que dar la impresión de haber hecho algo malo para que te colgaran.

De todos modos, quizá lo que pretendía era arreglar el asunto por mi cuenta. Recuerdo haber pensado eso. Era producto de la bravuconería de mi angustia. Hay un tiempo en el que tu padre y tu madre pelean tus batallas, recuerdo haber pensado, y hay un tiempo en el que debes afrontarlas por ti misma, y consideré que me había llegado ese momento.

Diré que estaba muy avergonzada. Sentía mucha vergüenza de que Rosalee tuviera que limpiarme. Me encontraba en un estado de estupor y vergüenza. No podía hablar, ni siquiera conmigo misma, sobre todo aquello. Así que en lugar de hablar, pensé: «Voy a resolver el asunto yo sola». Bueno, supongo que eso es bastante valiente. Pensamientos como ese son buenos y sirven por un tiempo, al menos durante cierto

momento. Pero ¿cómo se llevan a cabo?

*

Pudiera ser que esté hablando de cosas que ocurrieron en el condado de Henry, Tennessee, en 1873 o 1874, pero nunca se me han dado muy bien las fechas. Y si así sucedieron, no existía un verdadero relato de los hechos en aquel entonces. Estaban los hechos concretos y un cuerpo, y luego estaban los hechos de verdad, que nadie conocía. Que Jas Jonski fue asesinado era un hecho fehaciente. Otros también morían asesinados, pero se sabía quiénes eran sus asesinos. ¿Quién lo mató? Esa fue la gran pregunta en el pueblo, por un tiempo. Por más tiempo de lo que creéis. Quizás aún sigan hablando de ello, allá en Paris, Tennessee. Si digo que a continuación cuento la verdad de los acontecimientos, recordad que se narran a una gran distancia del momento en que sucedieron. Y que ahora no queda nadie que pueda confirmar o refutar mi relato. Yo misma tiendo a cuestionar parte de él, porque me pregunto a mí misma si aquello pudo haber pasado de verdad, y si de verdad fui yo quien hizo aquello. Pero, por regla general, solo hay un camino a través del fango de los recuerdos.

Salvo por el abogado Briscoe y quizá unos pocos más, para la gente del pueblo yo no era una criatura humana, sino una salvaje. Más cerca de una loba que de una mujer. Mataron a mi madre como un pastor mataría a un lobo. Eso también es un hecho. Supongo que hubo dos hechos. Yo era menos que el que menos valía de todos ellos. Yo era menos que las rameras en el prostíbulo, salvo que tal vez para ellas yo no fuera más que una ramera en ciernes. Yo era menos que las moscas negras que perseguían a todo el mundo en verano. Menos que la vieja mierda arrojada en la parte trasera de las casas.

Algo que valía tan «menos» que se podía hacer lo que se quisiera con ella: magullarla, pegarla, matarla o despellejarla.

Solo porque John Cole me hubiera criado como algo tan de oro que el mismísimo sol estaba celoso de mí, según decía, no significaba que nadie más en el mundo pensara lo mismo.

*

El abogado Briscoe era lo que Thomas McNulty llamaba un «original». Cuando oigo la voz de Thomas McNulty en la cabeza, la palabra quedaría mejor escrita como «riginal». Lige Magan decía que no había nadie como él en todas las amplias tierras de América. Nadie que ninguno conociera.

—Claro que —dijo Lige Magan— yo no conozco a todo el mundo en América.

El abogado Briscoe —nunca escuché que nadie se refiriera a él de otro modo— tenía unos sesenta años en la época en que comencé a trabajar para él. Todavía conservaba una cabeza de pelo rizado, que alisaba con un frasco de aceite para el cabello. Ese aceite para el cabello. Apestaba a repollo podrido. Lo que siempre me maravillaba era lo limpias que tenía las manos. Por supuesto que él no labraba la tierra. Pero tenía pequeños instrumentos de piedra pómez que utilizaba para redondearse las uñas, y se sacaba cualquier resto de mugre con una punta de plata.

Había sido demasiado mayor para luchar en la guerra, pero eso probablemente había sido algo bueno, decía, porque, al igual que otros muchos en Tennessee, se mareaba solo de pensar en a quién jurar lealtad. Su partido quizá fuera la vida.

Tenía un despacho en su casa, llena de madera lustrosa para que pensaras que había agua tirada en el suelo, haciéndolo cambiar y temblar. Me instaló en una pequeña mesa en una esquina para llevar las cuentas, al lado de una ventana que daba al camino principal. Su idea era que yo viera quién venía y quién se marchaba, y a veces me pedía que anotara los nombres, si los conocía. Muchas de las personas que pasaban por allí eran las mismas día tras día. Estaba Felix Potter, el carretero, por ejemplo, que tenía su nombre pintado en la carreta. Si aparecía una cara nueva, le pedía al abogado Briscoe que se acercara rápido a mi pequeña ventana para que echara un vistazo. Tenía que hacerle sitio a su abultada panza, que sobresalía ante él. Así fue como llegué a conocer a casi todo el mundo en Paris que tenía negocios a lo largo del camino principal. Después, cuando venían a contratarlo para un trabajo, por lo general ya tenía alguna idea de quiénes eran,

y si ya existían papeles particulares de esa persona, los sacaba del armario de los documentos.

Esos documentos a veces contaban cosas y en otras ocasiones eran silenciosos como la nieve. Había listas de todas las almas negras compradas y vendidas en el condado de Henry en la Oficina de Compraventa de Negros, que era a lo que se había dedicado el padre del abogado Briscoe. La historia monetaria del almacén del señor Hicks estaba allí, así como la de otras cuatro tiendas generales también, setenta años de provisiones, y años y años de contratos gubernamentales para abastecer a los indios desaparecidos —y cincuenta páginas antiguas y marchitas que relataban cómo las milicias ayudaron a arrear en masa a los chickasaws y los cheroquis fuera de Tennessee—.

Había resultado imposible civilizarnos, decían los documentos. Leer esas cosas me hacía llorar. No había nada más civilizado en el mundo que el pecho de mi madre y yo acurrucada junto a él.

Pero los números no lloraban y eran necesarios para todo.

Tenía especial interés en que yo vigilara ese camino. Eso se debía tanto a poder seguir con vida como a cualquier otro motivo, porque en ese momento, los forasteros en Tennessee, después de la guerra, no eran personas en quienes confiar. Y los puntos de vista del abogado Briscoe eran ciertamente muy del este de Tennessee para un hombre que vivía en el oeste de ese estado. El este de Tennessee contaba con muchos habitantes que se habían opuesto a la secesión. No solo había a menudo partidas de soldados, sino también misteriosos hombres oscuros que podían haber sido soldados alguna vez y habían perdido. El crepúsculo era a veces el momento con mayor ajetreo en ese camino. Lo era incluso a pesar de que el nuevo gobernador estaba totalmente a favor de los antiguos rebeldes, que además habían recuperado sus votos, mientras que el anterior gobernador había sido partidario de la Unión, y les habían quitado los votos, o incluso *debido* a esa danza del tiempo.

Él mismo se sentaba a una gran mesa, que había llegado en los primeros carromatos a Tennessee. Casi cien años antes, según decía, incluso antes de que Tennessee fuera siquiera Tennessee. Su bisabuelo había sido el primer Briscoe en llegar.

El abogado Briscoe se tomaba Tennessee muy a pecho. Le gustaba hablar de sus comienzos de antaño y a menudo utilizaba una vieja expresión de Tennessee al hablar: «Entre las montañas y el río». Ahí es donde se extendía Tennessee, según el abogado Briscoe, entre el Misisipi y los Apalaches. Supongo que se encontraba allí. «Entre los dos ríos» era una expresión para el oeste de Tennessee, porque lo que sí era seguro es que se encontraba entre el río Tennessee y el Misisipi.

El abogado Briscoe tenía lo que se podrían llamar grandes ideas sobre el mundo en general. Era un entusiasta de lo que él llamaba «causas pasadas de moda». Creo que yo debí de ser una de ellas. Pensaba que Andrew Jackson, el antiguo presidente, había cometido una gran tropelía con los chickasaws hacía mucho tiempo al expulsarlos del territorio indio. En cuanto a Ulysses S. Grant, el actual presidente, le producía muchos suspiros. Un buen soldado quizás, pero ¿un buen soldado hacía un buen presidente?

El abogado Briscoe estaba casado con una mujer de Boston y tenía siete hijos, pero su esposa se había llevado a los niños con ella de vuelta a Boston. En su lugar contaba con Lana Jane Sugrue para llevar la casa, y con sus dos hermanos, Joe y Virg, que me llevaron a la granja de Lige aquella vez. Lana Jane era de Luisiana y utilizaba palabras como *couture* y *coiffure*. Era una mujer pequeña y llevaba un sombrero tanto dentro como fuera de casa porque estaba casi calva.

Me sentaba a mi mesita y llevaba las cuentas. Después, a las seis, John Cole venía a buscarme con la carreta, porque la casa del abogado Briscoe estaba al sur de Paris y no había necesidad de aguantar las afrentas del pueblo. Espoleado por el silencio del viaje, John Cole evocaba Nueva Inglaterra, donde había nacido, y todas sus aventuras por el mundo con Thomas McNulty, que habían sido muchas. A veces se hallaba lo bastante alegre como para contarme historias divertidas, pero la mayoría de las veces John Cole era una persona a la que le gustaba decir cosas serias.

—Lo más importante del mundo —decía— es que cualquiera que te haga daño es probable que muera.

Las estaciones dibujaban un telón de fondo a sus palabras y, si era invierno, él se abrochaba hasta arriba, casi hasta las dos chispas negras de sus ojos, y yo hacía lo mismo, pero de alguna

manera él siempre conseguía mantener una conversación, incluso en los días más gélidos.

Cuando estaba cerca de Thomas McNulty, que era la mayor parte del tiempo que podía conseguir, apenas decía una palabra.

Cuando Thomas iba vestido como mi mamá, daba igual, no cambiaba. Su voz no se alteraba ni nada por el estilo. Después de su regreso de Kansas, ya no se ponía tantos vestidos. Si el abogado Briscoe era un «riginal», él también lo era. Thomas McNulty siempre decía que había salido de la nada. Lo decía muy en serio. Todos los suyos murieron lejos, en Irlanda, al igual que los míos en Wyoming. Murieron de hambre y muchos indios murieron del mismo mal. Decía que salía de la nada, pero que ahora vivía con reyes y reinas. Nunca se le pasaba por la cabeza que nosotros no éramos nada tampoco.

Tenía esa forma tan suya de adelantar la cara cuando hablaba de John Cole, y su barbilla subía y bajaba, como el pestillo de una máquina. Thomas McNulty siempre tenía buenos ojos para John Cole. Se sonrojaba cuando hablaba de él. Aunque solo dijera cosas corrientes, sus mejillas se encendían cuando las decía.

«Supongo que habrá que preguntarle a John Cole sobre ello», decía, quizá, si algo era motivo de discusión. Entonces adelantaba la cara. No pretendía que fuera chistoso, pero yo me reía. Estoy segura de que se daba cuenta de cómo me reía, pero nunca le prestaba ninguna atención. Nunca me preguntaba qué me hacía tanta gracia de todos modos. Y si lo hubiera hecho, no habría sabido qué responderle.

Siempre podía hablar con Thomas McNulty sobre cualquier cosa con toda la facilidad del mundo, hasta que descubrí que eso también tenía un límite.

*

Rosalee Bouguereau quizá también se quedara triste cuando dejó a un lado el vestido, porque ella era quien había dirigido las operaciones como la reina en la sombra y quien se había tomado la molestia de cortar cien trozos de tela blanca y retorcerlos y coserlos como pequeñas rosas en el escote.

Rosalee Bouguereau había sido una esclava de verdad hasta hacía poco, como ya dije, pero si su mente le daba vueltas a eso no lo aparentaba, sino que siempre buscaba aquello que pudiera llamarse felicidad.

No estuvo nada contenta el día que llegué a casa toda magullada. Estaba muy angustiada mientras me limpiaba. Tuvo que meterse entre mis piernas. Debía de haber visto mucho dolor causado a las mujeres cuando era esclava.

Pero, por supuesto, en el oeste de Tennessee no gustaban los negros ni a un bando de la guerra ni al otro.

—No les gusta que ningún hombre negro se alce —decía Lige Magan—. Esta es tierra solo de confederados.

Lige tenía el humor bonachón del soldado victorioso que ha advertido los peligros de la victoria.

—El este de Tennessee —decía— era todo territorio de Lincoln durante la guerra; lucharon con el azul de la Unión, al igual que nosotros, pero el oeste de Tennessee es todo campos de algodón y casacas confederadas.

Sacudía la cabeza en este tramo de la historia, como si fuera algo desconcertante y confuso, lo cual es lo que era.

—Supongo que Grant no es tan malo —respondía Thomas McNulty—. No es amigo de ningún confederado.

A Rosalee Bouguereau le importaba un pimiento Ulysses S. Grant, y tal y como sucedieron las cosas, es posible que tuviera razón. Ella solo quería que sus pasteles salieran a su gusto y que nosotros estuviéramos tranquilos en las noches de invierno, cuando el tiempo mantenía todos los sueños de puertas para adentro; ella no habría elegido limpiar los restos después de lo que me pasó, me apostaría un buen dinero.

Su hermano Tennyson intentaba labrar una parcela para sí mismo y cuando no hacía eso, trabajaba para Lige, y Lige le pagaba a Rosalee un sueldo por su trabajo en la casa, así que Rosalee consideraba que ejercía cierto dominio sobre sí misma. Más o menos.

Al cabo de todos estos años, no puedo decir que ella fuera bienvenida en Paris, no más que John Cole o yo misma, y tenía que mantener la mirada gacha cuando caminaba hasta allí. Pero caminaba hasta allí y entraba en la mercería por la puerta de atrás con todo el cuidado del mundo. Para mí que conocía las cintas mejor que la vieja madre Cohen, la esposa del

mercero.

Ese día me limpió con la mismísima gracia y el dulce arrullo de una madre.

Para ser una mujer que nunca había estado casada, sabía más sobre el matrimonio que Thomas McNulty en muchos aspectos. Yo no sabía nada en ningún aspecto. Supongo que el pastor de un hombre blanco podría haber preparado a una muchacha para el matrimonio, aunque tenía mis dudas de que yo pudiera recibir esa instrucción, ya que no se me había permitido ir a la escuela cuando era niña. De todos modos, no importaba ni un ápice, porque Rosalee intentó hacerse cargo de todo eso. Me explicó cómo funcionaban los motores del amor, qué iba dónde y cómo tolerar todo eso, y me explicó qué cosas probablemente les gustaban a los hombres y qué cosas probablemente no les gustaban. Esto estaba al límite de su conocimiento, de eso estaba segura. No tenía un modelo para su sabiduría al no ser ella misma más que una mujer, y en sus primeros años, como ya dije, había vivido en las viejas chozas de esclavos, que todavía permanecían al noroeste del gran campo de cultivo de la granja de Lige, cayéndose a pedazos entre las inclemencias del tiempo y las malas hierbas. Solía haber unas tres docenas de esclavos. Allí, decía ella, la humanidad era un libro sin portada.

Trajo una pequeña jofaina de esmalte con agua caliente y un trapo limpio, y me fue lavando con pequeños toques. Ay, piedad. Ella sabía muy bien lo que había pasado, pero ninguna de las dos tenía palabras para ello, según recuerdo. El lenguaje que empleó era pura delicadeza y me limpió, y luego me sujetó con ambos brazos, me zarandeó y me dijo que yo era una buena chica y que no le diera más vueltas. Pero sí que le di vueltas, muchísimas, por supuesto. Y ella lo sabía. Los ojos de Rosalee tenían ese extraño color medio amarillo medio anaranjado de una luna de cosecha; nunca volví a ver esos ojos en nadie más. Era una mujer amable a la que habían tratado como si no fuera nada durante mucho tiempo. Lige tenía una gran teoría según la cual era una reina. Le gustaba repetir eso.

«Quién sabe, pero bien podría ser una reina», decía.

Hasta ese momento, Jas Jonski se iba a casar con una muchacha feliz. Aunque la granja de Lige, según el propio Lige, no valía dos centavos después de la guerra, nos daba lo

suficiente para cubrir las necesidades más inmediatas. Y yo tenía un buen empleo. Y esos también habían sido días buenos para John Cole y Thomas McNulty, porque fue después del gran aprieto en que se vio metido Thomas en Fort Leavenworth cuando su antiguo capitán, el mayor Neale, acudió a su rescate y lo salvó de la horca.

Recuerdo bien el día en que llegó a casa después de su larga temporada en la cárcel y no creo, en toda la historia del mundo, que hubiera jamás semblante más feliz encima de un cuerpo como el de Thomas McNulty ese día. Había recorrido solo y andando las quinientas millas desde Kansas.

Por nuestra parte, John Cole y yo habíamos hecho a pie la mitad del camino al pueblo porque sabíamos que Thomas McNulty saldría directamente del bosque y evitaría Paris, para reaparecer como un ciervo en la linde de los árboles.

No sé si alguna vez habéis visto a un hombre abrazar a otro hombre, pero, si no lo habéis visto, puedo deciros que es una visión muy conmovedora. Porque los hombres están dispuestos para ser muy fríos y valientes, a sus ojos. Puede que aquello aquejara a Jas Jonski, pero no a mis dos hombres. Se abrazaron con fuerza entre la maraña de árboles, y tal vez Thomas McNulty estuviera peor vestido que cualquier mala hierba del bosque y John Cole, a los ojos de un extraño, fuera tan hosco como una zanja, pero yo conocía su historia particular, así que pude adivinar, sin miedo a equivocarme, la ferocidad del fuego que ardía en ellos, de un pecho a otro, en la fiebre de ese abrazo.

Supongo que, de haber tenido una ambición con Jas Jonski, habría sido que él me amase tanto como ese fuego.

Entonces Rosalee me sostuvo en sus brazos.

Supongo que el mundo puede llegar a ser un lugar muy triste.

4

Habíamos oído hablar de gente que pasaba hambre en otros sitios. Todo el sur había ardido en el último año de la guerra y a veces se decía que solo crecían hierbajos después de eso. Y entonces el mundo entero se fue al cuerno. No había dinero en los bancos. ¿Para qué carajo servían los bancos si no era para tener dinero en ellos? Y *El vigilante de Paris* hablaba de condados donde grandes multitudes de hombres liberados caminaban ciegamente y enumeraba violaciones y asesinatos, sin que nadie pareciera saber cuándo cambiarían las tornas. Habíamos tenido un presidente llamado Andrew Johnson, que había pregonado por todo lo alto que era el emisario en la tierra del pobre y difunto Lincoln, pero en el fondo amaba a esos viejos y derrotados rebeldes. Eso decía Thomas. Y esos derrotados rebeldes se estaban alzando y alzando todo el tiempo.

No era la primera vez que yo veía el mundo ardiendo en llamas ni era la primera vez que disfrutaba de días buenos tampoco. Ni que cosas de fuera arremetieran contra la felicidad. Mi propia madre, cuando yo era una niña muy pequeña, se esforzaba por cubrirme siempre de felicidad. Era una bendición ser niño con mi gente. Las mujeres adultas cuidaban del campamento mientras los hombres cazaban y luchaban, y nuestra pequeña tarea como niños consistía tan solo en deambular por ahí y ser felices. Aquello lo recordaba con bastante claridad. Corríamos entre los tipis y no había ninguna cerca que nos retuviera, salvo tal vez el temperamento de un perro con malas pulgas. En invierno, las horribles tormentas nos mantenían confinados en nuestros diminutos espacios, pero ¿qué era eso para nosotros? Además, teníamos las largas tiras de carne seca y derretíamos nieve en el fuego. Y en lo más crudo del año, nuestro tipi debió de parecer un cono secreto entre la inmensa nieve, con solo un hilo de humo

elevándose penosamente hacia la superficie para traicionar donde nos agazapábamos. La cabeza de mi madre albergaba buenas historias que nos contaba mientras nos arrebujábamos entre sus piernas para entrar en calor. Teníamos nuestra propia lengua por aquellos tiempos y todavía puedo sentir el dulce murmullo de su voz y su aliento como una suave tempestad en mi cara mientras yo la miraba. Sus brazos descansaban a lo largo de nuestras espaldas como ramas caídas y olvidadas allí mientras ella trenzaba sus relatos de épocas maravillosas y extrañas. Al ser capaz de hacer que, a ojos de un niño, cada momento fuera bueno, nos hacía percibir el largo país de la eternidad. Muchas veces lloré de felicidad contra sus rodillas.

Mi madre tenía fama de ser muy valiente dentro de nuestra tribu. Una vez, cuando todos los hombres estaban fuera, una banda de crows, que eran nuestros enemigos, apareció cerca de nuestro poblado. Solo estábamos las mujeres, los niños y los ancianos. Esos crows iban a llevarse todo cuanto pudieran y matarnos o hacer con nosotros lo que quisieran. Mi madre se separó de nuestro pequeño grupo y se acercó a la linde del terreno donde los crows estaban reunidos. Los saludó de una manera amistosa y comenzó a hablar con ellos, de modo que pronto se pusieron a charlar agradablemente y así, de alguna forma, por la magia de su coraje, ese momento de desastre se esfumó. La gente hablaba de ese momento como de algo sagrado y, debido a ello, se la trató con gran respeto. En tres o cuatro ocasiones le pidieron que acompañara a los hombres a la guerra porque creían que tenía un poder especial. La vestían con ropa de hombre y allá que se marchaba junto a ellos. Tenía esa forma suya de saber dónde estaba el enemigo en un paisaje, incluso cuando andaba escondido. No había un hombre en esta tierra que hubiera podido pillarla por sorpresa. Muchos me contaron que nunca había existido nadie como ella. En cierto modo era una historia en sí misma.

Otra historia que contaba era una a la que llamaba *La caída*. Una gran enfermedad había llegado a nosotros, contaba, hacía mil lunas. Casi todos murieron. Se desplomaron y, unas horas más tarde, estaban muertos. Ay, cuánto temíamos esa historia. Hacía mil lunas era su mayor medida de tiempo. Era la misma medida que los «cien años» de Thomas McNulty. Un predicador errante le había preguntado una vez: «¿Cuándo llegaste a

América, Thomas?». «Hace cien años», fue su respuesta. Para mi madre, el tiempo era una especie de aro o un círculo, no una cuerda larga. Si caminabas lo bastante lejos, decía, podías encontrar a la gente que todavía vivía que había vivido en los tiempos remotos. «Mil lunas todas a la vez», lo llamaba ella. No podías caminar tan lejos, decía, pero eso no significaba que no estuvieran allí. Tenía todo tipo de ideas que nos encandilaban de niños, y nos asustaban también.

Pero los soldados la mataron, por supuesto, igual que mataron a mi padre y mis tíos. Mataron a mi hermana, a mis tías, mataron a mucha gente. Debió de suceder así, porque todos desaparecieron. Entonces tuve la impresión de que solo quedaba yo.

No éramos nada para ellos. Ahora pienso en el gran valor que pusimos a lo que éramos y me pregunto: ¿qué significa cuando otra gente te juzga y decide que vales tan poco que solo mereces que te maten? ¡Cómo aplastaron nuestro orgullo en todas las cosas hasta pulverizarlo y hacerlo desaparecer y dejarlo reducido a unas simples motas flotando en el viento! ¿Dónde estaba el coraje de mi madre entonces? ¿También era polvo? Pensábamos que el mundo se llamaba Isla Tortuga, pero resultó que no era así. ¿Qué le hace eso a tu corazón?, ¿qué le hizo al mío?

Nada, nada, nada, no éramos nada de nada. Pienso en eso y pienso que es el colmo de la tristeza.

Pero quizá por eso mismo me querían Thomas McNulty y John Cole, porque yo era la hija de nada.

Tan solo unos pocos de aquellos niños escapamos a la matanza, arrancados como espinas de esa vida e introducidos de golpe en otra. Entonces la señora Neale me enseñó unas palabras de inglés en el fuerte y luego me entregó a Thomas McNulty cuando me pidió. La señora Neale me preguntó si quería irme con él. Aunque yo fuera una niña perdida y él un rudo soldado, me caía bien. Recuerdo que estaba ahí sentada, toda ordenada y pequeña, delante de la señora Neale, mientras tomaba la decisión. Sí. Iban a llevarme con ellos como criada. Quizá ella me hubiera entregado a ellos sin que importara lo que yo dijera. Pero eso nunca lo supe, porque dije que sí. A la señora Neale le caía bien Thomas y confiaba en él. Ahora me doy cuenta de que muchas chicas indias fueron entregadas con

viles propósitos. Era bien sabido que ese loco de Starling Carlton era un ladrón de niños y se los llevaba fuera del territorio salvaje para darlos a gente por razones que eran tan oscuras que no podía igualarlas ninguna temporada del año ni ninguna noche de tormenta.

No, creo que es verdad que no soy capaz de recordar la matanza. Sinceramente no creo que pueda.

Y hete aquí un segundo asunto que no recordaba y que me había sucedido a mí.

En medio de todo esto, Jas Jonski apareció al cabo de un par de semanas. Llegó por el camino en medio de una fuerte trápala en un caballo viejo, que debía de haber pedido prestado a su amigo Frank Parkman en las caballerizas del pueblo. Por supuesto, yo no me había acercado al pueblo desde aquello y supongo que quizá él había estado esperando a que yo reapareciera por allí. A saber qué se le pasaba por la cabeza. Era un día de finales de primavera con un sol afilado y un montón de frío todavía en el ambiente. Mis temblores se habían detenido a simple vista, pero la mera imagen de él en lo alto de ese caballo triste, balanceando esa cara roja, no me hizo nada bien. Yo no estaba ansiosa por volver a verlo además. Más bien lo contrario. Me refugié entre las sombras del salón y observé cómo se acercaba, clavando las espuelas en los costados de la yegua gris. Los hombres llevaban fuera desde las cinco, aunque solo habían ido al granero de tabaco porque estaban haciendo trabajos allí, así que se encontraban solo a cien metros de la casa.

Rosalee estaba limpiando el rifle de Tennyson y el arma estaba desmontada sobre la mesa de la cocina. Un denso olor a aceite flotaba en la habitación.

—¿Quién viene por el camino? —preguntó, aunque ni siquiera alzó la vista.

Supongo que oyó el estruendo de los cascos. Como ya dije, cada forastero era un miedo en perspectiva.

—Es ese muchacho, Jas Jonski —respondí.

Rosalee dejó el arma de su hermano y se asomó a la ventana para escudriñar al recién llegado. Miró fuera con fiereza y luego volvió la mirada hacia el fusil desmontado, como si le hubiera gustado poder utilizarlo.

—¿Quieres verlo? —preguntó.

—No mucho.

—¿Le has dicho ya lo de la boda?

—Todavía no le he dicho una sola palabra de nada a él.

—¿Quieres que le diga que venga otro día?

—Quiero que le digas que no venga nunca más.

Al pasar junto a mí, me puso una mano en la espalda con dulzura y, a continuación, salió a la fría luz de la mañana. Bajó con paso firme las escaleras y, cuando Jas Jonski ya se encontraba quizá a unos doce metros de ella, alcancé a ver cómo luchaba para amarrar las riendas de su yegua al tocón. Pero esa yegua era un demonio, pues no dejaba de mover la cabeza. Rosalee pudo llegar hasta él antes de hablar.

Rosalee era una mujer recia y daba la impresión de que había dos como ella comparada con el escuálido Jas Jonski. Pude ver cómo él sonreía con esa sonrisita suya y se reía con esa risita de hojalata, y después vi cómo ponía una mano en su espalda igual que había hecho ella conmigo. En cierto modo quería marcar territorio con ese despreocupado gesto. Pero a diferencia de lo que había pasado conmigo, Rosalee dio un firme paso atrás, abrió los brazos y no sé qué le dijo, pero el caso es que Jas Jonski frunció los labios y la miró como si se hubiera meado en sus zapatos. Aunque ella ya no fuera una esclava, para él seguía siendo un ser inferior. Después, a pesar de su baja estatura, la empujó con arrogancia para apartarla de su camino y se dirigió hacia la casa. La casa y yo.

Entonces yo me retiré a través del salón, salí al jardín que daba al muro trasero, eché a correr entre la maleza marchita por el invierno, a medida que el miedo me envalentonaba, y casi arranqué el pestillo del postigo del portalón del granero. Lige Magan se encontraba a pocos metros de la entrada y sujetaba el enorme rastrillo con el que rastrillaba polvo de tabaco y el polvo general que se acumula en todas partes en esta tierra, y vi a Thomas McNulty y John Cole en lo alto de los secaderos de tabaco, calafateando unas grietas con barro y mortero que sacaban de pesados cubos. Lige quemaría todo ese polvo para eliminar el moho malo y los hongos que acechaban en una cosecha afectada. No vi a Tennyson Bouguereau. En realidad, sí lo vi; estaba afilando las gradas en una esquina alejada. Durante las últimas semanas de invierno habían arado la tierra helada hasta que las hojas del arado chirriaron. Pronto

llegaría el turno de las gradas.

Tenía empapado el vestido y estaba temblando; crucé el suelo corriendo y trepé por las altas escaleras hasta John Cole como si todavía fuera una niña y me abracé a él. Menos mal que pensaba hacerme cargo del asunto yo solita. Él tenía las manos, los brazos y el regazo totalmente embarrados. Me dejó manchas estampadas al abrazarme. Las diez mulas que se arrejuntaban contra el frío bajo las escaleras se estremecieron en sus ataduras y dieron unos pasos atrás en el duro suelo.

John Cole me rogó que le contara qué me pasaba y le dije que Jas Jonski estaba en casa.

—Tienes que echarlo —le pedí.

—¿Y eso por qué? —preguntó John Cole.

Respondí que no lo sabía exactamente, pero que le estaría muy agradecida si iba a decirle eso a Jas Jonski, a lo que podía añadir que no se molestara en volver nunca más.

Thomas McNulty estaba cubierto de barro de los pies a la cabeza y, cuando se acercó, se golpeó las dos manos en el pecho y se golpeó las dos piernas y se golpeó el trasero como para limpiarse, pero no llegó muy lejos con eso; luego me miró.

—Iré a hablar yo con él —dijo, con la voz más sombría que le había oído jamás.

—Adelante, Thomas —dijo John Cole.

Lige Magan había subido las escaleras detrás de mí. El padre de Lige sentó a Rosalee al lado de su propio hijo en la escuela. Solo en los viejos tiempos de la esclavitud podía haber sucedido algo así. Eso había sido hacía mucho tiempo. Rosalee era quizá la única mujer negra en Tennessee que sabía griego, latín y hebreo. Tennyson, su hermano, no sabía leer ni escribir, por lo que sus habilidades eran habilidades inusuales. El asunto es que yo nunca vi a Lige Magan leer un libro siquiera en todo el tiempo que lo conocí, pero debió de haber alcanzado algo de la sabiduría que había logrado Rosalee. De todos modos, impidió que fuera Thomas McNulty.

—Creo que será mejor que vaya yo y le lleve sus órdenes —indicó.

Se refería a llevar órdenes a Jas Jonski. El mundo no era más que un puñetero ejército para Lige.

Cuando lo pienso, estábamos preparados para hacer frente

al peligro allí en el condado de Henry, con tres hombres que habían luchado por la Unión, solo que esa era la cuestión. Eran soldados de la cabeza a los pies. Tach Petrie descubrió que no podía con ellos, y eso que vino con cinco o seis hombres a su mando, hombres curtidos que solían vestir la casaca azul claro.

Lige Magan bajó de nuevo a las polvorientas entrañas del granero y cogió su fusil. Con una breve y rápida mirada hacia nosotros, cruzó el portillo, que se cerró con un portazo mientras la oscuridad volvió a invadir el granero. Nuestros ojos miraban hacia donde nos imaginábamos que Lige Magan estaba cruzando los patios hasta llegar donde estaba Jas Jonski.

Pasaron uno y dos minutos. ¿Habíamos siquiera exhalado? Entonces se oyó una sonora detonación. Thomas McNulty se sobresaltó y miró a John Cole. Después, intentó decidir si era mejor quedarse o ir a echar un vistazo y entonces debió de pensar que iría a ver por si acaso Jas Jonski llevaba un arma después de todo, y se apresuró hacia la casa.

Luego, se produjo un largo silencio. No se oía ni el menor sonido que pudiera darnos una pista.

5

—¿Así que fue él quien lo hizo? —dijo Lige Magan.

Estábamos en la cabaña en torno a la mesa familiar. Rosalee Bouguereau se hallaba sentada a mi lado y Thomas McNulty, al otro. Thomas McNulty mantenía los brazos cruzados y me observaba mientras asentía con su barba gris. John Cole estaba de pie junto a la ventana, pero si miraba fuera, la extraña y ciega mirada en sus ojos lo negaba. Tennyson Bouguereau no se encontraba allí, sino en el lavadero con Jas Jonski.

—No fue eso lo que dijo —replicó Thomas McNulty—. Ha dicho que no ha sido él. Ha dicho que por qué demonios iba a venir hasta aquí si lo hubiera hecho él. Eso es lo que ha dicho, justo ahora. Incluso cuando le pegaste el rifle debajo de la barbilla, Lige, juró que no había sido él.

—Entonces, supongo que tendremos que golpearle hasta que diga la verdad —dijo Lige Magan, encendiéndose—. A mí me parece culpable. Estaba listo para salir corriendo cuando me vio aparecer. Iba a echar a correr como un perfecto culpable. Cuando solté ese disparo, se paró en seco como una estatua. Luego miró hacia atrás con la cara lívida. Entonces llegaste tú, Thomas, y luego le hice esa pregunta, y él no dijo nada, mientras se meaba por la pata abajo, y se lo volví a preguntar, con la ayuda del fusil, y desde luego insistió en que él no había hecho nada. Dijo que ni siquiera sabía que había pasado algo. Esperó diez días para saber algo de Winona y ni una palabra. Su prometida, que la llamó. Vino solo para ver qué pasaba.

Lige Magan miró a Thomas McNulty con esa mirada peculiar que significaba: «Bueno, ¿qué respondes tú a eso?».

Pero Thomas McNulty no respondió nada. Me puso una mano en la espalda empapada de sudor. Yo lloraba como una lluvia de primavera. Estaba temblando. Temblando otra vez. Tenía náuseas como una persona envenenada. Thomas McNulty prestaba mucha atención a esa charla mía, esa

extraña charla sin palabras que salía de mí. Nunca me sentí tan triste, mareada y asustada. Incluso cuando intentaba llegar a casa con los hermanos de Lana Jane Sugrue. No sabía lo que me pasaba, no como para poder dar detalles. No quería oír más conversaciones. Quería que todo volviera a ser como antes, yo con mi vestido blanco, trabajando para el abogado Briscoe y deseando besar a Jas Jonski.

—Bueno, tenemos que saber qué hacer —dijo Lige Magan; la ira lo había abandonado tan rápido como había llegado—. No puedo dejarlo atado en el lavadero si no ha hecho nada, maldita sea.

—Lo soltaremos si le creemos —dijo John Cole con firmeza —. No sé si me importa creerle o no. No es más que un canalla.

—Te importará si el sheriff Flynn se presenta aquí con veinte ayudantes y nos dan una paliza de mil demonios —repuso Lige Magan—. Solo tenemos que saber lo que pasó.

En ese momento me estaba mirando a mí. Yo lo estaba viendo a través de una cascada de lágrimas. Ni siquiera sabía qué les había contado Rosalee Bouguereau. Sobre mis partes desgarradas. Todo eso. Ni siquiera había besado a ese muchacho. ¿Me desgarró él así? ¿Fue él quien me lo había hecho? Me gritaba a mí misma por dentro, me chillaba con la boca abierta de par en par. No es que ellos lo vieran. Pero Thomas McNulty era perro viejo y podía sentir las cosas que le pasaban a los demás, eso creo yo.

—Mira, aunque no te acuerdes de nada —explicó Thomas a Lige Magan—, eso no significa que no sucediera, eso es un hecho.

—Voy a acostar a la niña en su cama y voy a darle mi sopa de conejo —dijo Rosalee Bouguereau, enfadada también, arrastrando la silla con un chirrido para levantarse—. Mirad a esta muchacha. Ni siquiera puede sentarse.

Notaba cómo me iba derritiendo. Tenía la impresión de ser como agua, pero no tenía una taza para contenerme. Qué pequeñita me sentí. Al mundo no le importaba nada, eso ya lo sabía. El mundo más allá de lo que éramos en la granja de Lige. El mundo quería que les pasaran cosas malas a las muchachas indias. Eso era lo que yo pensaba, cuando pensaba. Sobre todo intentaba sostener mi cabeza que se derretía. Sujetar mis brazos que se derretían y mis piernas que se

derretían. No era más que una simple muchacha, ¿no? Me alegraba tanto de que Rosalee estuviera allí, una mujer tan cariñosa como ella.

Pero todos eran cariñosos. Solo que no sabían qué hacer, y eso que habían sabido qué hacer miles de veces en tiempos difíciles. Por eso seguían vivos y yo seguía viva. Estaba viva, pero ahora tenía miedo de estar muerta de alguna manera. Pensé que alguien me había matado, desde luego. ¿Cómo iba a volver a levantarme? ¿Cómo recuperaría mis extremidades? ¿Cómo volvería a ser feliz, feliz como una tonta, que es como hay que ser feliz en esta vida? ¿Quedarme en el porche en una mañana de primavera y sentir el frío a la luz del sol, pero también el rumor del verano? Qué niña tan necia había sido, pero esa era la mejor forma de ser que se podía alcanzar en toda la historia del mundo. Una niña boba, querida por todos los que la conocían, a menos que fuera un granjero ignorante que no veía más allá del cabello negro de un indio en el pueblo. Tal vez fuera un granjero tonto el que me hizo daño, tal vez. Ahora intentaba echar la vista atrás una y otra vez, tratando de vislumbrarlo. Ay, si no había sido Jas Jonski, quizá quedaba alguna esperanza para mí.

—No estoy diciendo que fuera Jas —dije.

Después, ya no estuve allí. Así que me lo contó Rosalee. Me desmayé y me caí hacia atrás en el suelo y Thomas McNulty me cogió en brazos. Entonces Rosalee dijo que me llevaron a mi cama, la mullida y acogedora cama que compartía con ella, y me contaron que Lige Magan tomó eso como si fuera palabra de Dios, así que fue al lavadero y soltó a Jas Jonski, el cual se apresuró a buscar su caballo tembloroso y salió despavorido.

*

El abogado Briscoe apareció poco después. Joe Sugrue lo trajo en la calesa.

Era la mejor calesa del condado de Henry. Para mí que la había necesitado en tiempos para su gran señora y ya solo le quedaba la gran calesa que solía transportar a su grandeza.

Bueno, rompí a llorar desconsoladamente cuando lo vi entrar, porque ese era el estado en el que me encontraba.

Entró por la puerta como se introduce una cuchara en un tazón de gachas. La habitación oscura borró los destellos de su cara. Rosalee Bouguereau dejó la cafetera en la estufa con una torpeza inusual. Estaba emocionada de ver a un hombre tan importante.

Se conformó con sentarse en una vieja silla de roble que Lige Magan le proporcionó, cerca de la estufa. Porque la escarcha había arreciado con fuerza toda la noche por los prados marchitos. Se dejó puesto el sombrero y el abrigo de piel, a pesar de todo. Comentó algo sobre el tiempo y preguntó a Lige Magan qué tal iba la plantación antes de reflexionar sobre el precario estado de todo en el condado de Henry y Dios quisiera que saliera adelante, y, tras cumplir con estas formalidades, dijo lo que había venido a decir. Que le habían llegado noticias inquietantes sobre su empleada, como me llamaba, y pensó que tenía el deber y la obligación, además, de venir a conocer de primera mano lo que había sucedido.

—Bueno —comenzó Lige Magan—, verá, ella se llevó un buen susto sin lugar a dudas.

—Eso he oído. Joe Sugrue me lo contó y me irritó mucho oírlo —dijo—. Pero esos números no se calculan solos y estaría muy agradecido si Winona pudiera volver a mi despacho a la mayor brevedad posible.

Me sentía un poco atrapada en el centro de atención, por lo que me esforzaba todo lo posible por comportarme como era debido. No se puede ser un manantial de lágrimas toda la vida.

—Tiene que recibir alguna compensación de la ley —dijo Lige Magan.

—Un indio no es un ciudadano y la ley no se le aplica de la misma manera —respondió el abogado Briscoe.

—¿Es eso lo que dice usted? —replicó John Cole, muy despacio, pero con una buena pizca de amenaza en la voz.

Los hombres se miraban mientras asimilaban aquellas palabras, supongo, y John Cole echaba chispas como si fuera a incendiarse de un momento a otro con una vuelta de tuerca más después de la amenaza.

—Ahora es el momento de ser pacíficos y vivir tranquilos. Ustedes son mayores, al igual que yo —dijo el abogado Briscoe —. ¿Cuántos años del demonio tiene, Lige?, ¿acaso lo sabe Dios siquiera?

—No creo que lo sepa —respondió Lige, dispuesto a soltar una risotada, aunque se contuvo lo mejor que pudo.

John Cole, que estaba un poco a la sombra de este encuentro, arrastró los pies, un poco como haría un caballo cuando siente la necesidad de cambiar el peso de un lado a otro en el establo.

—Yo no tengo más de cuarenta años —dijo Thomas McNulty, aunque en realidad no sabía qué edad tenía exactamente—. Y creo que alguna persona malvada… —continuó, antes de quedarse sin palabras.

—¿Usted cree qué? —preguntó el abogado Briscoe con brusquedad.

—Creo que alguna persona malvada habrá de rendir cuentas por lo que le hizo a Winona —defendió Thomas—, ya que usted lo pregunta —hallando de pronto las palabras.

—Yo también lo creo así —coincidió Rosalee Bouguereau.

El abogado Briscoe la observó un momento. ¿Se sorprendió? No. Justo en ese instante, Rosalee había conseguido al fin el café a su gusto y le llevaba una taza enganchada al dedo.

—Lo que yo digo es que descubramos quién cometió el delito y le peguemos un tiro a ese malnacido —dijo John Cole.

Thomas McNulty y Rosalee lo miraron para mostrar su conformidad. Thomas McNulty abrió las manos como para decir: «¿Qué responde a eso, señor Briscoe?».

—¿Nadie más toma café? —preguntó el abogado Briscoe.

Nadie respondió y permitió a Rosalee que le rellenara la taza.

—¿Tiene melaza? —le preguntó en voz baja, como si de pronto estuviera con ella en otro lugar, como si no estuviéramos allí en ese momento.

—¿No tienes un poco de esa melaza de Nueva Orleans? —preguntó Lige Magan a Thomas McNulty, ansioso a pesar de todo por dar a su visita lo que anhelaba.

—La tiré —respondió Thomas McNulty con tono cortante.

—¿Le gusta el azúcar de caña, señor juez? —preguntó Rosalee.

—Sí, me gusta —asintió el abogado Briscoe—. Y gracias, señorita Bouguereau. No soy ningún juez, por cierto.

Entonces Rosalee trajo el azúcar, le sirvió un poco y el abogado Briscoe se bebió su café.

Mientras se lo tomaba, no habló. Tampoco habló nadie más. Cada uno de nosotros dábamos vueltas en nuestros diferentes cerebros a lo que se había dicho y lo que no se había dicho.

Yo no sabía qué necesitaba escuchar. Cuando una inundación atraviesa una granja, hay tantos árboles caídos, y además los mismísimos cultivos, si es que habían crecido, también terminan aplastados. La peor inundación será la de todo el reino hasta el último campo, que necesitará ser arado por completo otra vez y luego labrado de nuevo, y puede que sea demasiado tarde para hacer una nueva siembra ese mismo año. Así que quizá, en los tiempos venideros tras esa inundación y después de secarse la ropa, uno se dará cuenta de que no va a comer al año siguiente tan bien como este año. Pero lo que está tan claro como el agua es que hay que enfrentarse a la gran fuerza de la inundación, o del tornado, o de la gran tormenta, con una fuerza igual de grande. Para reconstruir todo lo que ha sido destrozado y colocar de nuevo en su sitio lo que ha sido arrancado de cuajo y soltado de sus ganchos.

El abogado Briscoe continuó tomando su café tranquilamente.

6

Tengo que decir algunas cosas sobre Tennyson Bouguereau, ya que fue él quien recibió la paliza. Estaba relacionado con el hecho de que fuera él quien había mantenido cautivo a Jas Jonski un tiempo. Eso fue lo que se comentó después, que un hombre negro había tenido bajo su dominio a un hombre blanco. Eso es lo que esa gente ignorante llamaba «engreído». Había mucha gente en el condado de Henry que no era capaz de escuchar algo así sin querer castigarlo. Y sabían cómo hacerlo.

Estaba segura de que Jas Jonski no tenía el menor reparo en proclamar su inocencia en el pueblo. Formaba parte de esa multitud de jóvenes de su edad que iban por ahí pregonándolo a voz en cuello. Pregonándolo y soltando tonterías.

Recuerdo cómo, en los viejos tiempos en las llanuras, todos los muchachos lakotas también iban juntos por ahí. Supongo que los muchachos blancos son iguales. Una muchacha es un ser más solitario. Aun así recuerdo los tres días que pasábamos bailando cuando a una chica por fin le llegaba su «luna». No recuerdo la palabra lakota, pero significaba luna. Recuerdo los cantos y las danzas, y había un gran orgullo en las mujeres jóvenes. Cuando tuve mi primera luna, creo que tenía doce años más o menos, no estaba con mi gente; me encontraba con el poeta McSweny en Grand Rapids, mientras Thomas McNulty y John Cole estaban en la guerra. El poeta McSweny era una persona negra como Rosalee y era un famoso portero en el teatro allá arriba, pero cuando tuve mi luna, pensé que me iba a morir y él también. Él tenía unos noventa años en ese momento, así que podía haberlo sabido. Pero éramos dos criaturas ignorantes en su casa. Fue corriendo a buscar al doctor Ganley, que vivía unas puertas más allá, y el doctor vino enseguida con él, y cuando vio lo que me pasaba, se echó a reír. El poeta McSweny fue instruido en este aspecto de la

vida y se vio obligado a cortar una de sus viejas sábanas para hacerme paños. Así fue como sucedió. No hubo ni danzas ni cantos ni mujeres que supieran qué hacer.

Jas Jonski era joven como lo son todos los jóvenes que alguna vez han pisado la tierra, ya sean blancos, negros o rojos. En ese momento yo no sabía si fue él quien vio a Tennyson Bouguereau cuando fue al pueblo. Supuse que podría haber sido él. Nuestra carreta apareció medio escorada en el bosque y la pobre Jakes, nuestra mejor yegua, tiritando y triste con el arnés puesto. Según recuerdo, no estaba tan lejos de la casa del abogado Briscoe, así que algunos hombres llevaron hasta allí el caballo y la carreta, y creo que pensaron que con eso ya habían cumplido con su deber. Ni siquiera habían prestado la más mínima atención al cuerpo inconsciente del pobre hombre negro tirado ahí mismo en medio del camino.

Si quisieras tener un retrato del sufrimiento, un fotógrafo viajante podría haber tomado un daguerrotipo de la cara de Rosalee Bouguereau cuando llegó la noticia. Corrí hasta ella y le di un fuerte abrazo. Lloró y lloró.

—Tranquila, Rosalee, serénate ahora —dijo Lige Magan—. Al menos no está muerto.

Esa noche, John Cole y Lige Magan regresaron con su hermano. Se habían marchado en las mulas después de oír las malas noticias de las bocas de los hermanos Sugrue y ahora regresaban con las mismas mulas enganchadas a la parte trasera de la carreta y la gran lámpara de estaño que derramaba su luz sobre todas las cosas. Jakes, la yegua, todavía temblaba. Un caballo es un ser consciente. Y el pobre cuerpo roto de Tennyson Bouguereau yacía en el lecho de la carreta. Su hermoso rostro estaba hinchado, amoratado y ensangrentado, y su ropa, que siempre mantenía tan limpia, parecía los harapos de un mendigo.

Por eso quería contar cosas sobre Tennyson. Tennyson Bouguereau era conocido, al menos entre nosotros, por su destreza con el rifle. Lige Magan contaba a menudo cómo Tennyson colocó una vez una brizna de hierba, retrocedió unos quince metros antes de volverse con su Spencer y partió la hierba en dos de un disparo. Lige Magan estaba en condiciones de apreciar esa habilidad porque él mismo había sido francotirador en el ejército, pero nunca había tenido tan buena

puntería como Tennyson. Tennyson Bouguereau tenía un don natural divino para ello. Por supuesto, como antiguo esclavo, solo podía llevar armas en la intimidad. Solo durante un tiempo todo pareció mejorar para esos esclavos. Habían abandonado las herramientas en todas aquellas granjas donde ya no les apetecía trabajar. Habían conseguido poder votar, bueno, al menos los hombres. Podían mirar a un hombre blanco a los ojos y hablar con él sin tapujos. Solo durante un tiempo. Ahora todo volvía a ser como antes. Los granjeros de los alrededores no tenían a nadie que les trabajara en las granjas si los negros no se quedaban. Todo el mundo se estaba volviendo loco por eso. Se hablaba de grandes estallidos de violencia, y se cometían y decían muchas barbaridades. El hecho es que Tennyson Bouguereau era todo un príncipe de hombre. Habría ayudado a cualquiera que se lo hubiera pedido o que hubiera necesitado su ayuda.

No sabía leer ni escribir, pero podía dibujar tu cara en el bonito papel de Rosalee, y le gustaba dibujar petirrojos en el jardín; y la única razón por la que yo sabía cómo era el chotacabras que dormía todo el día era porque Tennyson había capturado uno en ese papel.

A los hombres que lo apalearon no les importaba nada de todo eso. Los hombres blancos, por lo general, solo ven a esclavos e indios. No ven las almas individuales. Todos son emperadores para quienes los aman.

Tuvimos que comer las sobras por toda cena esa noche. Rosalee limpió a su hermano todas las manchas y pidió a Lige Magan que la ayudara a acostarlo para que se curara en el estrecho dormitorio en la parte de atrás, donde dormía Tennyson. Vi cómo ella le arreglaba el pelo con una pomada que tenía John Cole. Tennyson se quedó sin palabras. Le habían robado todas sus palabras. Ella le rogó que dijera quién había cometido la infamia, pero él se la quedó mirando como un niño asustado. Observé una alargada magulladura, tan oscura como la tierra arada, que ennegrecía aún más donde algún artefacto le había golpeado el cráneo. Ella me hizo machacar las flores de jacinto, que había reunido y secado en la primavera del año anterior y que siempre me daba cuando tenía mi luna; echó un poco de aquello en el agua con que lo lavó, de modo que entonces él olió un poco a primavera. Ella

intentaba borrarle el rastro de la violencia.

*

Ahora era Rosalee quien estaba triste y yo la que preparaba sopas. Cuidar de Rosalee fue como un bálsamo para mí. Un ser humano encuentra un poco de medicina en la tristeza del otro. Eso fue lo que descubrí yo. Pero tampoco es de extrañar, porque el mundo es un misterio de todas formas.

Estaba perturbada al ver a su hermano tan maltrecho. Les trajo de vuelta a ambos todo el terror de los tiempos pasados, cuando nunca sabían si iban a permanecer hundidos en la servidumbre para siempre o a ser libres. Eran verdades amargas, que les tocaba probar a pesar de todo, no cabía duda de ello.

Yo vengo de la historia más triste que haya existido sobre la tierra. Soy una de las últimas personas en saber lo que le arrebataron y qué había antes de que me lo arrebataran. Es una carga de tristeza que ha aplastado muchas cabezas. ¿Alguna vez has visto a un indio borracho?, ¿alguna vez has visto a un indio andrajoso? Eso es lo que pasa cuando un rey está lleno de tristeza. Aunque no es solo eso. Nosotros pensábamos que éramos todo riquezas y maravillas. Sabíamos que así era. ¿Cómo era posible ser tan feliz de niño? Un mundo que se vuelve bueno para un niño es un mundo bueno. No era solo que ese mundo hubiera sido eliminado, sino que esa orden se dio muy a menudo: «Matadlos a todos». Preguntadle a Thomas McNulty, lo oyó decir muchas veces. Y obedeció. John Cole también. Ese muchacho salvaje, Starling Carlton. Vamos, Lige Magan. No importaba que fuera un bebé o una niña o una madre.

Solo el roce de un hombre blanco, su simple proximidad, era el heraldo de la muerte.

Nosotros dábamos un gran valor a cada una de nuestras vidas. Pero el valor que los blancos nos habían dado no tenía la misma medida. No éramos nada, así que matarnos a todos era solo matar a nada; por lo tanto, no significaba nada. Matar a un indio no era un asesinato porque un indio no era nada en especial.

Sé estas cosas; por eso las escribo.

*

Tennyson Bouguereau era una especie de ciudadano por aquel entonces, así que quizás apalearlo fuera un delito. ¿No habían luchado toda esa guerra por eso? Eso podrías pensar. Por eso el poeta McSweny dijo a Thomas McNulty y John Cole que debían ir a luchar. O tal vez solo Thomas miraba al poeta McSweny y veía el ser extraordinario que era. Me refiero a que también era un rey, y bastante desamparado, pero un hombre con un aura dorada alrededor de su anciana cabeza. Era como esas pinturas de Jesucristo con el halo dorado arriba. El poeta McSweny. Thomas y John Cole llevaban fuera mucho tiempo en aquella ocasión y yo necesitaba estar cerca de ellos. No estaba curada de la vida entonces y tal vez tampoco lo esté ahora. Pero entonces no lo estaba, con certeza. Pero el poeta McSweny, con su cara estrecha y oscura y sus ojos como piedras de río, se esforzó por mí, me educó, me regañó e hizo todo el trabajo propio de una madre.

¿Cómo fui tan afortunada de tener a esos hombres tan buenos como mujeres? Solo una mujer sabe cómo vivir, creo yo, porque el hombre suele tener demasiadas ansias y actúa de forma precipitada. Esa pistola medio amartillada hiere al azar. Pero encontré que palpitaba en mis hombres una feminidad feroz. Qué fortuna la mía. Qué montón de auténtica riqueza.

Incluso con Tennyson Bouguereau postrado y quizá por eso mismo, los hombres estaban fuera gradando la tierra que comenzaba a ablandarse ante la llegada de la primavera. A las mulas se les había dado su alimento vigorizante y se las había atado al viejo riel negro con las gradas, y así salían a remover nuestra tierra negruzca, hectárea tras hectárea. Una mula es como un niño feliz con la panza llena de avena. Uno esperaría que una mula se riera al verse tan bien pertrechada.

Por supuesto, el único muchacho que podía ir a Paris a buscar provisiones entonces era Lige, solo de momento. Por suerte, había cinco almacenes en Paris, así que el señor Hicks se quedó sin nuestro negocio.

—No puedo mirar a ese canalla de Jas Jonski —maldijo

Lige.

—Porque podrías matarlo —añadió John Cole en voz baja.

Yo había salido al porche a buscar la ropa interior que estaba secando para Rosalee cuando vislumbré al otro lado del árido solar a un caballo y un jinete. Me atravesó una sensación de alarma. Rosalee y Tennyson no eran los únicos que tenían los nervios a flor de piel. Si hubo alguna vez unas dianas fáciles me pareció que éramos nosotros.

Quienquiera que fuera, no venía solo. Divisé a una partida de otros hombres avanzando, rezagados, en sus ponis. Mis propios hombres estaban a dos anchos campos hacia el norte. Si hubiera trepado al tejado, podría haberlos visto, con las mulas negras en miniatura y sus siluetas negras tan pequeñas como gorgojos. El fusil de Tennyson siempre estaba en el salón, aparte del hecho de que era un arma tan hermosa que alguien había grabado el nombre «LUTHER» en el bloque de cierre, una marca misteriosa pero distintiva, así que fui a cogerlo y luego tomé posición de nuevo en el porche con el Spencer como aliado. Sabía disparar un rifle lo suficientemente bien, aunque era un arma demasiado grande para una muchacha.

El sheriff Flynn iba a la cabeza. No sabía decir si eso era bueno o malo. No era una persona que yo conociera en especial. Lo veía pasar, repiqueteando las botas por todo el entablado del pueblo. Iban tres hombres con él. Tres tipos de aspecto desaliñado. Cabalgaba a la cabeza con toda calma. No tenía prisa por hablar conmigo. Sin la menor prisa del mundo.

Al fin, el sheriff Flynn llegó hasta mí y detuvo su caballo a mi altura, donde yo esperaba en el porche.

—Entra y busca a Elijah, bonita —dijo.

Nunca en mi vida había oído a Lige dar su nombre completo. Nunca en mi vida me habían llamado bonita. El sheriff ni siquiera parecía ver el rifle Spencer. Lo sujetaba con la mano izquierda, pero él no parecía verlo. Ni siquiera estaba segura de que tuviera balas. Estaba pensando que quizá no estaba cargado, porque, la verdad, no lo sabía. Lo que sí sabía es que estos muchachos me dispararían con la misma facilidad con que se dispara a un conejo en la linde de unas tierras. Con la misma rapidez. Noté que la orina me corría por las piernas debajo de mis faldas. No quería que nadie lo viera. Mi cuerpo

tenía miedo, pero mi corazón se mostraba bastante fuerte. La rabia por Tennyson fue lo que me hizo ser valiente y pensé que, sin duda, el rifle de Tennyson poseía una gran medicina. Era el gran orgullo de Tennyson ser dueño de ese fusil, así que tan solo tocarlo me infundió valor.

No respondí al sheriff Flynn. Porque no sabía si hablar o callar.

El sheriff Flynn era un hombre sombrío y rudo, pero tenía las mejillas afeitadas alrededor del bigote; probablemente debía de tener unos cuarenta años y me imagino que las mujeres del pueblo lo encontraban bastante atractivo. Sus ayudantes eran un hatajo de hombres zarrapastrosos. Conocía a uno de ellos, ahora que los veía más de cerca. Frank Parkman. Era uña y carne con Jas Jonski.

Me sorprendió la cantidad de pensamientos que se me venían a la mente mientras estaba ahí parada sin responder al sheriff Flynn.

El sheriff Flynn desmontó, subió los escalones de la cabaña y, al llegar a mi altura en el porche, levantó la mano derecha. Ahora creo que iba a estrechar la mía, pero eso fue tan inesperado que lo primero que pensé fue que quería pegarme, así que retrocedí de un salto, tropecé con el rifle y me caí. Me levanté enseguida. Tienes que mostrar a un oso o a un coyote que no le tienes miedo. El fusil se escurrió por el suelo de madera. Sopesé que si intentaba cogerlo, me dispararía. A efectos de disparar, tenía una pistola a la que le había sacado brillo en el cinturón y eso significaba que era lo que Thomas McNulty llamaba un *kittoge*[2].

—¿Está ahí Elijah? —preguntó el sheriff Flynn.

—La muchacha se piensa que va a recibir una paliza —dijo Frank Parkman, riéndose.

—Cierra el maldito pico, Parkman —le recriminó el sheriff Flynn—. O la paliza te la voy a dar yo a ti, so imbécil.

Pero no siguió con eso, porque justo en ese momento irrumpieron por un lado de la cabaña Thomas McNulty y John Cole, y por el otro lado apareció Lige Magan. Los tres estaban cubiertos de tierra negra de gradar el campo. Llevaban botas de tierra negra, pero por supuesto no eran botas de verdad. Venían a cenar tras largas horas de labranza.

—¿Qué tal, Elijah? —saludó el sheriff Flynn.

—¿Qué tal? —respondió Lige Magan.

El sheriff Flynn apoyó los codos en la barandilla del porche y se puso cómodo, lo cual era una señal para que sus hombres se relajaran en sus monturas y Frank Parkman desmontara, enganchara las riendas en el hueco del brazo y se pusiera a echar tabaco en una pequeña pipa de arcilla que se sacó del abrigo. Yo no sabía qué estaban pensando Thomas y John Cole, pero decidieron rodear con las piernas las viejas sillas que siempre estaban tiradas por ahí, y el propio Lige Magan tomó una especie de posición de centinela ante la puerta entornada de la casa. La cerró de un portazo con la mano libre sin mirar lo que estaba haciendo.

—¿Estáis plantando tabaco otra vez este año? —dijo el sheriff Flynn.

Era más una observación que una pregunta. Asentía con la cabeza mirando la tierra negra que los cubría.

—Así es —respondió Lige.

—Vosotros plantáis tabaco y yo me lo fumo —dijo Frank Parkman, dando caladas.

—No hay mercado para remolachas ni nada —respondió Lige—. Estoy pensando en un poco de maíz quizá. Ojalá le saque cuarenta centavos por fanega. Solo Dios sabe si lo conseguiré. O quien sea.

El sheriff no dijo nada durante un largo rato y Frank Parkman se quedó ahí medio sonriendo sin dejar de chupar la pipa.

Me entró una terrible desazón por hacerme con el rifle Spencer ahí donde estaba.

—Tú eres el muchacho que estuvo en Leavenworth —dijo el sheriff Flynn, dirigiendo una mirada más o menos amistosa a Thomas McNulty, como si esa fuera una pregunta que se hiciera a menudo y en general en el condado y que él sabía algo acerca de Thomas McNulty claro como el agua y solo lo estaba dando a conocer.

Thomas McNulty debió de considerar que el silencio que dedicaba a esa pregunta era la respuesta más sabia.

—Le pusieron en libertad y por escrito y todo —respondió John Cole.

—No digo lo contrario —replicó el sheriff Flynn.

Frank Parkman soltó una carcajada, haciendo que la pipa

soltara burbujas de escupitajos.

—Seguramente os sorprenda oír que vengo a ayudaros a todos vosotros —anunció el sheriff Flynn—. Seguramente os sorprenda oír que vino a verme el abogado Briscoe. Seguramente os sorprenda oír que la señora Flynn, la anciana, estuvo en la escuela con Rosalee Bouguereau y tiene gratos recuerdos de ella.

—Son muchas sorpresas —asintió John Cole.

—Supongo que sí —continuó el sheriff Flynn—. Me gustaría averiguar quién le hizo daño a Tennyson Bouguereau y quién le hizo daño a Winona Cole. Por eso he recorrido las siete millas hasta aquí a plena luz del sol.

Hubo otra clase diferente de silencio. Yo estaba estupefacta, pero también asustada. Ya no pensaba en disparar el Spencer, pero ¿cómo podría ofrecer alguna respuesta cuando yo misma no sabía la verdadera historia de nada?

—A nadie le importa un carajo un indio —repuso John Cole. Era como un predicador leyendo la Biblia—. ¿A qué has venido? Sabemos cómo hacernos cargo de las cosas. En el instante en que Tennyson diga quién le dio semejante paliza, ensillaremos las mulas y mataremos a los tipos que lo hicieron.

—No me gusta ese plan —objetó el sheriff Flynn—. Estos son tiempos difíciles. Hay que ponerse el sombrero de Salomón.

—A nosotros nos gusta —replicó John Cole—. No nos hacen falta insignias ni agentes de la ley. Nos encargamos de nuestro propio trabajo. Y después, cuando Winona nos diga quién le hizo daño, si es que puede alguna vez, ya te digo yo que sin perder ni un minuto ensillaremos las mulas de nuevo e iremos a matar a quien haya sido tan malvado.

—Aquí no estáis en el oeste —protestó el sheriff Flynn—. Este es el nuevo mundo de granjas y peras encurtidas y paz, un mundo de contención, y los sheriffs vienen con todo eso.

—Verás —dijo John Cole—, nosotros no estamos nada conformes con todo eso. Porque a nadie le importa un carajo un indio, ni un hombre negro.

—Haced eso que decís y tú y tus hombres estaréis acabados aquí en el condado de Henry —amenazó el sheriff Flynn.

—Hay disturbios en todo el país, eso es cierto, y no sé cómo resistiremos aquí si echamos más leña al fuego —intervino Lige

Magan, como si se probara ese sombrero de Salomón para comprobar el tamaño.

—Y, sin embargo, debe haber justicia en estos tiempos convulsos y me propongo intentar llevaros esa justicia —dijo el sheriff Flynn.

—No sé por qué quieres llevar… —comenzó Frank Parkman en un ataque de ira.

—Te lo dije, Parkman, tienes que callarte —le recriminó el sheriff Flynn. Pero Frank Parkman no quería callar.

—Esa chica no es nada —continuó, y un extraño quejido le afectó la voz—. Esta gente es escoria.

El sheriff Flynn se acercó a él y le dio una bofetada tan fuerte que su sombrero salió volando. Estaba esperando a que Parkman dijera una palabra más, con una mano en su revólver Colt. Pero el ayudante se frotó la mejilla enrojecida.

Se hizo un extraño y elocuente silencio. Incluso nuestro invitado de invierno, el chotacabras, que se había inclinado a entonar su curiosa canción y era la primera huella de la noche que se filtraba sigilosamente, decidió contenerse. Al haber pasado toda mi vida junto a ellos, sabía que Thomas McNulty y John Cole eran hombres de pensar, pero sus pensamientos siempre tenían la finalidad de seguir viviendo. Además, Thomas McNulty y John Cole vivían y pensaban como un solo hombre. Si uno había de morirse, se acabaría la vida para los dos. Pero también sus verdaderos pensamientos estaban contenidos en todo lo que me habían enseñado como hija. Buscaban a gente que me apreciara y, si no había aprecio, cortaban ese elemento de cuajo como si fuera gangrena. El sheriff Flynn era un hombre de unos cuarenta años en un pantano de odios violentos y contadas mutilaciones, y toda la historia de la guerra y toda la historia de lo que la guerra hace incluso a las almas individuales, y luego lo que viene después de la guerra. Las convierte en asesinos, en seres violentos y mutiladores en un santiamén, a menos que haya un corazón para atemperar y una voluntad de amar. Ese era Thomas McNulty, así era, y John Cole también. Aquí había un sheriff medio tosco y medio afeitado que decía y hacía nuevas y sorprendentes cosas.

Me dio por pensar que, si antes hubiera tenido más valor, le habría disparado con el Spencer. Así que eso habría supuesto el

final de todo aquello y nunca habríamos oído ese extraño parlamento. El río de las cosas sigue su curso o a veces da un brusco giro. Por supuesto, todos los afluentes y todas las aguas, poco profundas y bravas, desembocan al final en el mar. La historia de una vida solo acaba en la misma orilla. Podría haber disparado al sheriff Flynn y entonces habría tenido una historia sacudida por un giro repentino.

Pero, al igual que el río, más tarde, todo vino a ser lo mismo.

---

[2] *Kittoge* o *kitthoge*, arcaico, significa 'zurdo'. *(N. de la T.)*

7

Me daba miedo viajar por el camino principal, pero pensé que tenía una deuda tan grande con el abogado Briscoe que debía hacer lo correcto y guardar bajo llave en el fondo de mí misma mis miedos y mi violación. Fue la primera vez que tomé la grave precaución de ponerme el «mejor» pantalón que Thomas McNulty me prestó. No necesitaba acortar las perneras porque él no era mucho más alto que yo. Me puse una pequeña chaqueta suya, que era una especie de traje de faena del ejército de años atrás, me aplané el corpiño con un trozo de sábana y tenía una buena blusa de algodón que me servía de camisa. Me importaba un comino mi larga melena negra, aunque recordaba que solo la tristeza hacía que una persona se cortase los mechones, así que ¿no era lo correcto? John Cole cogió mi pelo, lo envolvió en papel y lo guardó en un cajón. Yo me puse la pistola de mujer en el cinturón y escondí mi cuchillo en la bota izquierda. No era la única muchacha en aquellos tiempos que intentaba enfriar los ojos de los hombres con la apariencia de un muchacho, y ya había aprendido la necedad que significaba no hacerlo. No es que tuviera mucho pecho. No como Rosalee, parte de cuyo encanto era esa suave inmensidad. Sabía de esa inmensidad porque estábamos obligadas a compartir lecho. El camastro solo tenía un poco más de un metro de ancho, así que en las noches de mucho frío, que cubría Tennessee como una manta, nos acurrucábamos juntas. Rosalee Bouguereau no poseía muchas cosas, salvo su carácter cariñoso, pero aquello era un tesoro extraordinario. Por lo demás, tenía dos vestidos. Tenía una caja con papel para cartas, que se hacía en el molino de papel a lo largo del río Tennessee y que Lige le había conseguido para escribir listas. Ella se enorgullecía siempre de ello. Aunque no tuviera a nadie a quien enviar una carta.

No me llevé ningún carro, tan solo nuestro mulo más veloz.

Lista para espolearlo y ponerme a salvo si fuera necesario, como me jaleaba a mí misma. Pero mientras avanzaba tiritando en mi nueva ropa entre los árboles, que flanqueaban el camino y se sacudían el invierno de encima a su vez, me sentí muy sola, incluso con mi pistola y mi cuchillo. Ese vientecillo que prefiere el bosque parecía los susurros de asesinos de toda calaña.

—¡Virgen santa! —exclamó Lana Jane Sugrue—. ¿Qué le has hecho a tu hermosa *coiffure*?

Soltó una risita, boquiabierta, y dio vueltas a mi alrededor, ansiosa por mirarme bajo todos los ángulos.

Supongo que estaba hecha un espantapájaros a ojos de los hermanos Sugrue, que ni siquiera me comprendían con un vestido puesto, pero el abogado Briscoe dio un gruñido de aprobación a esta nueva apariencia mía, aunque, de todos modos, su primera urgencia eran los números que se acumulaban y el caprichoso fajo de documentos que necesitaban ser atendidos. Títulos de propiedad de tierras hechas un caos con nadie dispuesto a trabajar duro en ese país en ruinas; con los esclavos asombrados por la libertad y las «granjas arrasadas por el fuego y la guerra», que todavía no habían recobrado la salud, según el abogado Briscoe, tanto con rabia como con lágrimas en el rostro; con antiguos soldados con sus vidas hechas trizas, tanto de mantenerse con vida como de morir; con los rebeldes que un día disminuían y otro aumentaban. ¿Qué había de hacer un hombre leal? ¿Y leal a qué? No había nadie en Tennessee tan bueno como él creía que era, ni nadie tal vez tan malo tampoco. Tennessee iba a ser una cosa, el mejor estado de la Unión, maldita sea, y después iba a ser otra cosa, con este cambio de gobernador. Primero fue el gobernador Brownlow, más que dispuesto a acabar con la animosidad contra los esclavos, y luego llegó un nuevo botarate tratando de arrastrar a Tennessee de vuelta al odio y el dolor. Los otrora rebeldes, tras recuperar el voto, impedirían que jamás volviera a haber un gobernador republicano en Tennessee, sostenía el abogado Briscoe. No es algo que él pudiera ver, y eso que tenía muy buena vista.

La plumilla del abogado Briscoe siguió garabateando, a pesar de todo, enganchándose en las fibras de ese papel malo, que era el único papel que había en esos tiempos. La guerra

había destrozado el molino de papel a lo largo del río. Así que un papel malo se convirtió en un papel «lo bastante bueno». El trabajo tenía que hacerse.

*

No había forma de sonsacar palabra alguna a Tennyson Bouguereau, ni articulada ni de ningún tipo. Se mostraba tan amable y tranquilo como siempre, pero había algo en el motor de su persona que no terminaba de funcionar. No se había quedado en la cama ni un instante más de lo necesario y se movía por los graneros y los patios como solía hacerlo, cumpliendo con su trabajo tal y como le indicaba Lige. Había sido un hombre que conocía cien canciones, pero habían enmudecido en su pecho. Yo veía cómo se esforzaba por sacar un sonido, pero no respondía sonido alguno a sus órdenes. La descarnada herida en su cabello cicatrizó, pero algo más profundo quedó mal.

*

Era bueno estar en el despacho del abogado Briscoe porque ahí era donde se enteraba una de las noticias. El sheriff Flynn había acudido al oficial al mando de los soldados en Paris y este le había dicho al sheriff Flynn que hablara con el coronel de la milicia. Todo ello con respecto a la paliza de Tennyson, no a la de mi pobre persona.

El abogado Briscoe tenía mucho interés en la milicia, porque el propio antiguo gobernador de Tennessee la había mandado hacer algo con la turba de rebeldes y jinetes nocturnos[3], que generaban el caos en todas partes. Ahora no era seguro a quién debía proteger la milicia ni qué debía hacer. El coronel Purton era el comandante y, desde luego, se mostraba despiadado con los jinetes nocturnos y con todos los infractores de la ley.

El condado de Henry era un viejo territorio rebelde, de modo que no escaseaban tipos de esa calaña. La idea de un hombre negro alzado a la libertad les calentaba la cabeza más que cualquier otra cosa. Por ello, el abogado Briscoe estimó

que eso fue lo que le había pasado a Tennyson. Un negro debía llevar encima un certificado de trabajo y, si no lo hacía, podía ser considerado un vagabundo. Y Tennyson conducía una bonita carreta con una preciosa yegua. Así que aquello podría llamarse un robo. ¿Por qué no? Se podía decir todo lo que se quisiera de un negro. De modo que el abogado Briscoe consideró que eso era lo que había sucedido. No lo sabía a ciencia cierta. Y tampoco sabía a ciencia cierta si los hombres que lo habían hecho tenían alguna relación con Jas Jonski, pero ideó un buen método para averiguarlo: se le antojó preguntárselo directamente a Jas.

Fue entonces cuando Jas Jonski, mira por dónde, habló sin tapujos. Dijo que había lamentado oír lo de Tennyson Bouguereau, pero al mismo tiempo no se mordió la lengua a la hora de contar lo que había pasado en esa maldita granja de Lige Magan. Se había sentido ofendido y dijo que Tennyson Bouguereau lo había tratado de modo insultante. Un hombre que había sido esclavo tan solo hacía diez cosechas. Le dije al abogado Briscoe que no me imaginaba que Tennyson hubiera hecho nada más que mantenerlo maniatado para que no se soltara, puesto que eso era lo que Lige Magan le había pedido que hiciera. Pues bien, Jas Jonski afirmó que no se había mordido la lengua a la hora de contar su historia a todo aquel que quisiera escucharle. Así que la gente se enteró de esa afrenta a su persona y de cómo se había sentido humillado cuando solo pretendía hacer una visita a su prometida. De modo que el abogado Briscoe llegó a la conclusión de que el mensaje de que la milicia debía dar un escarmiento había llegado a aquellos tipos siniestros llamados los jinetes nocturnos. Se consideraba que los jinetes nocturnos no tardarían en aparecer ahora que el ambiente había girado a su favor. Quizás a algunos de esos renegados les gustara vivir en el bosque. Más que estar casados con sus aburridas esposas, opinaba el abogado Briscoe. Preguntó a Jas Jonski si había señalado a Tennyson a alguien cuando Tennyson estuvo en el pueblo y Jas Jonski se rio. Esa carcajada era mejor prueba que cualquier palabra.

Por lo tanto, el abogado Briscoe sintió que estaba haciendo progresos porque, aunque sabía que el país atravesaba momentos difíciles y caos, pensaba que tal vez su amada tierra

de Tennessee pudiera salir bien parada de la guerra y de las consecuencias de la guerra, también conocidas como paz, si solo mantenía un ojo atento a la justicia.

—Estos tiempos son tan peligrosos que queda poco margen para la ley.

Eso dijo. También se podría decir que relucía un poco al decirlo, y su rostro colorado parecía hincharse un poco en las sombras del despacho. Esa parte del abogado Briscoe, que era de Tennessee, era propensa al llanto repentino. No me sentí con ganas de llorar cuando habló, me sentí desgraciada. Cada vez que pronunciaba el nombre de Jas Jonski, se me encogía el corazón y me flaqueaban las piernas. Pensaba en el dolor en la entrepierna y quería preguntarle al abogado Briscoe de dónde iba a venir la justicia para mí. Mi dificultad era que no sabía cuánto les había contado Rosalee a los hombres y descubrí que no tenía palabras para hablar de ello por mí misma. Podría haberlo contado el primer día que llegué a casa, tambaleante, pero todo este tiempo desde aquello había endurecido las palabras hasta convertirlas en un amasijo pedregoso, y me faltaban las palabras para esto como le faltaban a Tennyson para todo. No sabía si Jas Jonski estaba en la mente del abogado Briscoe solo por el enfrentamiento con Tennyson o si los pensamientos del abogado Briscoe abarcaban también la visita que me hizo Jas Jonski en primer lugar, así como mi confusión, mi confusión sobre el asunto. Maldita sea, como diría Thomas. Maldita confusión. Incluso yo quería regresar al momento de mi sufrimiento solo para ver, para poder ver nada más, quién estaba allí causándomelo. Oscuridad, oscuridad, oscuridad, oscuridad.

Mi pista era la oscuridad y mi mejor reflexión era que quienquiera que fuera el autor de la infamia tuvo que cometerla en un lugar oscuro. Me preguntaba una y otra vez si serían los establos donde trabajaba Frank Parkman; no sabía por qué mi mente seguía volviendo allí. ¿Era quizá por esa extraña voz quejumbrosa suya? ¿Me removía eso algún recuerdo? Aunque ¿me acordaba realmente de que Jas Jonski me había llevado allí o era solo un pensamiento, porque Frank Parkman era un ayudante del sheriff Flynn y había venido a nuestra granja, todo accidentalmente? Para mis adentros me parecía verme a mí misma y a Jas Jonski paseando por Court

Square cogidos del brazo. ¿Fueron palabras burlonas las que escuché de una mujercita fuera del edificio de Compraventa de Negros y era Frank Parkman ese que reía de pie en el marco de la puerta del establo? ¿De nuevo era la carcajada mejor prueba que cualquier palabra? Yo veía estas cosas y luego dejaba de verlas. Me pasaban delante de los ojos como un sueño fugaz.

*

No sé si es muy común tener la memoria de las cosas hecha un barullo. Desde luego, hizo una escabechina conmigo.

Por supuesto, me resistí a contarle al abogado Briscoe que Jas Jonski y yo habíamos estado bebiendo whisky en la parte de atrás de la tienda aquel fatídico día de marras. Jas había tomado prestada una botella de las reservas del señor Hicks. Se estaba poniendo cada vez más nervioso bajo el yugo del señor Hicks, dijo, y disfrutaba sustrayendo cosas que pasarían desapercibidas. Un río de whisky pasó por la tienda. Yo nunca había tomado whisky antes y me quemó la boca y no me gustó mucho. John Cole estaba en contra del whisky en general, a pesar de que Lige Magan guardara una jarra de bebidas alcohólicas hechas en el oeste del condado de Henry, cerca de Como. El lema de Lige Magan era: dos vasos, cielo; tres vasos, infierno.

Lo que Jas Jonski me ofreció no era aguardiente. Era whisky de genuina destilería. No consigo recordar cuánto pimplé, pero si bien al principio no me gustó mucho, al cabo de unos minutos pensé que era una flor larga, y que de mi cabeza crecía y se abría una flor maravillosa. Pensé que era un ángel exaltado por el fuego. Hasta ese momento toda mi historia resultaba tachada brevemente y en su lugar había una extraña llama de éxtasis. Cuando llegué a Paris caminando con Jas Jonski, estaba flotando en alas incandescentes.

El siguiente recuerdo nítido que tengo es de Lana Jane Sugrue gritándoles a sus hermanos para que engancharan la calesa.

Entonces, ¿qué se suponía que debía decir yo sobre lo que había pasado entremedias? No podía inventarme una historia. No tenía sentido hacerlo. Se me ocurrió, en cambio, que podría

armarme de valor y colarme en el pueblo sigilosamente para preguntarle a Frank Parkman lo que sabía. Con su sonrisa torcida, sus risotadas y sus quejidos. Por cómo el sheriff Flynn lo había tratado, sabía que el bueno del sheriff pensaba que era un necio. Pero yo no estaba tan segura. Había algo en él, un eco, una sombra, que me desazonaba. E incluso un necio puede tener una historia.

Fui al pueblo ese mismo viernes, después de mi trabajo con el abogado Briscoe. Dejé que el mulo vagara por el último tramo del camino de Huntingdon, yendo y viniendo durante una hora, hasta que la oscuridad cubriera los límites del pueblo. Un mozo de cuadra no podía abandonar el establo. Estaba bastante segura de que encontraría a Frank Parkman en su lugar de trabajo.

Por supuesto, iba vestida con mis mejores ropas de muchacho e iba a tener que ver si me reconocía como Winona o no. Pensé que sería mejor que no lo hiciera, pero entonces podría sorprenderle descubrir que había otro maldito indio en Paris. Cuando no tienes un plan pensado sobre lo que vas a decir, puedes empezar a sentirte bastante estúpida a medida que encaras la tarea. ¿Me aceptaría como primo de Winona si le dijera eso? ¿Se reiría de mí con esa risotada de loco que tenía y se daría cuenta enseguida de quién era yo? Entonces, como amigo de Jas Jonski, ¿no cerraría el pico? Yo solo quería tener una visión clara de la verdad. Eso era todo lo que iba buscando. Al fin y al cabo, obviamente él era un ayudante de la ley, de vez en cuando, ¿y acaso no era su deber promover la búsqueda de la verdad, sobre todo cuando su jefe, el sheriff Flynn, había respondido a las palabras de Lige diciendo que estaba dispuesto a esclarecer las cosas?

El pueblo en el crepúsculo era como una de esas ollas de comida cuando empieza a hervir. Gente invisible encendía velas y lámparas en las casas, que se desdibujaban lentamente con el anochecer. Todos los colores del lugar, que no eran especialmente alegres en primera instancia, ennegrecían tabla de madera tras tabla de madera. La única casa con un poco de centelleo y bullicio era el *saloon* de Zollicoffer, y el sonido del piano manaba de allí para invadir las calles y los espacios privados del pueblo como cientos de ratas. Mi mulo era una bendita criatura y, a pesar de ser de una raza muy humilde,

caminaba a buen paso y tenía algo de esos pequeños caballos mexicanos. Desde luego no tenía nada de qué avergonzarse. Con fuerza en las rodillas para llevar mucha carga.

No sabría explicarlo, pero tenía extraños pensamientos sobre mí misma, mientras me dirigía hacia allí; una muchacha vestida con pantalones de chico, llevando un mulo por las calles en penumbra de Paris. Con mi pistola y mi cuchillo. ¿Acaso no me sentía bastante envalentonada en ese insólito instante, cuando en realidad era una muchacha que debería de estar aterrada en aquel momento? ¿Forzada por vete tú a saber quién y, en la fría jerga del predicador, sin duda, una perdida? Ninguna joven estaba menos echada a perder que yo. Comenzaba a sentirme un verdadero monstruo de coraje. ¿Cómo había sucedido? Todos los fríos mantos de miedo y dudas cayeron de mis hombros. Me pregunté si volverían a alzarse alguna vez de la tierra fría para envolverme de nuevo.

Sentía que estaba preparada para cualquier cosa, sentía que estaba a punto de experimentar grandes acontecimientos.

Eso era porque, después de haberse hecho cargo de mi pobre corazón de niña de seis años al encontrarlo tiritando y vacío, Thomas y John lo habían colmado de valor.

Cuando me detuve en la ancha puerta de las caballerizas, vi una luz titilante. Desmonté y entré. John Perry, el herrero del otro lado de Court Square, debió de haber arrastrado allí su fragua de viaje, porque ahí estaba dándole al fuelle, de modo que el aire empujado en la caja cerrada avivaba las llamas y, después, por orden de preferencia, el fuego iba apagándose. El establo se había convertido en unas fauces enormes, que aspiraban y soltaban aire con todo el espanto de un dragón. Frank Parkman estaba agachado bajo la parte trasera de un precioso caballo negro, sujetando uno de los cascos en el regazo y las rodillas, mientras arrancaba con unas tenazas los restos de los clavos de una herradura perdida y, con un giro de la muñeca, lanzaba cada uno al oscuro abismo de la caballeriza. Mientras trabajaba, hablaba por encima del vacío a John Perry, un hombre recio y sombrío, que tenía un aspecto aún más recio y sombrío a la luz infernal de las llamas y las sombras y que, de hecho, se veía obligado a gritar para responderle por encima de los agitados rugidos del horno. No entendía lo que se decían. Solo percibía el continuo trasiego de

hombres trabajando. Eché un vistazo por el establo, preguntándome si realmente había estado allí antes, sin obtener ninguna información aclaratoria de lo que estaba viendo. La verdad es que no tenía sensación de miedo ni tampoco me evocaba ningún recuerdo. John Perry arrancó una herradura con sus tenazas de hierro, la dejó en el suelo por un momento, levantando una humareda en el serrín húmedo al hacerlo, acercó una especie de marco de hierro que utilizó para entregarla a Frank Parkman, como un niño que ofreciera una tostada en un tenedor. Frank Parkman agarró de nuevo el casco y colocó la refulgente herradura contra la pared de la pezuña, de modo que el mismísimo hueso parecía arder en llamas. Observaba todo esto tan fascinada que por poco me olvidé de por qué estaba allí. Después, se puso a recortar y limar, hasta que introdujo unos clavos nuevos y, a continuación, siguió girando, cortando y apretando. Mi pueblo, puesto que vivía en interminables pastos, nunca tuvo necesidad de herraduras. Pensé que había sido la herradura, traída por la historia de los yanquis, la que nos había causado tanto daño. La herradura y todos los *accoutrements*[4] que venían con ella.

Lana Jane Sugrue no era la única mujer que hablaba un poco de francés.

Después, la escena de fuego y humo se calmó y supongo que se había hecho un gran servicio al caballo, al menos. Frank Parkman comenzó a encender las lámparas, que colgaban de las grandes vigas, y poco a poco la luz fue mostrando cada vez más los cavernosos establos, hasta al fin dejarme ver a Frank Parkman. Se enderezó y me examinó de hito en hito a unos veinte pasos de distancia. Parecía como si estuviera pensando por un tiempo, tal vez sopesando el peligro. O quizá se preguntara: «¿No habré visto yo a este indio antes?». Pues debió de llegar a la conclusión de que no.

—¿Qué puedo hacer por usted, jefe? —preguntó.

John Perry no prestaba atención ni a las lámparas ni a los indios, y arrastraba de nuevo su pequeña fragua hacia la calle, donde la volcó y vertió las brasas ardientes formando una uve de alboroto y destellos. Con un rápido movimiento del brazo, levantó la fragua, la colgó de una larga barra de hierro, la balanceó con una increíble destreza en el aire y la lanzó a uno de los abrevaderos de agua de la caballeriza. Allí estalló en un

violento torbellino de humo y vapor, mientras oía cómo John Perry se reía, como si este fuera su momento favorito de toda la ancestral tarea de herrar un caballo. Naturalmente, Frank Parkman y yo nos vimos obligados a esperar a que este vehemente espectáculo acabara antes de que yo pudiera responderle.

Debo admitir que ni mi cabeza ni mi boca rebosaban preguntas. ¿Qué quería sonsacarle? ¿Arrastró tu buen amigo Jas Jonski hasta aquí a su joven novia india hace un mes y…? Bueno, ni siquiera estaba segura de que tuviera la palabra adecuada para lo siguiente, ¿forzar, echar a perder, deshonrar, atacar, asesinar, malherir, desgraciar, quemar como una herradura ardiente apoyada en su entrepierna?

---

[3] *Nightriders*: miembros de una banda a caballo, normalmente de hombres blancos enmascarados del sur de Estados Unidos, que llevaban a cabo actos de venganza e intimidación por las noches después de la guerra de Secesión. *(N. de la T.)*

[4] *Accoutrements*: avíos, accesorios. *(N. de la T.)*

8

—¿Y bien, Cochise?[5] —dijo Frank Parkman.

A sus espaldas, las luces del pueblo seguían brillando y agigantaban el resplandor.

A veces no ves los gusanos en un trozo de carne vieja hasta que le das la vuelta. En ese momento yo me encontraba llena de un miedo extraño en un lugar que daba miedo. Fueron las vueltas dentro de mi pobre cabeza lo que empezó a confundirme. Confundirme en mis propósitos, como diría el abogado Briscoe. Qué sola estaba, en los pantalones de Thomas McNulty. Con un hombre frente a mí que tal vez solo quería saciar su sed después de toda la agitación de herrar ese caballo. Advertí de nuevo que se trataba de un hermoso caballo castrado, negro y brillante. Bajo la luz que se agolpaba de las lámparas, su pelaje parecía a punto de brincar con el color negro.

—Vaya animal más precioso —le dije, de pronto con el habla recuperada.

—Desde luego que sí —asintió Frank Parkman—. La señora llegó desde Nashville montada en él. Ella solita. Y yo pregunto: ¿por qué no cogió el tren de Nashville o la diligencia de Mills Point? Se lo pregunto, forastero. No son buenos tiempos para que una mujer cabalgue sola.

—Supongo que no —respondí.

No era el mismo Frank Parkman que había ido a la granja. No tenía su media sonrisita ni estaba medio bromeando. Se acercó a un barril de lluvia y sacó una vieja taza de hojalata de agua. Estaba tan desconchada que el esmalte era casi un recuerdo. Después, sacó una pequeña pipa de arcilla y una petaca, y comenzó a llenar la pequeña cazoleta. Luego, nos sorprendió a mí y a sí mismo al rascar un fósforo de fricción con tanta seguridad que la cabeza salió volando y cruzó los establos como una estrella fugaz. Se echó a reír, soltó alguna

blasfemia y prendió otro. Observó el recorrido de la primera cerilla porque no quería prender fuego a su lugar de trabajo.

—¿Este sitio es tuyo? —pregunté, aunque sabía que no podía serlo.

—Sí —contestó—. Lo construyó mi viejo. Ya murió, que Dios lo tenga en su gloria. Jesse James guardó su caballo aquí cuando vino con Quantrill.

—¿Eres amigo de Jas Jonski? —lancé, envalentonada, para obtener otra respuesta sorprendente.

—Sí, conozco a Jas —asintió—. ¿Por qué lo preguntas, jefe?

—Solo preguntaba.

—Así que solo preguntabas. No cobro por eso —dijo.

La pipa tiraba bien y se apoyó en la vieja y desgastada columna de la caballeriza mientras daba varias caladas. Después, señaló al elegante caballo negro.

—Es el caballo de la madre de Jas Jonski, de hecho. ¡Mira tú por dónde! Y tú preguntando por él.

Siguió fumando unos minutos más. Me miraba con toda la naturalidad de un amigo. Era realmente muy extraño.

—Bueno, voy a cerrar ahora. Tengo que ir a por la cena.

—¿Vas a dejar solos a los caballos?

—Solo una hora. No les importa.

Tenía unos catorce o quince huéspedes, todos alojados en su compartimento asignado.

—Puedes vigilarlos si quieres. Te daré cincuenta centavos por ello —dijo.

Ese comentario me pilló desprevenida. ¿Amabilidad? Tal vez pensó que yo parecía un pobre y escuálido muchacho indio que necesitaba cincuenta centavos para su propia cena.

—Podría hacerlo —respondí.

—¿No serás un ladrón de caballos ni nada por el estilo?

—No. Tengo mi propio mulo afuera.

—Ya vi ese esquelético transporte. En fin. Tienes mucha razón. No debería dejarlos solos. Quizá vaya a buscarme un cazo de estofado y me lo traiga aquí; así puedo compartirlo contigo.

No dije nada. Frank Parkman se movió, entrecerró las puertas de la caballeriza y me guiñó un ojo antes de seguir camino. De nuevo me sorprendió que me dejara allí y me confiara su reino. Estaba perpleja y desconcertada por toda su

forma de actuar. Me alegré de tener la oportunidad de examinar el lugar sin que él estuviera allí delante. Intentaba que mi mente retrocediera y me dijera algo. Pero el sitio no me resultaba nada familiar. Incluso con whisky en el cuerpo estaba bastante segura de que recordaría algo simplemente estando allí. Pero no se me removía ni un solo recuerdo.

Una vez más, para mi gran asombro, Frank Parkman volvió con una escudilla de estofado del asador. Lo repartió como en el ejército y me dio mi parte en un trozo de chatarra dado la vuelta, que había amartillado para ahuecar. Resultó ser un estofado delicioso, tan bueno como el de Rosalee.

—Gracias por compartir tu comida —le dije.

—Bueno, la Biblia nos obliga a dar de comer al caminante —respondió.

—No todas las almas quieren dar de comer a un indio —repliqué.

—Muchas tonterías aquejan al mundo —contestó.

Después, terminó de comer y se acercó de nuevo a las puertas y las cerró. Había una gran barra de hierro como pestillo, pero no la tocó. Cuando le dije «no, gracias» a otro plato, lo dejó en el suelo y entonces se detuvo delante de mí.

—No sé si serías tan amable como para dejar que te bese —dijo.

Habló con voz muy suave, muy dulce y muy amable.

Si ya estaba desconcertada, en ese instante me encontraba en un laberinto de confusión. ¿Sabía quién era yo después de todo? No lo parecía. Supongo que era un hombre como John Cole, que no aborrecía besar a otro hombre. Un hombre como John Cole, que había convertido amar a Thomas McNulty en la obra de toda su vida.

Lo miré fijamente. La verdad es que estaba asustada.

—Tengo un cuchillo en la bota, solo para que lo sepas —dije.

Sentí las puertas cerradas detrás de mí con la fuerza de un encarcelamiento. Pero puede que me equivocara al sentir eso.

—También tengo una pistola —añadí.

—Si no te apetece, me importa un bledo —contestó Frank Parkman, riéndose o casi riéndose—. En esta vida, si no pides las cosas, no consigues nada.

—Nunca me han besado en toda mi vida —me oí decir—.

Supongo que debería irme.

—Claro —dijo—. Si alguna vez te entran ganas de que te bese, vuelve. Vuelve de todos modos, cuando quieras. Eres un buen y dulce muchacho.

Asentí con la cabeza. Pensé que en cualquier momento iba a perder los estribos conmigo y asestarme un puñetazo o algo así, como hizo con la cabeza de ese fósforo. Pero no lo hizo.

Me di la vuelta para marcharme y, desde luego, las puertas del establo se abrieron fácilmente al empujarlas.

—Oye, Cochise —dijo. Me volví de nuevo hacia él cuando me disponía a abandonar el pueblo—. ¿No te habrás ofendido?

—No —respondí.

Después, asintió con la cabeza y pareció satisfecho.

*

En nuestros esfuerzos por curar a Tennyson, Thomas McNulty me preguntó qué me parecía si montábamos un poco de jolgorio esa noche. Ya se había hecho una enorme franja de la plantación, y suponía haberse quitado un gran peso estar tan cerca del final de una tarea tan larga.

—Me apetece mucho, muchísimo —respondí.

—Bueno, cariño, nos vendrá bien a todos —dijo—. Tengo muy presente, siempre, lo que te acaeció, hija.

—Lo sé, mamá —asentí.

Esa noche, barrimos el suelo y apartamos los pocos muebles que había hacia las paredes. Lige Magan desempolvó su violín de lo alto de un armario, le sacó brillo con cera, tensó las cuerdas y se soltó la melena con sus jigas y *reels* de Tennessee. Tennyson Bouguereau se situó de pie en la sala, con gesto pasmado, y zapateó, dio palmadas y soltó vítores. Entonces se le pidió a Thomas que hiciera su baile de señora, que nos consiguió unos dólares en Grand Rapids, aunque no llevara el vestido de antaño, y nos dio el gusto. La habitación se abrió al ancho del firmamento mientras nuestros rostros brillaban bajo las lámparas, y hubo risas, sudoración y buena camaradería. Aun así, no brotó una sola nota del gran pájaro cantor que había sido Tennyson.

Di vueltas y zapateé tan bien como la que más. Me

encantaba dar vueltas y bailar. Dejé que mis extremidades se movieran a su aire y no había un nombre civilizado para lo que hacía. No era un vals ni nada parecido. John Cole y Thomas me lanzaban del uno al otro, y Rosalee, como una flor resplandeciente, no solo mandó la prudencia a tomar viento, sino que ella misma era un puro torbellino. Su hermoso cuerpo brillaba, saltaba y atravesaba el aire como un ágil cisne negro. Su hermano mantuvo los pies en el suelo todo el tiempo, pero quizá esperábamos que las raíces atravesaran las tablas de madera y la tierra seca de Tennessee y lo curaran.

A última hora de la noche, como suele hacer la gente, nos serenamos como caballos después de un largo galope y disfrutamos del fuego intenso, sintiéndonos bastante cómodos en nuestra oscura cabaña bajo las estrellas, y, durante ese tiempo, mi corazón no estuvo dolorido y Lige Magan se volvió hacia la medicina de las canciones de cuna y los lamentos con su violín, y las cuatro cuerdas vibraron con una música hermosa que colmó nuestros corazones. Pensé en todos los animales despiertos y dormidos en el bosque más allá y me pregunté si habían aguzado el oído hacia nosotros, y si algo de esa música también les sentaba así de bien.

*

El coronel Purton también hacía algún que otro progreso: no tardó mucho en dar con varios nombres y llevarlos al abogado Briscoe. El coronel Purton tenía muy intrigado al abogado Briscoe. Tuve la impresión de que, en cuanto aparecía, el abogado Briscoe se deleitaba con él. Curiosamente, su rango le venía de sus días en el ejército confederado, pero ahora ya no era un rebelde y el anterior gobernador de Tennessee lo había mandado a cazar renegados. Ese no era un empeño muy popular en la mayoría de esos lares por aquellos tiempos, sostenía el abogado Briscoe. Pero parecía que el coronel estaba dispuesto a seguir cumpliendo con su cometido hasta que le fuera notificado lo contrario.

—Tennessee es tan peligroso ahora —dijo el coronel, con una manera de hablar extraña que hacía difícil saber de dónde era—, cada vez se hace más difícil de amar.

Solo entonces advertí que la parte superior de la boca del coronel estaba hendida, algo que se podía atisbar en el labio debajo de su poblado bigote. Eso le provocaba esa extraña forma de hablar. Después, transcurrieron unos momentos con esas palabras flotando entre nosotros en el oscuro despacho.

—Pero debemos seguir amándolo.

De modo que tuve que pensar que el trabajo del coronel Purton significaba para el abogado Briscoe que era preferible mantener las cosas en la buena dirección y que él estaba dispuesto a ayudarlo en todo lo que necesitara. Por supuesto, el coronel Purton era quien brindaba la ayuda en ese momento.

Hablaron de sus años de estudio en la Academia Masculina de Paris, a la que ambos habían asistido en diferentes cursos.

Cuando determinada gente a la que tenía en alta estima visitaba al abogado Briscoe, tendía a mostrar una cálida hospitalidad. También era muy probable que desapareciera en su habitación unos momentos para peinarse y atusarse el cabello con aceite. Para el abogado Briscoe, aquello era el mayor grado de civilización, aunque el olor mismo me hacía pensar en repollos. Después, abría el armario finamente tallado donde guardaba su mejor whisky. Ni siquiera a Lana Jane Sugrue, a quien nunca se le caía nada porque, como bien decía el abogado Briscoe, estaba demasiado cerca del suelo, se le encomendaba la decantación y el vertido de las bebidas alcohólicas. Es posible que el coronel Purton pensara que trataba a todas sus visitas de la misma manera, pero no era así. A los granujas los despachaba con un breve consejo y ni un solo trago, y acto seguido los despedía sin más contemplaciones con un gesto de la cabeza y palabras apresuradas que no tenían mucho sentido.

El coronel era un hombre alto, extraño y devastado. Tenía la piel moteada y oscura, y la mitad de su rostro estaba marcada por la famosa mancha de vino de Oporto, lo que le daba una peculiar doble apariencia, dependiendo del ángulo desde el que lo mirabas. Nunca vi a un hombre tan delgado al que, aun así, pudiera considerarse robusto. Tenía la voz aflautada y ronca a la vez, lo que habría sido fatal para su carrera teatral en el establecimiento del señor Noone en Grand Rapids, por no hablar de su labio leporino. Pero su negocio no era el teatro ni

la interpretación, sino el profundo y peligroso drama de los tiempos.

Se encontraba en medio del despacho del abogado Briscoe con unas altas botas de montar de cuero negro. Quizá esa era la razón por la que su voz sonaba tan estridente. Aún llevaba su espada de oficial, tal vez para infundirse valor o para impresionar a sus enemigos. Todo el largo de la delgada arma estaba adornado con esmalte del color de los altramuces, la flor de mi pueblo. Con todo, el hombre era impresionante y tremendo, y, aunque yo fuera la india silenciosa en la pequeña mesa, sentía una oleada de extraño optimismo al verlo.

—Hacer preguntas sobre los jinetes nocturnos en Tennessee en aquellos tiempos —dijo el coronel— solía ser una labor bastante segura. Hacer preguntas ahora puede hacer que lo maten a uno antes de que cante un gallo. Pero esto es a lo que nos dedicamos. Supongo que todo consiste en saber cómo devolver los disparos.

El abogado Briscoe no pudo contener un rebuzno. No quiero faltarle al respeto diciendo rebuzno. Pero su risa era un claro rebuzno.

Después, el coronel pasó a describir el campamento de los jinetes nocturnos en West Sandy Creek.

—Digo campamento, pero debería decir ciudad: han levantado allí un montón de casas, con todo el descaro, puesto que ya no temen a la justicia, y viven a sus anchas, acampados allí junto a las aguas y el bosque, y con un agradable calor en las venas porque el mundo se encamina hacia donde ellos quieren —continuó el coronel—. Eso es lo que me ha llegado. Aunque no lo he visto con mis propios ojos.

El abogado Briscoe escuchaba sin interrumpir, mientras volteaba el whisky en el vaso, de modo que las pequeñas lucecitas de la habitación se reflejaban en el líquido.

—¿Quién es este muchacho? —preguntó el coronel al fijarse en mi persona, claramente un cuerpo encogido en la esquina, que escuchaba la conversación en busca de pistas y briznas de información.

—Es un joven sioux de gran talento —respondió el abogado Briscoe, lo que me provocó una sacudida de placer. Estaba feliz con ambos extremos de esa opinión—. Me lleva las cuentas y hace un trabajo condenadamente bueno.

—Demasiado joven para servir en la pasada guerra —observó el coronel con su tono solemne—. Me encargaron dirigir el Primer Regimiento de Rifles Montados Cheroquis. He sido testigo del coraje, del manejo de los caballos y de la puntería de los indios.

El abogado Briscoe rebuznó una nueva risotada. Le gustaba oír a un hombre alabar a otro hombre. Formaba parte de su buen talante.

—Hace muchos años —dijo el abogado Briscoe, por lo visto en un esfuerzo por sumarse a los elogios generales hacia los indios—, este joven se vio obligado a disparar a un miembro de la banda de Tach Petrie. No era más que un niño entonces. ¿No es cierto, señor Cole?

—Es muy cierto —asentí, sonrojándome. Señor Cole.

—Le disparó con todas las de la ley y se ganó una herida a cambio.

—¿Petrie? —dijo el coronel—. Me lleva usted a mis asuntos. Zach Petrie es el que dirige a esos jinetes nocturnos, primo de ese difunto Tach Petrie que menciona. Aurelius Littlefair es su maldito teniente. Y cuentan con cerca de cincuenta jinetes. ¿Por qué no salen del bosque? Porque tienen cientos de crímenes cruentos sobre sus espaldas. Asesinatos, ahorcamientos y violaciones. Violaciones inimaginables. La más cruda brutalidad. Señor Cole, ¿está usted familiarizado con el emperador Aurelio?

—No, señor —respondí.

—Un gran filósofo de la antigua Roma. Aurelius Littlefair no es ningún maldito filósofo. Es un hombre cruel y frío. Zach Petrie es un oso tumultuoso. Un oso tumultuoso. Sus garras están desnudas y él desea… desea retorcerlas en la sangre. Pero él no es tan siniestro como Littlefair.

—Coronel —dijo el abogado Briscoe—, ¿usted cree que estos hombres podrían ser responsables de la agresión a Tennyson Bouguereau?

—Sé que lo son. El sheriff Flynn pudo arrestar a uno de sus muchachos, un tipo llamado Wynkle King. Lo encontraron borracho en el *saloon* de Zollicoffer. El sheriff Flynn me lo trajo. King me lo contó todo y luego lo negó a la mañana siguiente. Demasiado tarde, maldita sea.

Wynkle King era otro de los mejores amigos de Jas Jonski

con los que andaba. Se me había quedado clavado en la memoria, porque Jas Jonski había dicho que su amigo tenía la vejiga fastidiada por el aguardiente casero y tenía que mear cada treinta minutos, y eso era una de las «jocosidades divertidísimas» de Jas Jonski.

—¿Y por qué, coronel, apalearon a ese pobre hombre? —preguntó el abogado Briscoe.

—Porque una vez Bouguereau fue un esclavo, eso es todo. Ni más ni menos. Era un hombre negro que andaba solo al atardecer y allá que salieron ellos de entre la penumbra de los árboles. Una presa de caza. Los Petrie tenían cuarenta esclavos para trabajar sus tierras, los perdieron a todos con la libertad. «Vanos y transitorios esplendores.» He ahí a Goldsmith, señor Cole.

Se me antojó que quizá no tuviera la historia al completo, pero su tremenda e imponente presencia me cohibió y no le dije nada.

—Es un motivo atroz para estar a punto de destrozar a un hombre —opinó el abogado Briscoe.

—Motivos atroces rigen estos tiempos —dijo el coronel, con un ostentoso ademán de su pelo húmedo y apelmazado—. Tratar estas cuestiones es el pan nuestro de cada día para el sheriff Flynn. Tan habitual como la luz del sol.

Se había quitado el sombrero elegante dos comentarios antes y se repantigó en la silla como un traje desgastado que se hubiera arrojado allí sin el menor cuidado. Tenía la mano derecha aferrada a la empuñadura de la espada, todavía envainada y espléndida con su esmalte azul altramuz.

—El sheriff Flynn es un buen hombre a pesar de sus problemas —apuntó el abogado Briscoe—. O debido a sus problemas, quizá.

Quería preguntarle a qué problemas se refería, pero no lo hice, y tampoco lo hizo el coronel. Tal vez ya lo sabía. De todos modos, en ese momento el coronel no estaba pensando en el sheriff Flynn y sus problemas.

---

[5] Cochise: jefe apache que lideró una revuelta en 1861, dando así principio a las llamadas guerras apaches. *(N. de la T.)*

9

—Han estado ahorcando a hombres, ya sabe, a lo largo de los cinco caminos principales —prosiguió el coronel con voz queda. Era espeluznante escucharlo en la habitación en penumbra—. Sí, señor, los cinco caminos que entran y salen de Paris han sido testigos todos de su obra. Si fuera usted un negro, Briscoe, le diría: no camine solo. O incluso usted, señor Cole, pues los hombres de Petrie se lo llevarían y, sin un pensamiento cristiano, le darían una paliza y le pondrían una soga al cuello. Esa es la verdad.

—Hay gente en Paris que no piensa que eso sea algo malo —dijo el abogado Briscoe.

—Hay gente en Paris que no lo piensa, eso es cierto —asintió el coronel, reflexivo—. Así que debemos ceñirnos al tenor estricto de la ley. Aunque la ley también es cambiante en estos tiempos.

En ese momento casi nos alegramos de que se produjera un largo silencio. Casi podía oír el crujido de las cuerdas y ver las caras ahorcadas. Recordé que nosotros mismos habíamos visto a hombres colgados de un árbol en el largo viaje desde Míchigan. Me acordaba de eso. Thomas y John creían que estaba dormida, pero los vi. Entonces pensé en el pecho suave de Rosalee y en qué alma tan magnífica era. Esperaba que no fuera una deshonra para un chico que se me cayeran lágrimas silenciosas en la luz del atardecer, pero ¿cómo evitarlo? Yo estaba por debajo de Rosalee, pero para mí ella estaba por encima de cualquier dios. Ella era el único ser que me había besado en los labios y yo pensaba que era la portadora de la misericordia de los ángeles.

Después, llegó la solemne pregunta de qué iba a hacer el coronel Purton al respecto. Era tal el laberinto de muerte y dificultad. En cierto modo, explicó con la misma solemnidad, comprendía a la gente como Zach Petrie. Los viejos rebeldes

como él podían votar de nuevo en su propio país, pero se habían acostumbrado al caos y las matanzas. Petrie tenía el impulso violento de un hombre que había sido agraviado, y lo mecía en el pecho cada vez más, dijo el coronel. El abogado Briscoe estuvo de acuerdo. Yo podía sentir el peligro y el dolor en todo lo que decían. Como hija del dolor, percibía la música que subyacía en sus palabras. La pérdida de las cosas que habían sido preciadas, el aumento de los problemas y la eliminación de las alegrías. Fue uno de esos extraños momentos en los que entendí mejor al hombre blanco. Que en su propia esfera de sufrimiento no era tan diferente a mí, aunque pudiera recriminarme a mí misma por decirlo. No tuvo ni una buena palabra para Aurelius Littlefair, de quien dijo de nuevo que era un bandido con el corazón de lo más negro. Wynkle King había dado a entender, según declaró al coronel, que era Aurelius Littlefair quien había propinado la paliza a Tennyson con una podadera con intención no solo de matarlo, sino también de cortarle la cabeza. Pero Zach Petrie tenía una fama diferente. Se podía notar en la voz del coronel un cierto respeto a regañadientes. Y recordé el extraño cuidado que Thomas McNulty había puesto en la tumba de su hermano Tach, cavándola a menos de seis metros de la cabaña de Lige después de todo. Un adversario de la peor calaña y sin embargo... En cuanto a un muchacho como Wynkle King, no era más que un borracho con la lengua de un borracho y la vejiga fastidiada.

Pero Zach Petrie había perdido un mundo entero.

En Tennessee, sostenía el coronel, había miles de almas agraviadas como Zach Petrie. Hombres tan contrariados por la guerra que no podían respirar el aire de la paz sin ahogarse. Y que estaban tan descontentos que ningún tiempo nuevo podía llegar a complacerlos, por muy cerca que estuvieran de lograr todo por lo que habían luchado.

—Como se les deje unirse en un ejército de nuevo, lo que tenemos hasta ahora no será más que viento sembrado —dijo el coronel—. Recogeremos una fuerte tempestad.

—Y la ciudad será tomada, y saqueadas serán las casas, y forzadas las mujeres —añadió el abogado Briscoe—. Zacarías, 14, 2.

—Zach Petrie, 1874 —respondió el coronel Purton.

El abogado Briscoe se rio, pero con una risa titubeante. Aun así, rellenó el vaso del coronel como si fuera a rendir tributo a su ingenio. El coronel reconoció el gesto alzando el vaso hacia nosotros. Con la cara morada y el labio partido. Entonces parecían estar más a gusto en silencio. Pero las criaturas que bien se conocen pueden decirse mucho sin articular palabra.

—Señor, si me permite la pregunta, ¿qué va a hacer? —intervine.

—Debemos coger los caballos y enfrentarnos a ellos —dijo el coronel—. Conduciré a mis hombres al amanecer.

—¿Tenemos las leyes necesarias para hacer eso? —preguntó el abogado Briscoe.

—Traeré los papeles que hagan falta —repuso el coronel.

—Que el Señor nos proteja —concluyó el abogado Briscoe.

*

Esa noche, necesitaba más que nunca la cercanía de Rosalee. Me sentía apabullada por la elegante conversación del coronel. Me sentía pequeña y sin luz. ¿Qué era mi herida al lado de esa sobrecogedora historia? Y, sin embargo, mientras yacía al lado de Rosalee y el calor de su cuerpo se filtraba en el mío, recobré el sentido de mí misma. Una herida en el alma podría ser poca cosa en la enorme e interminable guirnalda de heridas humanas. Pero ¿no estaba la ley diseñada para examinar cada una de ellas, una por una, y darles a cada una la misma gravedad con prontitud? Era algo que había aprendido del abogado Briscoe. No dejaba de ser una verdad sanadora. Rosalee estaba acurrucada contra mi espalda y yo me encogí en la C que formaba su cuerpo y dibujé otra C cerrada en la oscuridad. Nuestras mantas eran escasas y raídas. Sus pechos estaban tan calientes que me parecían alas en la espalda.

*

Thomas McNulty, John Cole y Lige Magan ya se habían levantado y salido a sus quehaceres cuando los búhos se acostaban y la granja todavía vestía sus ropajes de oscuridad y

silencio. Qué solitarias se veían las cosas en el salón sin sus ocupantes. La vieja y tosca mesa, las cornamentas que sujetaban los maltrechos sombreros y el retrato de Polk en la pared. Lige Magan había decidido plantar hectárea y media de maíz, que era, según decía, solo «para molerse a palos de otra manera». Tampoco los había visto la noche anterior. Los había estado buscando, pero hacía ya tiempo que se habían ido a descansar con sigilo. Plantar maíz era un martillo para la vigilia.

Y me cuidaba mucho de no hablar con ellos. Si los hubiera visto, habría estado obligada a hablar, por una cuestión de honestidad. La tela de araña de lo que éramos, tan fácilmente desgarrada, era lo que me causaba tal desasosiego. Antiguos soldados del ejército de la Unión, pero también un desertor y un hombre libre. No quería que los arrancaran de su granja por mi culpa.

Pero mi estúpido pensamiento, o el pensamiento que había considerado estúpido —arreglar las cosas yo misma—, había arraigado. Me dio fuerza sentir esa fuerza en mí. Como un pequeño y afilado lucero da fuego a un fuego mayor.

Un mulo de Tennessee no es una criatura pequeña. Me alegré mucho cuando Tennyson Bouguereau apareció en la penumbra del establo y me ayudó a ensillar. Hubo muchos jadeos y gruñidos, pero ni una sola palabra. Le dije adónde esperaba ir ese día, y le expliqué por qué. Le conté todo lo que el coronel había dicho y Tennyson mostró todas las señales de haberme entendido, porque se quedó pasmado ante mis palabras. Al igual que yo misma podría haber declarado, a juzgar fríamente por el mundo que conocía, él no se creía que ningún cristiano vivo pensara que estaba mal hacerle daño. Que ningún tribunal, ningún abogado ni ningún hombre de leyes pensara que lo fuera. Y, sin embargo, estaba escuchando mis palabras.

Puede que tuviera problemas para emitir sonidos, pero no tenía la menor dificultad en oírlos.

Me acercó un estribo y me arrimé a él. Estaba tan cerca de él que pude percibir el olor a jacintos en su piel. Me sonrió con esa sonrisa que iluminaba todo el establo. Sabía que él no pensaba que yo era una india despreciable, en absoluto. Él sabía lo que yo era. Sabía lo que éramos. Almas auténticas

esperando un amanecer que nunca llega, algún tipo de espíritu de todos modos.

Levanté el pie y lo encajé en el estribo. Él colocó el hombro debajo de mi trasero. Justo antes de tener conmigo esa deferencia, me cogió la mano libre y no la sacudió, sino que la apretó con sinceridad.

Ahora podía hacerme creer que cumplía el justo deber al servicio de Tennyson Bouguereau, aunque también en secreto el mío propio. Me aupó a la silla. Entonces, con una mímica silenciosa, me pidió que esperara mientras iba a buscar algo. Todo esto en esa lengua de signos en la que a veces se comunicaban los propios indios.

Volvió en un santiamén, ató una vieja funda al mulo y guardó en ella su rifle Spencer. Amarró un trozo de arpillera deshilachada para ocultarlo.

Era un hombre bien parecido y ordenado. Un emperador. ¿Cuál era el nombre de ese buen hombre al que el coronel había mencionado? Era un Aurelius.

Supongo que era esa hora de la mañana a la que a la gente le gustaba ir y venir por el camino principal. Criadas que se dirigían al pueblo con cestas, algunas descalzas y otras con zapatos polvorientos. El amanecer había despojado a los árboles tranquilos de su atuendo negro. Y granjeros a los que conocía a medias arrastraban pesadas carretas llenas de cestos asegurados con cañas retorcidas y canastas rebosantes de verduras con la cosecha de primavera. Un carro de tabaco largo y alto, llevando otra carga en ese momento, pasó delante de mí como un relámpago. Antaño era un gesto de cortesía saludar a todo aquel con el que te cruzaras, incluso para una persona india. Pero ya no en aquellos tiempos. La resplandeciente luz del sol desmentía los gélidos ojos que me miraban. Pasaron pequeños grupos de negros, trabajadores locales o vagabundos, no sabría decirlo. Era como si todos los corazones se quedaran atónitos. Espoleaba a mi mulo, contenta de tener el rifle cerca en la funda. La arpillera se había resbalado hacia un lado y la luz del sol refulgía en el bloque de cierre, como si fuera a decir: «Tenga cuidado, ojo a este jinete».

*

Los patios del abogado Briscoe bullían con un alboroto de caballos y mulas. Un burbujeante guiso de cuellos y cabezas agitadas. El coronel Purton y sus lugartenientes gritaban órdenes y pude oírlos desde lejos por el camino. La milicia era como una enorme mercería de telas azules, como verdaderos soldados de la Unión, aunque de vez en cuando un sombrero alegre volaba como un pájaro elegante. Eran en su mayoría hombres jóvenes de mirada hambrienta. El abogado Briscoe se encontraba en la escalera de entrada cogiendo papeles del coronel y escribiendo en otras hojas que tenía delante. Parecía como si fueran a tenerlo todo ajustado a la ley, a la mejor manera del abogado Briscoe. Me sentí delgada y ligera con mis ropas, pero el rifle de Tennyson me dio al menos una sensación de mayor gravedad.

Amarré las riendas en un poste libre y subí los peldaños de la escalera lo más despreocupada que pude. Para dar la impresión de que llegaba al trabajo, sin más. Alcanzaba a ver que en algunas de las hojas había listas de nombres, sin duda la lista de la banda de muchachos.

—Supongo, coronel, que todavía estamos bajo el amparo de la Ley de la Milicia, en lo que respecta a esta milicia.

—Que me aspen si lo sé —respondió el coronel—. De todos modos, hemos convocado a esta milicia y eso es un hecho.

—Tenemos acusaciones de diecisiete ahorcamientos contra los hombres de Petrie y tenemos otros tantos incendios y asesinatos, y tenemos a uno de sus propios hombres en estado de ebriedad que dio testimonio de la agresión más brutal e infame contra el señor Tennyson Bouguereau, liberto de este condado.

—Habrá que hacer de su capa un sayo —dijo el coronel—. No tengo reparos; salimos porque las convocamos conforme a la ley y al derecho. He rubricado esa orden de los comisionados del pueblo y tienen ese papel de la maldita asamblea del estado o de alguna otra panda de necios. ¿Qué más puede hacer la civilización por nosotros?

—Nada —respondió el abogado Briscoe.

Y firmó la última hoja con una floritura. Yo sabía que entre sus muchos títulos de enjundia era comisionado para el ferrocarril y me imaginé que también era alguien importante en la milicia. Nunca se hizo nada bueno ni nada malo en la

América de los rostros pálidos sin la aportación de algún papel. Hasta una muchacha india como yo, ataviada para parecer un muchacho de cara limpia, lo sabía. No tenía la menor duda de que toda mi gente había sido aniquilada ciñéndose a la ley. No a nuestra ley, pero nuestra ley no era más que palabras que se llevaba el viento.

—Tengo aquí a un teniente que conoce el lugar exacto donde se reúnen —explicó el coronel. Advertí que cualquier letra del alfabeto que necesitara que su lengua tocara el cielo del paladar desataba pequeñas explosiones—. Allí donde un pequeño arroyo llamado Beasley se junta con el West Sandy Creek. Bueno, nos espera un viaje de tres horas, así que será mejor que nos pongamos en marcha.

Y se alejó con su cara delgada y su cuerpo de espantapájaros. Incluso con tan solo darse la vuelta pareció reunir a sus hombres, de modo que, de alguna manera, de un batiburrillo de jinetes montados consiguió formar una perfecta columna de a dos a lo largo del angosto camino. Permanecí junto a la cabeza observadora del abogado Briscoe. Tamborileaba en la mesa con su pluma. Había cumplido con su cometido y la labor que podía hacer en esa empresa. Los fui contando mientras salían por la verja y llegué a sumar doscientos en total. Recordé que el coronel dijo que Petrie tenía cincuenta acólitos, así que quizá eso supondría una costosa riada de hombres en su contra.

El abogado Briscoe era un viejo sabio. Ni siquiera volvió la cabeza hacia mí.

—¿Vienes ahora a trabajar? —dijo—. Me parece a mí que no.

—Tengo un pequeño asunto en Beasley Creek —respondí.

—Me parece que sí —asintió el abogado Briscoe.

*

Mi mulo tiraba de las riendas y se agitaba en su ronzal, porque los patios se habían vaciado de los de su especie y él estaba ansioso por seguirlos. Yo también, aunque no había un solo hombre entre ellos de mi especie, eso era seguro. Aun así, enfilé al trote el camino de Huntingdon y seguí la larga

columna a una distancia de doscientos o trescientos metros. Lo suficientemente lejos como para que ninguno de los hombres reparara en mí.

¿Quién era esa personita que buscaba justicia? No sabría decirlo. Mientras avanzaba a paso tranquilo, me repetía una y otra vez la leyenda del coraje de mi madre. Pero ¿era esto una muestra mía de valentía o un imprudente desatino?

La columna giró en tropel hacia el este. El frío y despejado cielo aparecía salpicado de desperdigadas manchas azules y grises como un huevo de pájaro. Pero un sol renuente intentaba medir la altura del cielo con largas y delgadas venas. Pensé que podría medirla yo misma en metros si tuviera una escalera lo suficientemente alta. Pero ¿para qué saber esas cosas? ¿La suma de las palabras de mi madre no me sería de más utilidad? Si yo persistiera, si avanzara lo suficientemente lejos, de buena fe, la alcanzaría de nuevo con vida. Alcanzaría a mi hermana, y a mis tías, encontraría toda la medicina del amor de mi pueblo, toda la historia y grandeza de sus vidas.

Seguí cabalgando menos temerosa de lo que podría haberme imaginado. Reflexionaba. Si Jas Jonski estaba en el meollo de todo el asunto, esto se encontraba a muchísimas millas de ese centro. Mi búsqueda de venganza había saltado un muro hasta ese lugar remoto que contenía la justicia de Tennyson. Pensé que sería capaz de desandar el camino si hiciera falta. Me dije que podría ocuparme de esto, como diría el abogado Briscoe, y luego saltar el límite de nuevo en un ágil poni de pensamiento.

Y podía hacerlo no porque fuera una locura desaforada, sino porque mi madre me había enseñado cómo sacudirme el miedo de encima y tener el valor de mil lunas.

10

Quizás algunos de esos muchachos de la milicia también tuvieran abuelas indias, porque siguieron pistas que bordeaban las granjas y luego se escabulleron a través de colinas boscosas por unos senderos tan endebles que me parecía que solo un indio podía verlos. La columna se había alargado el doble al avanzar en fila de a uno. Me amparaban los árboles con sus primeros brotes. Podía seguir el tintineante avance de la milicia, así como todos los otros pequeños sonidos metálicos de los caballos. No había nada muy indio en esa cacofonía, pero podría haber funcionado para gente como los hombres de Zach Petrie, con toda la extraña sordera de los hombres blancos. Los jóvenes y chispeantes pájaros salían de entre la maleza. Se podían percibir los diez mil ojos de animales que debían de haber notado a buen seguro nuestra presencia. La advertían, retrocedían y se mantenían quietos. Los árboles no eran demasiado altos por esa zona; parecían plantas que hubieran vuelto a crecer después de antiguos desbroces. Las granjas en sí tenían un aspecto extraño y sucio, aunque todas las buenas tierras que conocía, incluso tantos años después de la guerra, presentaban trechos con huellas de haber sido ennegrecidos y aplanados, recuerdo del paso de los viejos y vengativos rebeldes. El mismísimo Jesse James, el famoso forajido, había cruzado todo este territorio con Quantrill, tal y como nos contó Parkman. Las vallas todavía seguían caídas en muchos lugares y las cabañas estaban negras como las gargantas de las chimeneas. Incluso diez años después de la guerra. Cada granja quemada quizá era un alma de la Unión, en la que crecía un confederado. Si tenían algún tipo de cultivo era sobre todo maíz y tabaco. Al igual que en los grandes caminos, pocas siluetas en los campos saludaban al pasar. Algunos sí. Con ese bonito y perezoso saludo con el sombrero propio de los granjeros de Tennessee. Observaba todo aquello desde la

distancia que me había impuesto. La mayoría de los árboles estaban descarnados aunque escondían a la milicia de la vista. De pronto, aparecieron ante mí, avanzando a buen ritmo. Los soldados que se dirigen al combate tienen un aire especial. No muestran su forma de moverse habitual. Recordé a los hombres de mi tío saltando sobre sus caballos y alejándose del campamento de ese mismo modo. Algo sombríos y eufóricos a la vez. Expectantes, y quizá un poco asustados. Pensé que qué raro y qué bien que mi asombrosa madre los hubiera acompañado de vez en cuando. Para atacar o poner nervioso al enemigo. Para llevarse caballos y para llevarse a las mujeres también. Para matar con un ansia sincera y feroz. Para persistir, para perdurar, allá fuera en las llanuras.

Tenían la esperanza de encontrar a los muchachos llamados jinetes nocturnos durmiendo durante el día. Aquí se hallaba el pequeño poblado del que había hablado el coronel, asentado en un claro junto al viejo río. Me detuve en una elevación boscosa que dominaba la escena. Un arroyo más pequeño desembocaba con un borboteo sobre las piedras oscuras y brillantes, formando un vado en el río principal delante de las chozas. Me mantenía a unos prudentes trescientos pasos de distancia, pero dejé de ver a los hombres del coronel. Tal vez se habían ocultado con gran sigilo entre la maraña de pequeños robles que poblaban esa orilla del río. Era difícil de vislumbrar. El aspecto del supuesto pueblo, en realidad media docena de chozas destartaladas, era extrañamente sereno. Había un pequeño grupo de afanosas mujeres que lavaban grandes sábanas blancas río arriba. Golpeaban la tela retorcida contra las rocas negras, e incluso desde la distancia pude ver cómo la sucia espuma de jabón se alejaba río abajo como si fuera aves acuáticas. Incluso podía oír las voces de las mujeres hablando, charlando, aparentemente tan felices como solían mostrarse las mujeres cuando se juntaban para realizar estas labores. El duro trabajo aliviado con chismes y risas. Me invadió cierta tristeza al verlo. No solo porque me trajo a la memoria a nuestro propio pueblo lakota en tiempos remotos, sino porque yo era una chica india que nunca podría haber hablado así de a gusto con esas mujeres risueñas. Se habían recogido las faldas en la cintura y mostraban las piernas resplandecientes y mojadas. Risas inocentes y felices. Ningún

certificado de viaje podría darme acceso allí y eso me apenaba. Había cierto encanto en todo aquello que me quemaba por dentro, aunque permanecí inmóvil en el mulo, lista para desmontar y acaso provocarles algún daño. Estaba sentada vestida de hombre y anhelé algo para lo que no tenía jerga, ni en inglés ni en indio. Ni siquiera ahora sé lo que era.

Mientras daba vueltas en la cabeza a estos curiosos pensamientos, de pronto, más abajo, los jinetes surgieron de la maleza. El coronel gritó una orden y, con la espada alzada, se precipitó en el vado, bastante profundo ahí donde se sumergió. Dejó espacio para los ansiosos hombres que le seguían a sus espaldas. El vado quizá tuviera medio metro de profundidad, con una fuerte y lenta corriente. Las patas de los caballos se ralentizaron, los hombres los azuzaban y espoleaban para que siguieran avanzando mientras el río intentaba llevarles la contraria. Los adormilados jinetes nocturnos manaron de las cabañas, claro está en paños menores. Fue en ese momento cuando se juntaron dos historias: la historia de lo que quería hacer el coronel y la historia de esos hombres soñadores. Y juntarlas requería alboroto y conmoción. Ansia y somnolencia fundidas en una misma cosa en el fervor del momento. Por lo visto, no habían dispuesto centinelas. Todo fue sorpresa, caos y gritos. Un hombre corpulento salió corriendo de una choza y se detuvo en el centro del tosco poblado, con el camisón ondeando como un tipi desmantelado, mientras bramaba órdenes. Unas órdenes frenéticas y enfurecidas, que sonaban casi cómicas desde la distancia. Las mujeres que lavaban las sábanas salieron del agua a toda prisa, como los pétalos de una flor que estallara, sus vestidos cayeron de golpe hasta los tobillos y me pareció ver que cargaban rifles en los brazos. Acto seguido comenzaron a sonar disparos de fusiles y pistolas con un violento pum, pum, a pesar de lo lejos que me hallaba. Divisé los fieros destellos. Espoleé a mi mulo hacia delante.

A medida que el pequeño sendero descendía, se adentraba en una mata de árboles y dejé de ver las cabañas. Aunque creía que las mantenía frente a mí, cuando salí de los árboles otra vez, me encontraba a cuarenta y cinco metros río abajo del caos. Vi cuerpos tendidos en la ribera, así como a otros heridos quizás arrastrándose hacia cualquier sitio donde pudieran ponerse a salvo, y vi a los hombres del coronel Purton

asaltando la otra orilla con un brutal tiroteo, mientras algunos con fusiles de repetición cabalgaban sin riendas, al estilo indio, manejando el bloque de cierre y el gatillo con ambas manos sin dejar de disparar, como si Dios mismo hubiera ordenado esa incesante furia de disparos. No se había hecho el menor esfuerzo para lograr la rendición de estos hombres. Quizá se pensó que lo más probable era que no hubiera rendición posible. Se trataba de aplastarlos con la fuerza de los números, doscientos hombres contra cincuenta almas, segarlos con una hoz de caballos por los tres costados, engullirlos, desconcertarlos y destruirlos. El humo de la pólvora brotaba del cuerpo a cuerpo. Podría haber sido una clemente niebla matutina a lo largo del apacible río si no fuera por los terribles aullidos de los hombres y los espeluznantes chillidos de los caballos heridos. Yo ya había visto esto antes, pero desde el interior de un poblado sioux. Desde las entrañas del terror, desde su mismísimo corazón. Cuando todo lo que amaba hasta ese momento estaba a punto de ser borrado de la faz de la tierra. Como si fueran vidas postizas. ¡Matadlos a todos! Me quedé sentada a lomos del mulo como alguien que no estuviera allí en absoluto, sino en otro lugar, en algún lugar lejano en las llanuras de Wyoming, pero también alguien que sí estuviera allí, viviendo, boqueando para respirar, aterrorizada. Entonces surgió de la maleza como una bala esa extraña muchacha, ataviada con un vestido de un color amarillo chillón tan vívido que incluso con el gran susto que tenía en el cuerpo lo advertí; alzaba un mosquete como si formara parte de su propio cuerpo, como si tuviera su propia sangre corriendo por él en venas de verdad, y disparó contra mí. Sentí cómo la bala me penetraba en el brazo derecho; estaba inclinada tan solo a medias hacia el rifle Spencer, a punto de agarrarlo, cuando la bala me alcanzó el brazo, desgarrándolo; conseguí coger el Spencer, sabía que la bala aguardaba en su pequeña recámara, y disparé a ciegas. Algo me atravesó como un fuego, mi propia sangre ardía, era el dolor ardiente de la batalla, y ese dolor me arrojó hacia la oscuridad. No, no, ahora estaba despierta otra vez, con los ojos abiertos. Había sido una oscuridad extraña y fugaz. ¿Había transcurrido un minuto? ¿Un momento? Mi enemiga aparecía tendida sobre un matorral junto al río, también de un modo muy extraño. No sabía si la había

matado. O si la había alcanzado siquiera. No veía sangre por ningún lado. Era una muchacha de pelo negro y piel oscura, tan hermosa que el arroyo más abajo la deseaba. Sus dos piernas permanecían en la orilla, pero el resto de ella dependía de la amabilidad de un arbusto para no dejarla caer. Su cabeza estaba más alejada, a poco más de un metro del arroyo creciente, que venía cargado de las lluvias de primavera. Intentaba doblarse hacia atrás para ponerse a salvo con los dos brazos extendidos. Podíamos oír el tumulto de la batalla río arriba, que aún no había terminado.

—Oiga, señor —dijo.

—¿Qué?

—¿Qué tal si me agarra la mano? —dijo.

—Me has disparado —respondí, y pude ver cómo la sangre me goteaba del hombro, aunque no tanto como pensaba.

—Así es —dijo—, pero no sé nadar.

—Tal vez sea mejor que te ahogues, entonces —repuse.

Después, el arbusto cedió un centímetro y luego otro.

—Dios mío —aulló, y cerró los ojos—. ¿Oiga, señor?

—¿Qué?

—Siento haberle disparado.

—Si te salvo ahora, lo mismo vas, coges el rifle y me disparas otra vez.

—A Dios pongo por testigo que juro… no volver a dispararle. Mi fusil se ha caído al río. Por favor, señor, coja mi mano.

—Yo no soy un señor —objeté.

—Lo sé, eres un muchacho.

Afiancé las botas en el margen del río y me incliné para agarrarle la mano derecha. Ya tenía su mano en la mía. Se me pasó por la cabeza que podría estar engañándome y a punto de arrastrarme con ella. Reinaba cierta calma río arriba, salvo por algunos gritos azuzando a caballos y el estrépito de los animales al intentar trepar por los derrubios. Tiré de ella. Pesaba tan poco que se movió con facilidad, pero el arbusto actuaba en su contra, y al agua que se fue, con su vestido amarillo hundiéndose sin piedad para arrastrarla hacia su perdición. Soltó un grito como un halcón cayendo sobre su presa. Pero la agarré con rapidez. Clavó los pies en la tierra resbaladiza, hasta parecer una persona corriendo a ponerse a

salvo, mientras sus piernas patinaban y resplandecían con el esfuerzo. La arrastré hacia arriba con todas mis fuerzas, y entonces me desplomé de golpe. Había tirado de ella con el brazo herido y ahora veía las estrellas.

—¿Recibiste una bala? —pregunté.

—No recibí ninguna bala —respondió—. Me llevé un buen susto. Vaya arma más ruidosa tienes ahí.

Después, se acostó de lado jadeando. Era como un poni que hubiera galopado unas cuantas millas de más.

—Gracias, muchacho.

—Tampoco soy un muchacho —dije. Ni siquiera sabía por qué. ¿Qué más le daba si era una chica o un chico? Siendo ella misma una chica unida a la fuerza a una banda de forajidos asesinos. Pero aun así se lo dije.

—¿Eres qué? —dijo.

—Soy una chica —confesé—. Winona.

*

Se decidió entonces, como simple gesto de amabilidad o en agradecimiento por haberle salvado la vida, a acompañarme hacia el camino de vuelta. De lo contrario, yo no habría sabido cómo volver a ningún camino. Guardó el censurable Spencer en su funda. Tomó las riendas y dirigió al exhausto mulo.

—Supongo que tuvimos nuestra propia batalla privada allá atrás —observó, pero no parecía necesitar una respuesta.

No detecté ni rastro de la milicia. Estaba atardeciendo y también había chotacabras en esa parte del condado, sin lugar a dudas. Le expliqué quiénes eran esos hombres con los que había llegado, y cada vez que se abría un hueco entre los árboles o se elevaba un poco el terreno, se ponía de puntillas para intentar echar un vistazo atrás hacia su poblado de chozas. Ahora ya no parecía ansiosa por nada. Si hubiera sido la granja de Lige Magan, habría echado a correr de vuelta hacia allí, sin que ninguna chica, bala o nada me importara. Casi podía ver cómo el vestido amarillo se iba secando sobre ella con el calor divino de su cuerpo.

—¡Caramba! —exclamó.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que Zachary Petrie se esperara eso.

—¿Eres la hija de alguien?

—Soy la hija de alguien. ¿Acaso no lo somos todos?

—¿Alguien de ese asentamiento?

—Soy Peg —dijo—. Mi madre iba con Quantrill, ¿sabes? Ella murió hace mucho. Era una mujer del campamento. Mi padre era un explorador de Quantrill. También está muerto.

—¿Eres india? —pregunté. Eso tendría sentido, pensé, por el pelo negro y la piel morena y esa… esa belleza tan particular.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿No te gustan los indios?

Ella sabía muy bien lo que yo era. No pretendía ser más que una chanza. Y vaya que si lo fue. Las dos nos echamos a reír. Pero es muy doloroso reírse con una herida de bala en el brazo.

Después, encontró un nuevo resquicio y se puso otra vez de puntillas.

—Santo cielo —musitó, más bien para sí—. No creo que él se esperara algo así.

Por alguna razón demasiado oscura para que lo entendiera, ella era la clase de persona a la que podrías estar dispuesta a abrirle tu corazón. No me preguntéis por qué. Así que le conté todas mis cuitas y me sentí muchísimo mejor después, caramba. Le hablé de Jas Jonski y de lo oscuro que estaba todo eso. Ella se quedó pensativa durante un buen rato y luego dijo:

—Supongo que lo hizo él, sí.

Escuché aquello con un extraño interés, pero no tuve mucho tiempo para meditarlo. Pasamos alrededor de una enorme roca musgosa y allí en el suelo había una gran osa negra. Debía de pesar al menos ciento cuarenta kilos. Redonda como la misma roca y negra como una marmita. Bueno, no se va por ahí intentando disparar contra una criatura así, es mejor ahuyentarla. Una enorme cabeza se giró para mirar a Peg, que todavía guiaba al mulo. Sus hocicos, su nariz, la de la osa, y el hocico del mulo, no estaban ni a un metro de distancia. Al mulo aquello no le gustó nada, ni tampoco a Peg. Una osa negra es un alma más suave que los osos *grizzlies* de las llanuras del oeste. A un *grizzly* le gusta atacar primero y pensar después, si es que los osos piensan. Pero esta osa tenía una mirada desconcertada, muy a la par de la de Peg. Era una situación complicada para la osa. ¿A quién mostrar ira

primero? El mulo se encabritó y me caí como un saco de maíz dulce. Peg levantó los brazos y rugió, tratando de ahuyentar al enorme animal. Entonces me puse a su lado y bramé también. Los aspavientos hacia delante parecieron decidir a la osa. O tal vez olió mi sangre. Me lanzó un zarpazo tan veloz que parecía imposible de esquivar. Una garra se enganchó en los viejos pantalones de Thomas y me los arrancó de cuajo, como si fueran un vestido. Quizá no fueran demasiado robustos, para comenzar. Ahora me encontraba tan desnuda como había venido al mundo de cintura para abajo. El mulo retrocedió y Peg se olvidó de soltarse: fue arrastrada tres metros en un suspiro. Rugí y salté de un lado a otro, eso era lo que había que hacer: a los osos no les gusta que te mantengas firme. No es de su agrado. Una persona ignorante podría haber intentado usar el mosquete. Podría haber jurado que me miró fijamente a los ojos durante un interminable minuto. Tal vez me lo imaginé. Podría haberme matado con bastante facilidad. Haberse abalanzado sobre Peg, matarla, y, con la misma agilidad, podría haber matado a mi pobre mulo, ahora en un estado de pánico del tamaño de un establo. Con la misma rapidez con la que se nos había aparecido, desapareció, dejando un enorme, oscuro y clamoroso hueco justo ahí donde había estado, como una imagen que se queda en la retina.

Me esperaba encontrar un largo tajo de esa garra, pero no tenía ni un rasguño. Observé mis piernas desnudas. Peg tranquilizó al mulo y lo ató, y estoy segura de que también se esperaba una herida de consideración. Pero yo estaba entera, salvo por la herida de bala que aún me manchaba la camisa, que era ya mi única prenda de vestir. El pantalón había quedado destrozado, se había roto desde la entrepierna hasta abajo, en ambas perneras, y se podría haber usado como una vela hecha jirones.

Estábamos sobrecogidas. Pero el mundo estaba lleno de osos, todo sea dicho, así que ¿por qué debíamos asombrarnos? Peg me escrutó, nos miramos de hito en hito y se echó a reír otra vez. Se había agachado para recoger mi pequeña pistola de mujer y me la entregó. Comenzó con una risita leve, que se convirtió en una carcajada como la de un borracho en el *saloon* de Zollicoffer. Ojalá que a la osa no le diera por pensar que nos reíamos de ella.

—No puedes ir por el camino así —dijo Peg—, simplemente no puedes.

La idea me horrorizaba. Incluso cabalgar en la oscuridad, desnuda hasta las botas. Teniendo que cruzarme con una docena de hombres. Ahora ya no parecía un muchacho, se notaba a la legua.

De pronto Peg comenzó a quitarse el vestido amarillo.

—Dame tu camisa —ordenó—. Necesito tu camisa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Yo solo voy a enseñar mis vergüenzas a estos árboles —explicó—. Te llevaré hasta el camino principal y luego me volveré hacia mi casa.

Estaba de pie en la noche estrellada, con tan solo unos pololos.

—Dame los pololos —le dije—. Puedes quedarte con el vestido.

—No te voy a mandar a casa en unos pololos —objetó Peg —. Póntelo.

Así que me quité la camisa, con algún que otro gemido, lo concedo, y se la di antes de enfundarme en el vestido amarillo. Por suerte, el vestido no tenía mangas, o nunca habría conseguido ponérmelo por encima de la herida. Teníamos el mismo tipo de cuerpo, así que me caía como si fuera mío. Encontré un bolsillo perfecto para guardar la pistola de señorita.[6] Después, recogió el pantalón y se lo ató a la cintura, para adecentarse un poco.

—Me parece que has salido ganando. —Después, me contempló durante un momento—. Me parece que ahora sí eres una chica, sin lugar a dudas —añadió.

Noté entonces cómo iba apoderándose de mí la debilidad por la herida de bala. Me ayudó a subirme al conmocionado mulo, y el animal y yo nos pusimos en marcha, temblorosos los dos.

Cuando me hubo conducido cerca del camino principal del este hacia Paris, me devolvió las riendas y me miró. Estaba a punto de desmayarme. En cierto estado de apuro, desmonté. El brazo estaba chorreando sangre. La herida había decidido de repente sangrar a borbotones. Arrancó una tira del pantalón hecho jirones, la envolvió alrededor de la herida y apretó fuerte. Con los ojos decididos, incluso temerosos. No dijo nada

más y me ayudó a montar de nuevo. Después, asintió con la cabeza, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

---

[6] En español en el original. *(N. de la T.)*

11

Una vez en el camino y sola, con la luz entregando el alma y los jirones de penumbra y oscuridad cayendo por todas partes, comencé a sentir esa herida como deben de hacerlo los soldados al cabo de unas horas. La primera descarga de fuerza va disminuyendo mientras el dolor se vuelve más punzante e infernal, hasta que te preguntas cómo es posible que nunca hayas dado más las gracias por cada momento de tu vida que has vivido sin un padecimiento semejante. Me oprimía con esa extraña sensación de violación y horror. Era algo repugnante, la prima esquiva del coraje. No tenía más sensaciones que esa y ahuyentaba todas las demás, reclamándome para sí sola. Solo dolor y nada más que dolor. Luego, cuando llegué al corazón del dolor, me quedé sin aire. El pecho se me colmó de jadeos. El camino ondulaba de un lado a otro como un gran flujo de agua en un profundo conducto. Los colores pardos de la noche se mezclaban con ansia con los nuevos tonos negros que descendían. Cada estrella era una estrella fugaz. La luna rodaba prodigiosamente. Después, todo se volvió de un negro absoluto y de un dolor absoluto. Me había medio caído del mulo, porque mi columna vertebral se había convertido en puro algodón. Tenía la mejilla pegada al cuello musculoso del animal. Si me estuviera muriendo, me preguntaba si padecería el mismo dolor en la tierra de la Muerte, si lo arrastraría al otro lado, si vendría conmigo con avidez. ¿Me desearía tanto hasta el punto de no soltarme? Oí una música extraña entre los árboles, levanté la cabeza con enorme esfuerzo y escudriñé detenidamente, pero no veía nada allí que pudiera ser el autor de ese sonido. Pensé que me debía de estar muriendo, porque una luz de oro fundido se filtró de entre los árboles negros. Parecía una criatura enorme. Me envolvió y me quemó con una dorada ráfaga de dolor. Vi a mi madre caminando por el oro, con las piernas sobre la hierba dorada. Mi corazón estalló y me

salió del pecho como una liebre, colmada de amor, mientras me precipitaba hacia ella. Había escapado de mi cuerpo doliente y pronto descansaría en sus brazos.

*

Cuando desperté al mundo de nuevo, hasta la última mota de oro se había esfumado y mi madre sin duda había regresado a su antigua historia, fuera de mi alcance. Me parecía que conocía la habitación donde me encontraba, aunque no sabía decir exactamente dónde me hallaba, ni en qué casa o distrito. Las paredes eran tablas de madera desnudas y la cama, un pequeño y estrecho catre de hierro. Un ventanuco recibía una sombría luz. Oí el canto de un gallo en algún lugar remoto, el traqueteo de unos carros que pasaban a lo lejos, y el sonido ahogado y en sordina del trajín de gente que iba y venía, todos a muchos metros de distancia, me pareció. Estaba tan débil como una recién nacida. Pero al despertar, también despertaron los miedos. Rebusqué entre mi ropa para recuperar mi pistola de mujer, pero no la encontré por ninguna parte en mi persona. Estaba buscando la cintura de mi pantalón. Por supuesto, caí en la cuenta, llevaba puesto el vestido de Peg. Esa osa había enviado mi pistola de mujer al quinto infierno. Pero ¿no me la había devuelto Peg? ¿Seguía aún con mis botas puestas? No, estaba descalza. Y tampoco tenía el cuchillo.

En ese momento se abrió la puerta y Jas Jonski entró, seguido por un caballero fantasmal con un gran maletín de cuero. El aspecto fantasmal quizá fuera solo una impresión, pero estaba reforzada por el brusco aumento de pánico que me inundó nada más ver a Jas. Fue mucho peor que con la osa. La verdad del asunto era que mi cuerpo le tenía pavor, aunque mi mente no me mostrara el porqué. Mi deseo de volar y huir era infinito. Si no hubiera estado tan agotada, con mucho gusto habría atravesado esas endebles paredes. En mi fuero interno, veía cómo se desplomaban los tablones y la gente afuera se quedaba boquiabierta ante mi asombrosa huida. Este fracaso para alcanzar la libertad me desgarraba, pero mi cuerpo se quedó tan inmóvil que de pronto sopesé la posibilidad de estar

realmente muerta. De que Jas Jonski solo custodiaba mi cuerpo sin vida y el caballero fantasmal era el enterrador Luther Carp. Nadie que viera a Luther Carp en las calles de Paris podía evitar sentir un escalofrío.

Pero esta persona no era Luther Carp y mis esperanzas de estar muerta se vieron defraudadas.

Cuando intenté hablar, supe al instante que no era más que un mero susurro. Estaba consternada ante mi falta de fuerza. Lo intenté de nuevo.

—Thomas McNulty me estará buscando —balbuceé, pero bien podría haberme quedado callada, dado el resultado que produjo en estos dos hombres—. Thomas McNulty me estará…

—Es Winona Cole —dijo Jas Jonski, mirándome, y pensé que yo sabía muy bien quién era yo—. La encontraron en la ruta de las diligencias de Nashville. Con una herida de bala.

—No es más que una india —protestó el hombre, vacilante.

—Le pagaré —insistió Jas Jonski con brusquedad.

—Los indios no reaccionan bien a las medicinas —objetó, por lo que supe que era médico—. Lo mismo la mato como la curo. Les gustan las cosas silvestres. ¿Alguna vez has intentado arreglar la pata rota de un petirrojo? Pues es lo mismo.

—Mire, doctor, tiene que sacarle esa bala y, como la mate, lo mato yo a usted, ¿qué le parece?

Pero no lo dijo como una amenaza, sino como un intento de ser gracioso. Siempre el muchacho gracioso.

—Me parece justo —asintió el médico, sentado a mi lado, y abrió el bolso a sus pies.

—¿Hablas inglés? —me preguntó.

Pero no dije nada.

—Habla inglés. Trabaja para el abogado Briscoe. Es civilizada.

—Soy el doctor Memucan Tharpe —articuló lentamente, vocalizando las palabras como si estuviera hablando a un niño —. Y si te quedas en la cama quietecita, intentaré sacarte la bala del hombro.

Entonces agarró un alicate de metal y lo puso contra la herida.

—La zona alrededor del orificio está muy roja. ¿Cuándo se lo hizo?

—Los hombres que la trajeron me dijeron que estuvo en la

trifulca con Zach Petrie. La vieron mientras les seguía los pasos. Regresaban con sus propios heridos y pensaron que era mejor cargarla en la carreta. Uno de ellos sabía que era mi prometida.

—No me llamaron para que fuera allí, gracias a Dios. He oído que hubo una enorme reyerta —dijo el doctor Tharpe—. ¿Tu prometida? ¿Por qué ibas a querer tú casarte con una india, muchacho? No tienen una buena comprensión de lo que significa ese sacramento, créeme. Así como vienen se van.

Nada más pronunciar estas palabras, introdujo el instrumental para localizar la dura bala en la carne. Todo lo que me quedaba era refugiarme en mi idea del honor y no permitir que el menor quejido escapara de mis labios. Pero si me hubiera tocado el corazón con una llama, no habría resultado más doloroso.

—Ni siquiera chilla. Estas criaturas —continuó—, ¿ves?, ni siquiera son humanas, no de verdad, no son como tú o como yo.

Encontró la bala de todos modos y estuvo hurgando durante un buen rato hasta agarrarla y extraerla con una succión de carne.

—Una bala de mosquete —opinó, sujetándola a la luz, si podía llamarse así—. Pon un poco de agua a hervir, muchacho, que voy a limpiar esto con bromo. Ahora, jovencita —dijo, preso de un ataque de orgullo por su trabajo, pese a ser tan solo yo la beneficiaria de su obra—, verás como te irás encontrando mejor poco a poco.

—Doctor Tharpe… —murmuré, cuando Jas Jonski había salido a buscar el agua.

—¿Sí, jovencita? —respondió.

—¿Conoce a Lige Magan? ¿Elijah Magan? Tiene una granja cerca de los McKenzie.

—Conozco a Lige. Conocí a toda su familia. ¿Eres la pequeña india que vive allí? He oído hablar de ti también.

—Soy la india. Doctor, ¿puede decirle a Lige dónde estoy? Seguro que estará preocupado. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? No sabe dónde estoy.

—¿No puede hacerte ese favor el joven Jonski?

—No soy la prometida de Jas Jonski. Soy una prisionera. Si hace llegar…

En ese instante, Jas Jonski reapareció con un humeante cuenco de agua. El doctor me miró y le sostuve la mirada. No sabía lo que estaría pensando.

—Muy bien, señorita —dijo, y sonrió a Jas Jonski, con algo más de delicadeza, ahora que ya nos conocíamos y habíamos hablado en inglés.

Me limpió la herida y vertió un poco de bromo de un pequeño frasco marrón.

—Voy a tener que suturarte esto, jovencita —dijo—. Puede que te duela un poco.

Después, enhebró una larga aguja como una costurera y cosió la herida. Pinchó el metal una, dos y tres veces a través de mi piel y acabó la faena. Incluso en ese mar de dolor, estaba desesperada ante la idea de que pudiera levantarse y dejarme a solas con Jas Jonski.

—Doctor —mascullé de nuevo, y le cogí la muñeca como pude.

—No te preocupes, muchachita —dijo—. Te vas a curar.

Pero, fuera como fuera la clase de hombre que era Jas Jonski, poseía una especie de instinto, que era lo que me había gustado de él en un primer momento. Era capaz de ver dentro de cualquier pequeño problema.

—Tal vez quieras tener esto contigo, Winona —dijo, sacando mi pistola de mujer y dejándomela junto a la cama—. No quería que te tumbaras encima y que se te disparara sin querer.

—¿Dónde están mis botas? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Tus qué? —repitió.

—Mis botas.

—Tus botas están debajo de la cama. Y la navaja está dentro de la izquierda.

—¿Tienes el rifle Spencer?

—No vi ningún Spencer. ¿No te parece que tienes bastantes armas así? —respondió, echándose a reír.

Después, ambos salieron. Oí el clic de la cerradura.

*

Resultaba curioso que lo que me asaltara, mientras yacía allí,

fuera una preocupación por el Spencer de Tennyson. Esa codiciada arma era lo único valioso que tenía Tennyson. ¿Se había quedado tirada por ahí en la condenada carretera este? ¿Y qué había pasado con mi pobre mulo? ¿Estarían Thomas McNulty y John Cole recorriendo todo el territorio en busca de algún rastro mío? Aquello era un pensamiento mejor. También pensé que Jas Jonski estaba loco por hacerme prisionera. Se desencadenaría un verdadero infierno para hacerle pagar por todo esto. Qué tonta más grande había sido. Ir tras soldados como si fuera un auténtico chico. Ya, pero ¿no era yo la sobrina de un gran jefe y la hija de una mujer guerrera? Entonces me puse a pensar, y que Dios ayudara a Jas Jonski, porque a la más mínima oportunidad que tuviera lo mataría yo misma. Me imaginé encontrando mis botas, sacando el pequeño cuchillo y clavándoselo por sorpresa cuando se inclinara hacia mí. Se inclinaría más y más. ¿Qué derecho, según las leyes del libro de Blackstone, la biblia del abogado Briscoe, tenía él de llevarme y retenerme? Y recordé las palabras de Peg, las palabras de una muchacha que apenas conocía pero a quien le había contado todo, como en una pequeña cascada y un diluvio. Ella había meditado mis palabras mientras avanzábamos entre los árboles y las pequeñas granjas, y había llegado a la conclusión de que Jas Jonski era un villano. E incluso mientras me enfurecía contra Jas Jonski, pensé en Peg y lo que me había parecido, lo extrañamente luminosa que me resultó cuando se estaba balanceando en el arbusto sobre las aguas asesinas. Y cómo, en contra de lo que dictaban la naturaleza y la justicia natural, no había permitido que cayera y la había traído de vuelta a la vida.

Y, a continuación, volví a preocuparme por el rifle de Tennyson. Puedes sacarle una bala del hombro a una muchacha, pero eso no hará que esté bien. Sabía que me estaba sumiendo en la fiebre. Porque esa extraña criatura dorada me estaba perforando de nuevo, insertando brillantes barras de luz entre los endebles tablones de la habitación. Pensé que debía de ser así porque tenía los ojos demasiado abiertos, o la cabeza, o dondequiera que estuvieran las puertas en una persona. La luz se deslizó en la habitación y me mantuvo clavada a la cama. Pero no me sujetaba ninguna

cadena, ni ninguna cuerda. ¿Acaso no podía levantarme haciendo un pequeño esfuerzo? ¿No podía gritar? Lo cierto es que no me quedaba voz para gritar ni piernas para levantarme.

*

¿Fue una fiebre de horas o una fiebre de minutos? No tenía la menor idea. Lo único que sabía era que Jas Jonski no había regresado.

Mientras me retorcía de dolor y confusión, estuve a punto de rezar. Tan solo para que la habitación dejara de dar vueltas. Vueltas y vueltas como si estuviera atada a una rueda de molino. Me ardía el estómago, me ardía la herida y me ardía la cabeza. El sudor me perlaba los brazos desnudos. Ahí donde no ardía, era líquido.

Tal vez dormí. Tal vez me desperté. Tal vez dormí. Y luego desperté.

Entonces apareció John Cole, me cogió en brazos y me sacó de allí. Sin pronunciar una sola palabra.

La bendita carreta de Lige Magan aguardaba detrás de la tienda del señor Hicks. Mi mulo estaba atado a la parte trasera. Nunca un ser humano se alegró tanto de ver a un animal. Pisoteaba el suelo como si quisiera reprenderme por haberlo abandonado. Thomas McNulty se encontraba de pie en la caja del carro con el mismo gesto inquieto que una gallina con sus polluelos. Intenté mirar, para ver si el rifle estaba en la funda, pero John Cole me estaba levantando para entregarme a los brazos de Thomas McNulty.

—Lo siento —dije—. Siempre os estoy causando problemas.

Me acostaron despacio, como habían hecho con Tennyson anteriormente. Thomas me cubrió con su viejo abrigo del ejército. De nuevo, sin decir una sola palabra.

Era de noche, pero atisbé al doctor Tharpe en el entablado. Cuando la carreta se alejó, se despidió con la mano.

*

Estaba tan oscuro en el camino de Huntingdon que incluso los

búhos estaban callados. Yo era la chica más débil de Tennessee, pero me sentía feliz de estar en manos de Thomas McNulty, aunque me soltara un sermón continuo que incluía muchos arrebatos de contrariedad y angustia.

—Será mejor que te calles un poco, Thomas. No está en condiciones para que la reprendas —dijo John Cole.

—No la estoy reprendiendo, yo solo…

Mi voz todavía estaba afligida y enmudecida, pero hice todo lo posible para consolarlo.

—Tienes razón —me disculpé—. Soy la chica más tonta que jamás haya existido.

—No lo eres, no, no es lo que quiero decir, maldita sea, quiero decir... Eres lo más valioso que tenemos, así que cuando encontramos al mulo vagando como un pobre judío errante, solo, gruñón y resoplando con furia… Y luego está ese necio con el sombrero de copa, ¿cómo se llamaba, John Cole?

—¿Quién? —dijo John Cole.

—Ese médico estúpido que tartamudeaba y no decía más que sandeces.

—¿Ese? Tharpe —respondió John Cole—. ¿Por qué dices eso? Hablaba bastante bien. Además, gracias a él supimos dónde estaba Winona. Deberías estar haciendo pasteles para Tharpe, Thomas.

—¡Qué pasteles ni qué narices! Fue entonces cuando oímos la peor cosa que hemos oído en una larga sarta de las peores cosas que venimos sufriendo, y es que ese maldito necio de Jas Jonski te tenía en su poder. Santo asesino de Dios, pero ¿qué clase de noticias eran esas para nuestros oídos? ¡Y ahora nos dices que te escabulliste para seguir a Purton y que te involucraste en la batalla contra Petrie!

—¿Por qué demonios decidiste ir allí y hacer algo así, Winona, hija? —preguntó John Cole.

—Porque había que hacerle justicia a Tennyson —respondí, con voz tan susurrante que creo que ni siquiera yo misma pude oír mis propias palabras.

Pero me oyeron sin problema. Habían estado escuchando mis escasas palabras toda mi vida. Tenían oídos para mí.

No dijeron nada en ese momento. Aquellos dos hombres tenían un sentido de la justicia muy profundo, quizá tan profundo como el del abogado Briscoe. Puede que más

profundo todavía, porque surgía del corazón y no solo del libro de Blackstone. Yo no podía oír mis propias palabras, pero casi pude oír el ruido de sus cerebros elaborando pensamientos, como pequeños motores.

—Supongo que la culpa es solamente nuestra, John Cole —dijo Thomas con cierta desesperación.

—Supongo que tienes razón —asintió John Cole.

12

Nos pareció oír a lo lejos, a nuestras espaldas, un extraño traqueteo, como un carro acercándose por detrás de nosotros a toda velocidad. Era difícil vislumbrar algo en el camino a nuestras espaldas, sobre todo para mí, pero John y Thomas sacaron sus fusiles de debajo de los pies de John. Sabía que se apostarían al acecho detrás de la puerta trasera de la carreta en caso de que fuera necesario. Levanté la cabeza lo mejor que pude y escudriñé de nuevo el camino. Algo se acercaba con luces y llamas titilantes, con un gran estruendo. Había casi una docena de hombres que tiraban de ese vehículo entre sonoros alaridos. Clavé la mirada en la otra dirección, porque una luz distinta me llamó la atención. La luz aterradora de las llamaradas que perturba los sueños de todo habitante de una casa. Los hombres que iban a la carga nos adelantaron con su rugiente vehículo, sin dedicarnos siquiera una simple mirada. Llevaban uniformes, bigotes y grandes cascos.

—¿Qué sucede? —preguntó Thomas.

Quería saber las noticias. Pero los hombres dieron la callada por respuesta. Su máquina parecía pesada y violenta. Tiraban de ella. Dos de esos elegantes caballeros eran negros.

—Se dirigen a la casa del abogado Briscoe —dedujo John Cole, los ojos puestos en las alejadas llamas en medio de la oscuridad.

—Esa no es ninguna buena noticia —sentenció Thomas.

*

Nos acercamos a la vivienda del abogado Briscoe y, por desgracia, su preciosa y antigua casa estaba en llamas. Los muchachos con cascos habían llegado hasta ella y, gracias a algún milagro, arrojaban agua al fuego. Podíamos divisar

siluetas que todavía entraban por la amplia puerta principal y otras que salían con objetos, los oscuros retratos de los primeros Briscoe, así como a Joe y Virg Sugrue con los brazos cargados de documentos, y a Lana Jane Sugrue llevando esas pequeñas esculturas alemanas que tanto atesoraba el abogado Briscoe en recuerdo de su matrimonio. Me arrebujé contra Thomas y contemplé la escena. John Cole frenó el carro y se bajó de un salto para prestar ayuda. Minutos después, lo vi entrar en la casa y, poco después, volvió a salir cargando el dosel de la cama del abogado Briscoe. La base y el colchón pronto siguieron al cuidado de otros hombres. A continuación llegó el turno de la vieja y lustrosa mesa en la que solía trabajar y luego aparecieron los grandes bronces de la cocina y cualquier otro objeto que se pudiera transportar. Los hombres con la manguera de agua en la mano se afanaban en cuerpo y alma. Vi una enorme serpiente cruzar el camino delante de nosotros, dirigiéndose hacia el pequeño arroyo. Sabía que esa gran máquina estaba sacando el agua de allí. Milagros desesperados.

El propio abogado Briscoe apareció, con la cara ennegrecida, agitando su libro de rosas. Gritaba en un estado de calma febril. Prender fuego a la casa del abogado Briscoe. Eso era un atrevimiento terrible. John Cole trepó de nuevo a la carreta, quizá preocupado por mí.

—¿Qué demonios está pasando? —exclamó Thomas.

—Los hombres de Petrie. Han quemado la casa. Salieron del bosque y le prendieron fuego. Llevaban los sacos de arpillera y todo eso. ¿Por qué usan esas capuchas? ¿No se dan cuenta de que así los reconoce todo el mundo? Están locos. Mataron a los caballos en el establo para que no pudiera ir nadie a pedir ayuda. El abogado Briscoe y Joe y Virgil los vieron marcharse. Entonces Joe Sugrue corrió campo a través en la oscuridad de la noche y avisó a los bomberos. De lo contrario, la casa se habría perdido con toda seguridad.

—Será mejor que sigamos camino —dijo Thomas, mirándome—. Esta muchacha está pálida como la luna.

—Estoy bien —protesté.

—Está hablando la fiebre —repuso—. Te pareces a la hermana de la Muerte.

John Cole agitó las riendas de los caballos. Mi mulo tenía

pavor al fuego y corcoveaba y resoplaba en la parte de atrás.

—Tú sigue, tú sigue —insistió Thomas.

Justo cuando habló, y a pesar del enorme chorro de agua de la manguera, vi como las llamas engordaban en la planta baja. Pensé en el despacho, con ese familiar silencio que ahora estallaba a través del fuego. Las llamas se ensancharon hasta reventar el cristal de las ventanas con entusiasmo por salir al aire de la noche. Los hombres con cascos, el abogado Briscoe, Lana Jane y sus hermanos, todos parecían retroceder con la misma actitud, llevándose las manos a la cabeza con espanto y desesperación. Después, con un estallido que llegó casi a la luna, las llamas despreciaron todas las vigas y los suelos de madera o los quemaron tan efusivamente que desaparecieron, y, con impactante erupción, tomaron posesión del tejado, y allí se propagaron, enfurecidas, hasta brotar a través de las tejas para elevarse con un zumbido, victoriosas, hasta un cielo cuajado de viejas estrellas, burlándose de las vigas y convirtiendo en pétalos esas simples tejas.

*

No era la primera vez que mi buena amiga Rosalee Bouguereau me llevaba en brazos dentro de la cabaña. No había ni rastro del rifle Spencer en la funda, porque le rogué una y otra vez que lo comprobara antes de que me cogiera en brazos. Me dijo que no, niña, que no está ahí. No se molestó por ello. Pero a mí me dolieron sus palabras. ¿Con qué cara podría yo mirar a Tennyson? Cuando vino a verme, el hombre estaba radiante como un rayo de sol. Me acarició la cara y señaló mi herida negando con la cabeza. Estaba a la vez contento y enfadado. No preguntó por el Spencer. Bueno, no podía hablar, pero hay formas de preguntar sin usar palabras. Tal vez ya lo sabía por Rosalee. Me juré a mí misma en secreto que le encontraría otro, como fuera, o que me recorrería los cuatro puntos de la brújula de Tennessee hasta encontrarlo, aunque no hiciera nada más en toda mi vida.

Rosalee me llevó dentro y me quitó el vestido amarillo. Me preguntó dónde lo había conseguido, pero no se me ocurrió una respuesta. No sabía cómo plantear esa historia. La herida

había vuelto a sangrar durante el viaje, tres o cuatro veces más, por lo que el vestido estaba ahora totalmente manchado y, de hecho, la sangre seca se había endurecido y había ennegrecido el algodón. Me preguntó dónde estaban los pantalones y la camisa, pero de nuevo no supe qué responder. No podía mentir a Rosalee Bouguereau. Me sentía más desdichada por el fusil que por la propia herida. Extendió un montón de paja por el suelo y se dispuso a dormir allí. Pronto anocheció en la cabaña y oí los famosos ronquidos de John Cole a través de las paredes, y pensé en la elegante casa del abogado Briscoe ardiendo en llamas hasta que mis ojos fueron robados por el sueño.

—Ese es un bonito algodón, te lo limpiaré bien —dijo Rosalee, desde el suelo.

—Te lo agradezco —respondí—. Gracias, Rosalee.

*

La herida se cerró y cicatrizó bastante rápido gracias a la intervención del doctor Tharpe.

Tennyson Bouguereau siguió sin mostrar el menor fastidio por el fusil. Me estaba dispensando. Bueno, yo lo sabía.

La historia principal de la que se hablaba en la cabaña era el incendio de la casa del abogado Briscoe, y de por qué había sucedido, así como lo que podría pasar ahora. John Cole opinaba que hombres como Zach Petrie y Aurelius Littlefair sabían que el terreno había mejorado bajo sus pies rebeldes. Cuando Lige Magan fue a Paris a por provisiones, seguía siendo la comidilla del pueblo. Eso y la caótica incursión del coronel. En la tienda del señor Scruggs, que ahora contaba con el beneficio de nuestra clientela, Lige percibió cierta cautela a la hora de hablar sin tapujos y también leyó con claridad el miedo escrito en los rostros.

Su principal temor era que Zach Petrie viniera finalmente a por nosotros para vengar la muerte de su hermano, o para castigarnos por Tennyson y el coronel Purton, o lo que él imaginara que fueran los imperativos de la guerra contra sus enemigos. John Cole estaba más nervioso que un conejo y nos mandó a todos a hacer guardias en puestos de centinela, y uno

por uno nos fuimos dando relevos como verdaderos soldados. Lige Magan trajo la vieja campana del granero, con la que se solía llamar a los esclavos de los campos, y la colgó a modo de alarma que pudiera sonar, sobre todo para el bueno y mudo de Tennyson. Mientras tanto, él seguía avanzando con la cosecha, pero nos acercábamos a ese momento cuando el sol aumenta y calienta más, y su tarea principal con el tabaco y el maíz consistía en arrancar las malas hierbas de los campos.

Se corrió la voz en el pueblo de que el coronel Purton había perdido a tres hombres en West Sandy Creek, y aunque yo creía haber visto varios cuerpos tendidos allí alrededor de las chozas, nadie parecía pensar que ninguna de las cincuenta almas de Zach Petrie hubiera muerto. Lige Magan dijo que la ofensiva de Purton había calculado mal sus fuerzas. Si ibas a matar a rebeldes, debías asegurarte de contar con un buen número de hombres. Pero eso no había sucedido, aunque yo sabía que el ataque los había cogido por sorpresa y no les había dado tiempo siquiera a ponerse los pantalones y mucho menos a cubrirse con los sacos de arpillera que les gustaba usar para ocultar sus rostros. Quizá se acercaba el momento en que se dieran a conocer y regresaran como extraños héroes, y eso era lo que no dejaba dormir a Lige Magan y nos preocupaba a todos.

En cuanto a mi participación en la ofensiva contra el poblado de Zach Petrie, Thomas y John me ordenaron que no volviese a intentar semejante locura nunca más, y que como el buen Dios permitiera que lo hiciese, no sabían lo que harían; y, además, daban gracias a Dios y, si no, pues al diablo, de que hubiera regresado sana y salva. También estaba el asunto de Jas Jonski. Me habían llevado hasta él, estaba claro, por un error de juicio del hombre que me había reconocido como su prometida, pero si eso no era un motivo para salir a toda prisa hasta la granja de Lige a darle la noticia, a saber qué lo era entonces. Y si no fuera por Memucan Tharpe, quizá nunca hubieran sabido dónde encontrarme, al menos no durante días y días, y para entonces, dijo Thomas McNulty, él habría estado listo para que lo encerraran en la casa de beneficencia Old Blockley. Y en todo este parlamento se escondía la angustia que a menudo se desliza sutilmente en la conversación de los padres cuando se refieren a los actos de los hijos. Yo lo sabía y

por eso me esforcé por tranquilizarlos como quien intenta calmar a niños asustados por fantasmas y pensamientos perturbadores.

John Cole estaba muy resuelto a ir a Paris para intercambiar unas palabras con Jas Jonski, e incluso tal vez, dijo, perder los estribos y, que le parta un rayo, propinar un serio correctivo a ese muchacho con una rama de sauce. No le supliqué que no lo hiciera, pero tampoco le supliqué que lo hiciera. Estaba tan confundida y desconcertada respecto a Jas Jonski que no tenía palabras ni en inglés ni en lakota para explicarlo. Era un libro cerrado, atrancado con una barra de hierro. De vez en cuando me alteraba un pensamiento a su favor, que surgía sin yo quererlo. No era más que una última chispa de lo que yo había sentido por él en el pasado, pero me perturbaba. A veces somos tan necios en nuestros pensamientos que hasta los necios se burlarían de lo que estamos pensando.

Quizá parte de mi medicina consistía en pensar en el rifle Spencer. Intenté hacer memoria y recordar el viaje a través de los bosques y los campos y cuándo había sido la última vez que había visto el Spencer. Y, dado que esa osa había provocado que mi mulo se encabritara, ¿cabía la posibilidad de que el fusil se hubiera caído entonces y, en ese caso, si yo volvía allí, podría encontrarlo? Entonces me puse a conspirar como lo haría una persona que buscara una manera de volver hasta allí sin provocar los rugidos y la preocupación de John Cole y sin conducir al pobre Thomas a la casa de beneficencia Old Blockley, como él había asegurado que podría suceder.

Ninguna parte de mí deseaba llevar puesto un vestido, así que me aferré a la ropa de muchacho. Thomas fue tan amable como para entregarme su segundo mejor viejo pantalón del ejército, que de hecho tenía una raya amarilla muy bonita que bajaba por toda la pernera, porque se trataba de un auténtico pantalón de caballería, de los que les habían dado el mote de «piernas amarillas» a los soldados de la caballería antes de la guerra. Era el pantalón que le había sido asignado la primera vez que se enroló en el ejército hacía muchos años, cuando, según me contó, a John Cole y a él los enviaron a caballo a California para hacer no sé qué a los yuroks. Que había habido algo más que no contaban me lo indicaba una boca abierta y enmudecida y unos ojos que traslucían un violento terror. Los

hombres blancos no tienen un pasado bueno, tan solo tienen historias negras que desearían que fueran de otra manera.

Junto con los pensamientos sobre el fusil perdido de Tennyson estaba esa chica, Peg, y el vestido amarillo. Cumpliendo con su palabra, Rosalee lavó la mancha de sangre veinte veces y luego agitó la palangana hasta conseguir una considerable espuma llena de pompas de jabón y golpeó el vestido con una pala de madera; después, lo enjuagó en el pequeño arroyo mil veces y, cuando estuvo satisfecha con su trabajo, machacó algunas setas venenosas que elegía por su color amarillento y le devolvió de nuevo el tono amarillo a la tela. Lo puso todo a secar bajo el fuerte sol del verano; no sé si no quedó tan como nuevo que podría haberlo anhelado una princesa.

Pero yo no iba a ponérmelo y, además, pertenecía a Peg. No podía imaginármela haciéndome una visita de cortesía o de ningún tipo, por lo que en lo más hondo de mi corazón, pensé que debía ir yo hasta ella. Esa idea, la primera vez que se me pasó por la cabeza, me pareció un verdadero disparate y una gran imprudencia, pero muchas ideas disparatadas e imprudentes se vuelven menos locas si se piensan unas cuantas veces.

Rosalee no estaba del todo contenta respecto al vestido, ya que había trabajado muy duro para arreglarlo y no creía que unos pantalones de raya amarilla fueran la vestimenta más adecuada para una muchacha, pero cuando desistió en ese empeño, a su favor he de decir que pidió a Lige Magan que comprara cinco metros de algodón basto para hacerme unos pantalones de verano, y no pasó mucho tiempo antes de que me tomara las medidas y llevara a cabo su propósito. Después de la guerra, solía llegar a Paris desde Boston ropa gratuita para ser donada en caridad a los nuevos hombres liberados, pero ni Rosalee ni ninguna india consentiría en llevar prendas que hubieran sido usadas antes por desconocidas. Solo servían para ser quemadas. Pero nada de eso importaba, porque era una costurera excelente, y cuando las polillas atacaron los dos vestidos de Thomas McNulty en su dormitorio, parecía que remendarlos era solo trabajo de un día para ella, y eso que uno de ellos era un vestido de teatro de Grand Rapids con verdadero encaje de Massachusetts. Esa fue la única vez que vi

a Thomas McNulty abrazar a Rosalee, aunque cabe la duda de si encontró palabras para expresar su emoción.

Por lo demás, sentíamos esa extraña sensación del poso que deja un desastre, y que siempre lleva consigo la propia promesa de un nuevo desastre borboteando en ella. Así que, cuando no sucedió nada, no nos atacó ningún jinete, comenzamos a sentir como tontos casi una decepción, cuando, por supuesto, deberíamos haber sentido un fervoroso alivio.

Entonces, ya que parecíamos hallarnos en un momento de inesperadas sorpresas, Jas Jonski se presentó ante nosotros para «explicarse». Debo referir esta siguiente parte con una templanza que estuve lejos de sentir en ese momento y tal vez siga sin sentir todavía.

*

Estoy segura de que, si nosotros teníamos plena conciencia de nuestro peligro, Jas Jonski también tuvo la suya, por sus propias razones.

¿Qué pensaba yo de Jas Jonski? Me parecía que era quien me había hecho daño como solo un hombre puede herir a una mujer: forzarla como un ladrón asesino y traer un insulto asesino a su corazón. Tomé a Peg como abogada del caso. Le había contado la historia y ella había opinado. ¿Por qué una muchacha tan perdida como yo habría de recibir una autoridad tan grande? No lo sabía. Pero le había tomado la medida a Frank Parkman y, de alguna manera, no podía culparlo.

No tenía a ningún sospechoso conocido más. El whisky había ahogado la memoria, pero el alma de la memoria pervivía en mí. Latía dentro de mí.

Como había transcurrido tanto tiempo, empezaba a horrorizarme la sensación de que lo que me había pasado era poco más que nada, una nada servida sobre otra nada. Era un pensamiento extraño y poderoso que se metió dentro de mí, hasta anidar en lo más hondo de mis mejores pensamientos para comenzar a arrasarlos. Era un pensamiento pesado que me aplastaba. Mientras me encontraba presa de esa sensación, se me antojó que aunque hablara ahora a las claras y les contara a los hombres lo que creía que me había hecho Jas

Jonski, me sorprendería y pasmaría su respuesta. Se quedarían sentados allí, perplejos y desengañados, preguntándose por qué me había tomado todo el asunto tan a pecho. Una cosita de nada que todas las muchachas habían de soportar en las cuestiones generales del mundo. No significaría nada para ellos y la palabra «nada» saldría mucho de sus bocas aplicándola a mi persona. Bajo este pensamiento decaí una y otra vez. Me estremecía ante el sentido de mi terrible pequeñez. Los oía reírse de mí, intercambiándose burlonas miradas de asombro, y luego me imaginé que me daban la espalda y no volvían a hablarme nunca más con el mismo profundo cariño por el que yo les tenía tanto aprecio en mi corazón. Me considerarían profanada, como dirían los predicadores, y ni siquiera Rosalee podría coserme para dejarme como nueva, y ni siquiera una primavera y un verano podrían redimir ese invierno asqueroso. Me convertiría en una ganga que no valía nada, tan solo un trapo de esclavos sin ningún valor, y el chotacabras nunca más cantaría para mí ni Thomas McNulty me mostraría su ternura de madre, ni John Cole su preocupación de padre. Quizá querrían entonces dejarme en el camino principal como un dólar confederado, que ya no vale nada, para quedar a expensas de cualquier vagabundo; me convertiría en una baratija que se descarta y que nadie se molesta en recoger. Al romper la diminuta puerta dentro de mí, Jas Jonski había dejado la casa de mi persona siempre abierta a los vientos, a los aullidos de las tormentas y al saqueo de cualquier merodeador que pasara por allí.

13

Así ocurrió una de las conversaciones más extrañas que jamás he presenciado. Había más oscuridad en ella de la que podía deshacer cualquier luz del día.

Es de justicia decir que Jas Jonski mostró valentía al venir a la granja de Lige, donde no tenía ningún amigo conocido. Donde se vio obligado a ponerse delante de cuatro hombres hostiles y dos mujeres que echaban chispas y sin siquiera haber sido invitado. Ni remotamente. Más bien eran seis almas con ganas de colgar su pellejo de una puerta. Llegó como lo había hecho la primera vez, me refiero a la primera vez que vino a defender su caso y no en aquellos días lejanos de sus muchas visitas como pretendiente. Supongo que pensé que el misterio de los agresores de Tennyson había sido resuelto en la persona de Aurelius Littlefair y sus secuaces. Pero ¿había tomado Wynkle King el relevo después del infortunio de Jas Jonski, aunque le resultara incomprensible incluso al propio coronel?

Me parecía que la vida era un fango cuando se habían dicho tantas cosas y callado tantas otras, y entre medias estaban todas las cosas que solo podían haber dicho los ángeles, que se supone que lo saben todo.

Ese era el pequeño pelotón que tenía delante: los cuatro hombres, Rosalee y yo. Era un despejado atardecer de verano. Se le había visto llegar desde lejos, al noreste de la cabaña. Rosalee estaba de centinela justo a esa hora. Los hombres estaban dentro, comiendo estofado, y habían salido a su aviso para enfrentarse a ese muchacho de cara colorada.

Era un hombre en una misión, pero todavía tenía grandes dificultades con la cabeza de su yegua, intentando atarla a un poste de un tocón como la última vez.

—Maldita sea —gruñó.

Tenía doce ojos escrutándolo sin pronunciar una sola palabra ni un saludo de ningún tipo.

Debía de considerar que su primer deber era dirigirse directamente hasta Tennyson y tenderle la mano.

—Lamento que recibiera esa paliza —se disculpó—. No le deseo ningún mal, señor Bouguereau.

Tennyson no le estrechó la mano, pero podría deberse tanto a su desconcierto como a la prudencia o el desprecio.

—Solo me parecía que tenía que decirlo —añadió Jas Jonski —. Eso me parecía.

A continuación, se alejó unos cinco pasos de los hombres. En ese momento, bajé del porche, avancé hasta situarme justo al lado de John Cole y más o menos planté los pies en la tierra y quizá mostrara una fusta algo más tarde.

—Solo quiero decir, además de mi discurso anterior, que Winona llegó hasta mí muy malherida. Yo no fui a buscarla ni nada. Fue Wynkle King el que la encontró en el camino principal y la llevó hasta mi casa.

Juraría que eso no era lo que le había contado al doctor Tharpe. ¿No había dicho que eran los hombres del coronel los que me habían encontrado al regresar de la escaramuza? Eso dijo. Y Wynkle King no me había reconocido cuando iba de Adán. No dije nada por el momento, respetando sus maneras de Sócrates ante los quinientos granjeros.

—Nunca tuve la oportunidad de venir a contárselo, y, de todos modos, Memucan Tharpe lo hizo igual de bien —continuó con su perorata a pesar de mis pensamientos, como quien dice—. Lo avisé y me sacó dos dólares por el privilegio de tratar a Winona. Y lo hice encantado. Solo digo que no soy ningún secuestrador de muchachas y que no soy más que el hombre que quiere casarse con ella.

Recuerdo tan solo una especie de quejido como «ajá» de John Cole, que puede o no haber sido de desaprobación o incredulidad.

—¿Todavía tienes la intención de casarte con ella? —intervino Rosalee detrás de nosotros, quizá ante todo para sí misma—. Eres un necio descerebrado.

Jas Jonski estaba tan alterado por su propio discurso y sin duda claramente aterrorizado por John Cole y los demás, de pie ante él, que he de revelar que rompió a llorar. Se deshizo en llanto como un crío y supongo que no se alegraba de ello. Pero las lágrimas brotan sin pedir permiso. Bien lo sabía yo.

—No tienes nada que tratar aquí, excepto conmigo —dije.

Pedí a mis hombres que volvieran al porche para poder hablar a solas con el muchacho. No les importó hacerlo, ya que en realidad estaban tan armados como emperadores. Pero de pronto comprendí la utilidad de hablar con él al amparo de su fuerza. Recé, volviendo atrás en el tiempo, para pedir a mi madre que me diera mi propia fuerza. Sabía que se me había hecho un gran daño y la verdad es que sentía cómo algo empezaba a pudrirse en lo más hondo de mí, esa sensación tenía, y me asustó muchísimo. Hay que procurar apuntalar el dique cuando las aguas bajan embravecidas. Aunque sea con tus propias manos desnudas.

—Winona —dijo—, no soy ni un granjero ni un idiota. Sé que estás enfadada conmigo. No soy tan necio. Cuando llegaste en brazos de Wynkle King, creí que me moría al verte. Mi chica con una herida de bala.

—Yo no soy tu chica —objeté.

—Ya vine hasta aquí antes para decirte que no sé cómo sucedió el daño anterior y esa sigue siendo la condenada verdad. Me acuesto en mi cama cada noche preguntándome cómo se podría arreglar todo esto. Fui a ver a mi madre y resulta que es la persona que más odia a los indios que he conocido en toda mi vida. Me dice, ay, me alegro mucho, James, de que no te cases con ninguna india; además, conozco a tal y tal chica en Knoxville y voy a llevarte allí para que la conozcas. Yo le respondo, mamá, no pienso casarme con ninguna muchacha de Knoxville, solo voy a casarme con Winona Cole. Tú no te vas a casar con ninguna india, me gritó.

—Bueno, así es —respondí—. Ella tiene razón.

—¿Qué pasó aquella vez cuando te hicieron esos cortes y te dieron esos golpes? Winona, ¿qué pasó entonces? —Dejé de hablar tan rápido. Me puse a pensar. Intentaba recordar. Era como tratar de rasgar una densa niebla con la luz de una lámpara. No se puede—. Solo digo que se me nubló un poco la cabeza con todo eso —explicó, aludiendo también a la niebla —. Sí, le digo a Lige Magan, le digo, Lige, no sé lo que pasó, yo estoy igual de a oscuras que ustedes. Pero ¿es eso cierto? Le he estado dando muchas vueltas. Ahora sé que fue… fue un error darte whisky, maldita sea si lo fue, y fue un error que yo también bebiera whisky, ya que además ni siquiera me gusta, y

nunca lo bebo, pero lo estábamos bebiendo… ¿Te acuerdas de haber estado en el pajar en la caballeriza de Frank? De eso me acuerdo un poco. Y no me gusta no acordarme. Recuerdo lo dulce y cariñosa que estuviste conmigo, y nos estábamos besando…

—No, no me acuerdo de eso. Y no creo haber estado nunca en ningún pajar donde trabaja Frank Parkman.

—Estuviste allí. Y yo también. De eso me acuerdo bien.

Los hombres y Rosalee se revolvieron en el porche cuando Jas Jonski alzó la voz. Se dio cuenta enseguida y volvió a bajar el tono.

—Juro por Dios que estabas allí, que estábamos allí tú y yo, y nos reíamos, y nos besábamos, y luego juro por el mismo Dios que no tengo el menor recuerdo, ninguno en absoluto, de lo que sucedió después.

—Yo puedo decírtelo, y Rosalee Bouguereau podría decírtelo si no fuera tan tímida. Cuando llegué a casa toda magullada, con cortes en la cara, el corazón encogido de miedo en el pecho, y sin recordar nada, tenía sangre, ya sabes, allí abajo, y Jas, yo estaba desgarrada, y alguien me había hecho eso, y yo digo que fuiste tú, porque, si no, quién más en el mundo haría eso, salvo alguien a quien yo dejaba que me besara. Si otro hombre trata de besarme y no es mi galán, saco la navaja y se la clavo en la tripa.

Ahora era yo quien había alzado la voz. Así que me obligué a bajar el tono.

—¿Dices que alguien… te hizo daño allí abajo? —preguntó.

—Eso dije. Esa es toda la naturaleza de este asunto. Blackstone, capítulo dieciséis. Es un delito, Jas Jonski, solo que, por supuesto, la ley no se aplica a mi persona. No soy una ciudadana. Tu madre tiene razón, no puedes ir y casarte con una india, porque ni siquiera somos personas. Ni siquiera somos personas humanas. Somos animales, a los que se puede pegar, hostigar y maltratar a su antojo.

No alcé la voz para decir aquello. No me hizo falta. Nunca vi la cara de un muchacho empalidecer tanto. Ya era un hombre blanco; en ese momento era un hombre blanco todavía más blanco.

—¿Estás diciendo… que alguien…?

—Sí, Jas Jonski, sí, lo estoy diciendo… ¿Por qué crees tú

que hemos sufrido tantos problemas?

—Pensé que algún necio de oscuro corazón tal vez te había pegado, o que la mula te había tirado, o no sé, pero jamás me imaginé algo así, ni por un segundo se me pasó por la cabeza.

—No eres más que un maldito necio, Jas Jonski, porque lo que te estoy contando es lo que suele suceder y todo el tiempo. ¿Acaso piensas que todos esos valientes soldados que estuvieron en las guerras traían sopa a los indios? ¿Y que Thomas McNulty, Lige y John Cole se dedicaban a bailar con delicadeza en las llanuras?

—¿Ellos saben que te hicieron ese daño? —preguntó.

—No, no lo saben porque no se lo he contado. Como se lo cuente, Jas, te matarán. Te matarán hasta que estés muerto. ¿Sabes por qué? Porque me quieren como a una hija. Pero Rosalee lo sabe, porque ella tuvo que coger un paño y limpiar la sangre.

Jas Jonski se quedó callado; aguardaba allí con todas esas palabras entrándole en la cabeza y luego intentando ordenarlas en lugares donde pudiera reglamentarlas.

—¿Y tú crees que fui yo el que te hizo eso? —preguntó al final.

—¿Quién si no?

—¿Crees que tal vez te lo hice y después te pegué y te partí la cara?

—Puede.

—Podrías pensar que recordaría algo así —dijo con un hilo de voz trémula.

Es posible que yo pensara que él era un alma lo suficientemente honesta. Se lo veía tan afligido. Starling Carlton robaba niños indios para entregárselos después a la gente blanca para su uso y disfrute. Ya con seis años vi soldados, o eso creo: no suponía nada hacer daño a una mujer o a una niña india, ni a un niño indio tampoco. No significaba nada. Tan solo era algo que hacían los soldados. Ay, pero Jas Jonski no pensaba lo mismo. No. Solo por un instante mi corazón fue hacia él hasta que lo recuperé, tuve que hacerlo.

—Ahora lo entiendo —dijo—. Es que antes no comprendía nada. Ahora sí. ¿Puede ser algo bueno que yo no me acuerde? ¿Que tú no te acuerdes? Creo que no. Me parece que pude hacer algo siniestro y oscuro. Bajo los demonios que habitan en

el whisky. ¿Por qué tomaría yo ese whisky? Ni siquiera me gusta.

Después, se llevó la mano al sombrero mirando hacia las caras en el porche.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Lo siento de todo corazón, Winona, de veras. Sí, mucho. Cuéntales ahora a esos hombres lo que acabas de contarme y estaré esperando a que vengan a por mí. Yo haría lo mismo. Mi madre no entiende el mundo. El mundo no vale nada a menos que seas honrado en él. Lo siento, de verdad.

Después, se volvió a subir a su nervioso caballo y se alejó. Volví a la cabaña.

—¿Hemos oído campanas de boda? —preguntó Lige Magan.

—No —respondí.

—Tú ahora te callas —dijo John Cole a Lige.

—Solo me parecía que habían estado charlando muy a gusto —se justificó Lige, avergonzado por su necedad.

—Lige Magan, nunca te he levantado la voz, pero te daré un buen puñetazo como no te calles ya —masculló John Cole.

*

Me pasé toda la noche llorando, aferrada a Rosalee como al timón de un pequeño barco, pero sin saber por qué…; era incapaz de saberlo.

14

Una persona puede llorar toda la noche, dormir en las primeras horas del alba y sorprenderse al despertar más tarde con una tintura de descanso. Así me desperté yo. Quizá fuese también cierto que me sentía menos humillada, menos herida de lo que me había sentido, porque había algo en el discurso de Jas Jonski del día anterior que me había reconfortado, aunque no fuera más que el consuelo de un hombre malvado. Repasé una y otra vez lo que recordaba de las palabras de Jas Jonski y las sopesé de nuevo sin saber a qué atenerme en absoluto. Tal vez, como otra cosa más a la que aferrarme, recordé algo que había dicho, un comentario sombrío en sí mismo. Aseguró que Wynkle King, después de encontrarme en el camino principal, me había llevado hasta Jas estando yo en situación crítica. Si eso fue así, ¿era posible que Wynkle King no supiera dónde estaba el rifle Spencer?

Estaba decidida a averiguarlo.

Me enfundé en mis nuevos pantalones de verano y, por si las moscas, me puse una camisa de trabajo holgada que Rosalee también había cosido para mí. Había algo en la impoluta textura de la tela irlandesa y sus pulcras costuras que me hacía sentir más limpia. Me hacía sentir más ágil, y gracias a ello recuperé mi orgullo. Podía haber belleza en algo tan pobre: cincuenta centavos por seis metros y medio.

Encontré a Lige Magan en los patios enganchando la carreta con Tennyson.

—Buenos días —me saludó Lige—. Siento mucho haber hecho el ridículo ayer. Campanas de boda, habrase visto.

—¿Adónde te dispones a ir? —pregunté.

—A ayudar a nuestro buen amigo el abogado Briscoe, en su momento de necesidad.

—¿Me llevas contigo?

—Volverás negra —respondió, escrutando mi nueva

vestimenta.

—Eso me da lo mismo —repuse.

—Ve a buscar un sombrero, no quiero que delires con la solana.

Los sombreros colgaban de unos ganchos en una diminuta habitación del fondo y, al cruzar la profunda penumbra de la cabaña, tuve que pasar delante del estrecho cuarto de Tennyson. Sabía que estaba fuera, así que me asomé, como una ladrona. No había más que un camastro de hierro, una silla, una mesita y lo que Rosalee llamaba una «persona», que consistía en tres trozos de madera formando una pirámide para sujetar la ropa. De modo que parecía como si Tennyson, sin Tennyson, estuviera siempre en la habitación. Nunca le había preguntado de dónde había sacado los cincuenta dólares que debió de costarle el rifle, pero al observar sus posesiones, o más bien la falta de ellas, me quedé pensativa. Si era posible ser dueño de nada él lo era.

Pero cada centímetro de las paredes estaba cubierto con sus dibujos. Retratos nuestros, como los que se pueden ver en la oficina de un sheriff, pero sin el «SE BUSCA» ni la probable recompensa por atraparnos. Era extraño vernos a todos allí. Me hizo detenerme y mirar. Un dibujo señorial de Rosalee destacaba en un lugar de honor.

Todas sus obras más recientes eran de lo mismo: liebres. ¿A qué se debía eso?, me preguntaba. Había una veintena de dibujos de esas liebres. Aquello también era muy llamativo, porque una liebre no era más que un alma a la que disparar, dada la gran querencia que tenían a comerse las cosechas. La liebre es como un huérfano en cuanto nace. Se marcha y nunca mira atrás. No necesita una mamá. Eso dicen. Pero Tennyson debía de tener a ese animal en gran estima. Bueno, debió de salir al campo para dibujarlas, porque ahí había una liebre mirando en una dirección y luego había otra liebre corriendo como alma que lleva el diablo. Algunos de los dibujos estaban salpicados de manchitas rojas, que había conseguido utilizando bayas. No sabía si eso debía de representar una puesta de sol, o tal vez un asesinato. La verdad, Rosalee hacía un guiso de liebre de miedo.

Cocinaba el animal entero y, cuando levantabas la tapa, parecía una persona pequeñita en su ataúd.

Me quedé tan cautivada por los dibujos que volví a salir sin coger un sombrero y Lige me mandó volver a entrar para enmendar el error.

*

Mi corazón habría llorado por el abogado Briscoe, solo que el hombre tenía los ánimos tan por las nubes que una se quedaba maravillada.

—¿Por qué? —argumentó—. No voy a permitir que ningún sucio bandido me hunda.

Estaba sorprendido de que Zach Petrie hubiera enviado a sus hombres a quemarle la casa. Nunca se le había ocurrido a nadie una barbaridad semejante. Solo un necio ataca a la ley directamente y Zach Petrie no era ningún necio. El abogado Briscoe afirmó que lo que diferencia a un criminal de un hombre era una sola cosa: elegir entre lo correcto y lo incorrecto y optar por lo incorrecto. Ve qué es lo correcto, pero elige lo incorrecto. Las vigas todavía estaban con las brasas humeantes en su preciada casa, pero ya había llamado a los carpinteros y albañiles y, por Dios Todopoderoso, iba a levantar esa casa de nuevo, juró. Con carácter inmediato, como le gustaba decir, al momento, *cito*. Después, comenzó a citar al escritor romano Ovidio, y lo recuerdo porque lo tenía colgado en la pared detrás de su escritorio, hasta que el fuego acabara con ello, sin duda. *Video meliora proboque, deteriora sequor*. Cuando el abogado Briscoe hablaba en latín, sabías que no se andaba con tonterías.

Me preguntó si sería tan amable de actuar como jefa de obras del edificio. Tomar nota de todo lo que fuera a necesitarse y encargarme de que se consiguiera, así como mantener un registro de todos los gastos. Lige Magan parecía alegrarse, porque había estado preocupado desde el incendio por que yo me quedara sin salario, y lo que yo ganaba suponía una buena parte de todo el dinero que entraba en casa. El abogado Briscoe había trasladado al establo todos los enseres que había podido rescatar y encargó a Joe y Virg Sugrue que instalaran su magnífica cama allí, e incluso, mientras hablábamos, pude ver cómo Lana Jane blandía la escoba de

sauce entre los suaves tonos pardos de la penumbra del gran edificio. Un establo no es más que una caja gigantesca donde almacenar el polvo, pero ella se había puesto manos a la obra con determinación.

Enseguida me encontré hablando con los carpinteros y los albañiles, y me explicaron lo que iban a necesitar para poder comenzar. Los carpinteros dijeron que las grandes vigas de madera que hacían falta para los suelos y el tejado sería mejor traerlas del este de Tennessee, de las montañas donde la madera todavía era alta y abundante. Y habría que transportarla por los caminos y los ríos como fuera posible, porque no había tren en la tierra de Dios capaz de cargar madera de ese tamaño. Me sorprendió lo ansiosos que estaban por hablar conmigo e incluso la forma en que me trataban, de lo más educados y amables. Yo tenía un gran libro de contabilidad apoyado en el brazo izquierdo y anotaba en él gracias a un tintero que el señor Otter, el yesero, me sujetaba. Aunque mi herida estaba curada, todavía la protegía, como solía hacerse. El señor Otter había acudido por respeto a casa del abogado Briscoe, a pesar de que el enlucido no comenzaría en mucho tiempo, no antes del otoño, según creía, cuando las paredes ya estuvieran listas para ello. Más que una nutria, Otter[7] parecía una garza porque tenía ojos de mirada fija y nariz picuda.

Comenzaba a entusiasmarme con el trabajo, cuando recordé por qué le había pedido a Lige Magan que me llevara. El asunto era que estaba decidida a dar con el paradero de Wynkle King, con la esperanza de que estuviera en algún sitio cerca de Paris. El caso es que podía habérselo preguntado a Jas Jonski, pero quizá no estuviera tan contenta con él. No, supongo que por lo que el sheriff Flynn había contado sobre él, podría habérmelo encontrado en el *saloon* de Zollicoffer, pero no tenía muchas ganas de ir allí, sobre todo si estaba borracho. Sabía que era peligroso que estuviera compinchado con Zach Petrie, especialmente mientras observaba, allí parada, las ruinas humeantes de la casa del abogado Briscoe. Pero necesitaba averiguar dónde podría estar el fusil de Tennyson. Ese rifle era toda su fortuna y yo se lo había perdido como una tonta de remate. Si Wynkle King se alojaba en la casa de Zach Petrie, tendría que pensármelo dos veces. Pero tenía la idea en

mi cabeza de que vivía en Paris: no recorres todo el camino desde West Sandy Creek para venir a beber aquí y luego regresar borracho a caballo, con el riesgo de que te pueda comer un puma o un oso en el camino de vuelta.

Si creía que iba a ser un gran misterio estaba equivocada, porque cuando le pregunté al señor Otter, como si tal cosa, si sabía dónde vivía Wynkle King, me dijo que claro que sí, que tenía sus habitaciones en la calle Blythe encima de la tienda donde el señor Otter compraba las crines. El señor Otter explicó que hacía sus propios listones con madera de los bosques, pero que de ninguna manera iba a afeitar él un caballo. De modo que aquello fue toda una sorpresa. Este Wynkle King parecía ser una persona muy conocida para no ser más que un muchacho.

Cuando acabé mis quehaceres para el abogado Briscoe esa mañana, le dije a Lige Magan que volvería a última hora de la tarde porque iba a caminar hasta el pueblo. Lige Magan se dio la vuelta con una pala, ya que estaba retirando las cenizas y las ruinas quemadas junto a otros veinte hombres, mientras otros veinte más iban y venían con carretillas del lugar que habían elegido para tirar los escombros. Iban a limpiarlo todo y luego ver lo que se podía salvar y lo que no. Por ejemplo, el abogado Briscoe tenía muchas esperanzas depositadas en su escalera, que ahora estaba toda ennegrecida y tambaleante, aunque se mantenía más o menos en pie. Y tal vez las dos pilas de piedras de las chimeneas, y seguramente pensó también que el antiguo porche y la terraza se levantarían de nuevo como el ave fénix porque estaban hechos de hierro fundido en Filadelfia, algo que se podía ver escrito en varios puntos. Pero dejé a un lado todas esas consideraciones importantes y me encaminé hacia el pueblo. Hacía un día caluroso, aunque todavía lo bastante fresco en esa primera época del año, y una suave brisa rozó mi camisa como queriendo comprobar los puntos de costura de Rosalee. Podía sentir cómo los bosques se estremecían con los pájaros y todo ese amplio y secreto reino de los animales a los que no les gusta ser observados por el hombre en sus quehaceres cotidianos. Pensé en si mi osa estaría paseando por allí y si sería capaz de pensar en mí, y esperaba que tal vez me hubiera dado algo de sí misma a cambio de darme un susto de muerte. Después, me pregunté cuánto habría de lakota en mí

ahora y también me pregunté cómo mi pueblo estaría avanzando por las llanuras y si todavía recibía noticias de las guerras que continuaban, sabiendo en lo más profundo de mi corazón que los ojos blancos nunca les perdonarían por su desafío. Y si yo no lo pensaba, *El vigilante de Paris* lo pensaba por mí.

Y todo esto que yo debía afrontar, en el bosque de los ojos blancos, como quien dice, y no en mi propio bosque, Tennyson, Rosalee, Lige, incluso Thomas McNulty y John Cole, pensé que todo aquello era una historia que había sucedido porque la historia que me fue dada al principio nunca había de ser. Nunca debía llegar más allá de un cierto punto y solo estaba destinada a terminar tan cerca del principio que no cabía un alfiler en el resquicio.

Si hubieran dejado vivir a mi madre y a mi hermana y si nunca hubieran pisado nuestro territorio, ¿cómo sería todo ahora? Yo no sabría decir ni una sola palabra de inglés y creería que las personas más importantes del mundo éramos nosotros y que no existía nadie que nos igualase en bondad y grandeza. Y pensé que habría tenido que hacer todas las tareas del campamento, a menos que fuera como mi madre y se me permitiera ser una guerrera. Podría haber sido una guerrera para mi pueblo y haber obtenido gran fama entre ellos al igual que mi madre.

Entonces todo ese flujo de pensamientos me llevó hasta el rifle de Tennyson.

Tal vez Blythe Street fuera un buen lugar para comprar crines de caballo para un yesero, pero tenía el aspecto frío y desnudo de las casas de los pobres, y el camino estaba lleno de baches causados por las lluvias del invierno. Me había crecido un poco el pelo, así que remetí el que sobresalía debajo del sombrero. Después, lo solté de nuevo, porque caí en la cuenta de que Wynkle King me había encontrado como una chica con un vestido amarillo. Y ya no estuve tan segura de mi diligencia. Observé mi reflejo en el escaparate de una tienda vacía. Un alma bastante sombría y confusa, la verdad. Es curioso cómo un cuerpo puede tener todos esos pensamientos elevados desde el alba hasta el anochecer y, sin embargo, podía presentar el aspecto que yo tenía. Era imposible saber lo que yo era, salvo lakota. Una muchacha desamparada, como en

un cuento. Asentí con la cabeza a mi reflejo para ver si mejoraba algo. Me sorprendió de pronto que los carpinteros y los albañiles me hubieran dirigido la palabra siquiera. No parecía un jefe de obras, aunque no tenía la menor idea del aspecto que debería tener uno. Pensé que parecía una muchacha vestida con la camisa y los pantalones de un chico. ¿Por qué iba a ponérselos una muchacha? Y, sin embargo, había caminado por seis o siete calles para llegar hasta allí, cerca del corazón del pueblo, y no recordaba que nadie se fijara en mí. Ni siquiera que me mirase.

Pero había llegado hasta allí, así que subí las sucias escaleras hasta el piso que estaba encima de la tienda.

La puerta tenía una pequeña placa de bronce que decía W. King, por lo que no debía de equivocarme de sitio. Desde luego, sentía que yo era la persona equivocada en el lugar correcto. ¿Quizá Wynkle King había sido uno de los que habían prendido fuego a la casa del abogado Briscoe? ¿Cómo podíamos saberlo, ya que habían usado esos sacos de arpillera que tanto les gustaban, con agujeros recortados para los ojos? De cualquier manera, era un seguidor de Zach Petrie. Entonces pensé que quizá estuviera loca, quizá yo fuera mejor candidata para el asilo Old Blockley que Thomas McNulty. Tennyson era un hombre trastornado, ¿acaso sabría disparar su rifle ahora? ¿Por qué andaba yo persiguiéndolo? ¿Husmeando como un sabueso? ¿Cuál era el propósito de encontrar ese fusil? ¿Qué demonios creía que estaba haciendo? Me detuve delante de la sucia puerta de esa sucia propiedad y me quedé pensando. Tal vez había recibido un golpe en la cabeza, además de la herida en el cuerpo, y me había trastornado. ¿Como para que me echara a correr justamente por las calles aullando de verdad, como haría una auténtica lunática, y no para que mostrara mi locura yendo a hablar con rebeldes asesinos y amigos borrachos de Jas Jonski? W. King. Para que conste, como diría el abogado Briscoe, la placa indicaba «REV. W. KING». Supuse que «REV.» significaba ‘reverendo’. Pero Wynkle King era amigo de Jas Jonski, por lo que no me entraba en la cabeza que tuviera más de veinte años y no creía que los reverendos fueran tan jóvenes.

Llamé a la puerta.

Si puedes tener veinte años y, sin embargo, parecer muerto,

Wynkle King encajaba a la perfección. Nunca lo había visto de cerca, puede que incluso nunca lo hubiera visto en absoluto y solo lo conociera por las historias que me había contado Jas sobre él. Solo conocía el nombre, pero no al dueño de ese nombre. Fue un momento todavía más extraño porque él debió de haberme levantado del camino de carretas y ¿qué?, ¿dejarme encima de su caballo? No lo sabía. ¿Se había quedado el mulo cerca de mí cuando me desmayé? Sabía que era un mulo con buen corazón, así que esperaba que lo hubiera hecho.

—Estoy buscando a Wynkle King, quería preguntarle una cosa —dije.

—Yo soy Wynkle.

—Me gustaría aprovechar esta oportunidad, señor, para darle las gracias por salvarme la vida.

—Nunca te salvé la vida —respondió, con gesto de querer cerrar la puerta.

Me observó de los pies a la cabeza como si quisiera preguntarme: «¿Por qué vas vestida como un santo varón?».

—¿No me encontró usted en el camino y me llevó hasta la casa de Jas Jonski?

—No.

—Ese fui yo —resonó una voz desde el interior de la habitación.

—¿Fue usted? —repetí—. ¿Quién?

Me asomé. Había dos ventanas que ocupaban todo el frente de la vivienda, por las que entraba mucha luz.

—Supongo que fui yo —dijo un hombre dentro de la casa—. Llevabas un vestido amarillo aquel día.

—Así es —asentí—. Así que usted… ¿no es Wynkle King?

—Yo soy Wynkle —respondió.

---

[7] *Otter* significa ‘nutria’ en inglés. *(N. de la T.)*

15

—Es mi padre —dijo el joven Wynkle con su cara de moribundo.

—Ah —respondí, desconcertada.

Entonces, como si quisiera dar fe de la fama de su vejiga, salió de la habitación con apuro y oí el siseo de la orina en algún receptáculo oculto, mientras yo permanecía sumida en mi desconcierto.

Pero quizá Jas Jonski nunca dejara muy claro cuál de los dos Wynkle King me había traído de vuelta, y tal vez, ahora que lo pensaba, el coronel Purton nunca había mencionado cuál de los dos Wynkle King era un confederado y cómplice de Zach Petrie. Puedo atestiguar que ambos Wynkle King vivían en un mismo cuchitril de suciedad y abandono, porque la habitación carecía del toque de una mujer. Un oso podría haber vivido allí y tenerlo más limpio.

—¿Cómo sabía que debía llevarme con Jas Jonski? —pregunté, antes de pensármelo dos veces.

—Tú me lo dijiste, pobre ingenua —explicó el reverendo.

—¿Yo se lo dije? No me acuerdo.

—Lo dijiste: «Jas Jonski, Jas Jonski», repetías, así que me dije a mí mismo que el buen amigo de Wynkle trabajaba para el señor Hicks. Así fue. Te socorrí. Estabas en muy mal estado, jovencita.

El joven Wynkle regresó con vergüenza, tan sonrojado como una manzana caída.

—¿Estaba mi mulo cerca de mí en el camino? —pregunté.

—Lo estaba, sí.

—¿Había un rifle Spencer en una funda?

—Sí.

—¿Y le puedo preguntar dónde podría estar ahora?

—Me lo llevé como impuestos.

—¿Se quedó con el rifle de Tennyson? ¿No es usted un

reverendo?

—¿Te refieres a Tennyson Bouguereau, el que probablemente mató a Tach Petrie?

—Él no mató a Tach Petrie.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaba allí.

—¿Así que lo mataste tú tal vez? —Se rio ante mi silencio —. De haber sabido que estabas relacionada con eso, no te habría llevado hasta Jas Jonski, no, señor.

Ay, aquello no iba nada bien, ni por ningún derrotero que yo hubiera esperado. Primero, había dos Wynkle, lo cual ya era bastante perturbador. Pero, además, el reverendo había saltado ante el nombre de Tennyson. Y si Aurelius Littlefair había apaleado a Tennyson, lo cual había hecho según este mismo testimonio, o bien porque sabía de la vergüenza de Jas Jonski, o simplemente para saldar una vieja cuenta mientras lo tenía a mano, o solo porque era un hombre liberado, tenía aquí delante de mis narices a un amigo del alma de Aurelius Littlefair. Percibí el peligro que eso conllevaba intensamente. ¿De verdad esperaba poder acercarme a esta puerta y recibir el rifle tan solo con un gracias y adiós? Por lo visto, sí. Sobre todo cuando creía que solo estaba involucrado un muchacho larguirucho.

—Deme ese fusil —espeté.

Volvió a reírse.

—No está aquí, jovencita. Lo vendí. A Zach. Yo lo vendo todo.

Y señaló con un movimiento de la mano y de la cabeza el vacío de la habitación.

El joven Wynkle miró a su padre, luego a mí y de nuevo a su padre.

—¿Qué quieres que haga, papá?

—Atrápala, hijo —ordenó el reverendo.

Pero hay que ser muy rápido para atrapar a Winona Cole. Retrocedí de un salto y por poco me caigo por las escaleras. Si mis pies rozaron los peldaños ni me di cuenta. Salí corriendo a la calle y seguí corriendo. No sabía cuál de los dos Wynkle King era un esclavo de la cerveza, como había dicho el coronel, pero pensé que bien podrían ser ambos, porque ninguno de los dos vino galopando tras de mí. Pero corrí hasta quedarme sin

aliento, por si acaso.

*

El manual de Blackstone del abogado Briscoe decía que no era un delito recuperar algo que te habían robado, siempre y cuando no quebrantaras la ley para hacerlo. Con mucho gusto habría quebrantado una ley para recuperar el rifle de las garras de ese par de esmirriados Wynkle, con mucho gusto los habría matado y con mucho gusto los habría despellejado. Aunque tal vez el reverendo me había hecho un gran favor, en su estado de inocencia. Pero no parecía que estuviera dispuesto a hacerme otro favor muy pronto. La pregunta que me hacía, mientras volvía al lugar de la catástrofe del abogado Briscoe, era ¿dónde estaba el rifle? ¿Había estado yo cerca de él? ¿Iba a tener que colarme allí a hurtadillas alguna noche oscura, cuando, con un poco de suerte, padre e hijo estuvieran pimplando whisky en el *saloon* de Zollicoffer? Me estremecí pensando en lo peligroso que eso sería. Mi mente era muy capaz de mostrarme todo lo que podía salir mal. Casi podía sentir las manos sudorosas del reverendo agarrándome.

Claro que también había dicho que se lo había vendido a Zach Petrie.

Mientras volvía a casa en el carro con Lige Magan, pensé que haría bien en contarle lo de Wynkle King.

—Todo el mundo conoce al reverendo —dijo Lige—. Es un charlatán, rastrero, mentiroso y ladrón. Una cataplasma de hombre. Tienes suerte de que no te cocinara viva.

—¿Que no me cocinara? —repetí.

—Ese fue el motivo por el que le quitaron el alzacuello. Se cuenta que se cenaba a sus enemigos. Era capellán en las guerras indias. Ahora bien, puedes hacer muchas cosas en el ejército, que yo sepa, pero no puedes comerte a un indio.

—¿Lige?

—Sí, se llevó con él a una niña y se la zampó. La cocinó bien primero. Con unas ricas hierbas. Le cayeron diez años por eso.

—Lige Magan, ¿te estás burlando de la hija de tu propio amigo?

—Bueno, yo… Quizá solo un poco.

—¿Lige?

—¿Sí?

—El asunto es que he perdido el rifle de Tennyson y me gustaría tantísimo devolvérselo. Me imagino a mí misma acercándome a él con el fusil en los brazos y viendo cómo se le ilumina el rostro al descubrirlo.

—Winona, ese pobre hombre ya no tiene esa luz en él —dijo Lige, negando con la cabeza.

—¿No?

—No, ya no sabe distinguir un huevo de una castaña.

El brazo derecho se me tensó con voluntad propia y la mano se cerró en un vigoroso puño. Temí que se me fuera a abrir la herida en el hombro de lo fuerte que estaba apretando. Era un gesto que pedía vengarse de aquellos que tanto habían trastornado a Tennyson en su admirable vida.

—El coronel Purton aún no ha terminado, no, desde luego que no —continuó Lige Magan—. Hizo una valiente incursión contra esos hombres desesperados. Mientras estabas fuera, vino a hablar. Dice que perdió a tres de sus hombres, pero mató a siete de los suyos, aunque había una mujer entre ellos. De todos modos, me he dado cuenta de que las mujeres rebeldes pueden ser tan asesinas como los hombres. De eso me he dado cuenta. Bueno, comprendo tu preocupación por Tennyson, y la comparto. Siempre dije que, si se iba antes que yo, enterraría su rifle con él como un recuerdo para el próximo mundo.

Como si fuera a necesitarlo en el cielo para cazar, pero ¿qué se podía cazar en el cielo?

—Todavía sigue haciendo buenos dibujos, los he visto —dije, para calmarme un poco.

—Es posible, sí, pero no distingue un huevo de una castaña.

—Aun así me gustaría recuperar ese rifle. ¿No vale cincuenta dólares ese fusil?

—Supongo que sí. Pero él nunca pagó cincuenta dólares por él.

—¿Ah, no?

—No, mi padre, el difunto y llorado Luther Magan, se lo dio cuando terminó la guerra. Dijo que lo iba a necesitar. Supongo que tenía razón. Tenía razón sobre la mayoría de las cosas.

—¿Me imagino que era el bueno de tu padre? —dije,

descubriendo ese diminuto resquicio en Lige en un momento sentimental en que deseaba entrar allí por una razón que me resultaba misteriosa. Por lo demás, siempre se mostraba tan duro como el pedernal. Pero la verdad era que queríamos a Lige Magan. Y me gustaba verlo así de sentimental, aunque solo fuera por una sola vez en su vida.

—¿Mi padre? —preguntó, aunque me dio la impresión de que la pregunta no iba dirigida a mí, sino a sí mismo.

Esperé para escuchar su respuesta, pero no añadió nada más.

*

Era ya Lunes de Pentecostés y Lige Magan nos dio el día libre. No había ni un alma dispuesta a trabajar ese día. Lige dejó su aguardiente Rotary encima de la mesa para que cualquiera pudiera beber todo cuanto quisiera.

Thomas McNulty tenía la costumbre de matar un cochinillo en la víspera de Pentecostés, para luego colgarlo y dejar que se desangrara lentamente en un cubo. Después, el Lunes de Pentecostés, hacía su aparición la maga Rosalee y elaboraba su morcilla. Lige encendía la hoguera en el patio, atravesaba el cerdo con un largo espetón de hierro y luego permanecía allí como un centinela dando vueltas al cochinillo.

Como un guardia vigilando el asado de la carne.

Era un día alegre, incluso para aquellos que no tenían alegría en su interior. Una alegría hipotecada, que hasta la gente triste podía tomar prestada. Entonces disfrutabas de Lige Magan con su violín y del agradable y apacible final de esa jornada de verano. Y la madera recuperada de los bosques ardía, resplandeciente, proyectando las primeras sombras como niños brincando en el patio. Era el día indicado para comenzar todo de nuevo y, aunque eran los tiempos después de Leavenworth cuando rara vez lucía un vestido, cada Lunes de Pentecostés, Thomas McNulty se enfundaba en el vestido. Porque lo que Rosalee más deseaba ver era la vieja danza que solía bailar en Grand Rapids, cuando se ponía tan guapa y hermosa que hasta los rudos mineros le pedían su mano.

Lo cual fue algo que pude comprobar por mí misma.

Llamaban a la puerta de artistas en manada, buscando a la hermosa mujer que tanto los había engañado. Y Thomas salía y pasaba delante de ellos sin mirarlos siquiera, con el atuendo masculino que se ponía para volver a casa, con una sonrisa en los labios. Ahora, a su edad, ya no podía ser tan atractiva, pero allí, con sus amigos y el hombre que lo amaba tanto, nosotros lo venerábamos. Nos encandilaba su baile solitario. Sus pies todavía eran pequeños en sus zapatos de charol y las perlas metálicas en el vestido centelleaban aún levemente en su cara maquillada. John Cole se quedaba junto a la ventana mientras la noche iba cayendo a su alrededor. Los años se desvanecían y, tal vez para sí mismo, volvía a ser joven otra vez y Thomas también era joven y los dos estaban en su apogeo de esperanza y tesón.

Comimos el cochinillo con solemne alegría y Rosalee entonó una vieja canción en una jerga que ni siquiera ella conocía, pero que había aprendido fervientemente en el regazo de su abuela. Ay, la majestuosa Rosalee. Y si la participación de Tennyson ya no consistía en su legendario canto, todavía quedaba algo parecido a una canción en la forma en que observaba a su hermana. En cuanto Lige se hubo tomado unos vasos de su whisky favorito, se soltó con el violín. Yo me liberé de mis penas y enseñé lo que sabía del mundo en la forma de una salvaje danza lakota. Y ese Lunes de Pentecostés, todo era libertad, cuando el amor se hacía palpable entre nosotros. Y la manera en que John Cole acariciaba la espalda de Thomas mientras los dos se quedaban contemplando las largas sombras de mayo.

*

Si acaso, el abogado Briscoe parecía gozar de una nueva vida después de la catástrofe. Tal vez disfrutara con una marea contra la que luchar. En todo caso, dijo, esta locura reciente era probablemente el cuchillo que extirpara el furúnculo. Se refería al furúnculo demencial de los odios, que eran moneda corriente por aquel entonces en el condado de Henry. El hombre era un optimista empedernido y risueño, cuando otros se hundían con piedras, sin ninguna duda. Alegría para vencer

a la desesperación. Era una táctica de guerra y coraje, como no gritar cuando te tortura el enemigo. Entre los lakotas había una sociedad para los jóvenes, que los obligaba a expresarlo todo con el significado contrario. Si querían decir «te amo», decían «te odio». Incluso caminaban hacia atrás. Se ataban los penachos en los tobillos. Era una especie de hechicería, y el abogado Briscoe practicaba su propia versión de ella. Había salvado su cama, su Biblia y su libro de rosas y estaba listo para comenzar de nuevo. Eso parecía.

El hombre, abandonado por su magnífica esposa y sin tener señales de vida de sus hijos, había aprendido algo quizás acorralado por la desgracia.

Rubriqué las hojas, y las órdenes fueron enviadas en todas las direcciones. Una jefa de obras es un alma atormentada. Una casa era una enorme red de números y me maravillé ante el verdadero ejército que tuvo que organizarse para levantarla de nuevo hacia el cielo. Números para esto, números para lo otro.

Judah Mundy, el pequeño capataz, se peleaba con los obreros, que no estaban muy dispuestos a trabajar. Eso lo hacía hincharse de ira. Como una oveja muerta al sol a un lado del camino. Plantaba los pies delante de hombres que le doblaban en tamaño y les escupía veneno a la cara, o al menos en la dirección de sus caras. Se quedaban sin aliento ante su vehemencia.

—Si te pagan cincuenta centavos al día por un trabajo, será mejor que lo hagas —dijo—. Malditos y vagos hijos de pumas. —Y masculló de nuevo ante los temblorosos ojos blancos—: Malditos y vagos hijos de pumas.

No tenía que chistar a los hombres liberados, que estaban más que contentos con el trabajo.

«El capataz recuerda al hombre que trabaja hasta su límite, y esa es la fama y fortuna del trabajador. Nadie quiere al hombre que se esconde en la leñera para escaquearse de la faena, porque su holgazanería debe ser enmendada por otros.»

Así era su pequeña homilía.

En pocas semanas el solar quedó despejado de todo lo que recordara al infierno de Zach Petrie: las cenizas, la madera carbonizada, los miles de objetos retorcidos por el calor, las vigas tambaleantes, las paredes desvencijadas y los muebles tiznados.

El abogado Briscoe titubeaba de vez en cuando. Se quedó mirando la estructura destrozada de la gran alacena en la cocina.

—Cincuenta años de servicio —musitó, apesadumbrado.

Sus estanterías, que habían exhibido moldes de gelatinas, ollas como oscuros ladrones de luz y relucientes sartenes para grandes pescados y carnes, se asaban en sus mismas brasas y toda la madera había ardido hasta no ser más que una delgada galleta. Lana Jane Sugrue se encontraba a su lado de pie, llorando en silencio mientras retorcía sus diminutas manos, como si fuera un testigo de cargo.

Sopesó la fuerza de su historia en su corazón y la calamidad ennegrecida en que se había convertido en ese momento y ordenó que se sacara al césped. La alacena osciló en un estado de conmoción ante su brusca exposición y fue ejecutada a hachazos y quemada en la hoguera.

La edificación de esa casa no era más que números. Números como pequeñas canciones, como pajaritos. Un pequeño paraíso de números. El abogado Briscoe me hizo sentir, en cierto modo, que las cosas mejorarían y que mi corazón sanaría y que podríamos mirar hacia atrás con fortaleza a todo lo que nos había pasado, y hacia delante y al futuro con la proverbial medida de la esperanza. Pero, claro, no existía el pasado, el presente y el futuro, como bien sabía mi madre. Solo había un aro girando firmemente sobre sí mismo, una y otra vez. La verdad residía en un agujero tan profundo que ningún niño podía cavar un pozo para alcanzarla. Tan profundo que ninguna mula podía entrar en sus cavernas con un fanal encendido en la cabeza.

16

Durante este tiempo, Tennyson Bouguereau decidió retirar todos los dibujos de su habitación y encendió una pequeña hoguera con ellos detrás de la cabaña. Su hermana estaba desconsolada.

—Ve y habla tú con ese necio —me pidió—, ya que eres la única alma viva a la que hace caso.

—Te hace caso a ti más que a nadie, Rosalee —respondí.

—Quizá hace mucho tiempo, quizá hace mucho tiempo, pero ahora que es un idiota, se fija en ti.

Yo no pensaba que fuera un idiota, pero no dije nada a eso. Era cierto que me gustaba sentarme con él a charlar y estaba segura de que había entendido que la incursión contra Zach Petrie había sido por él. Aunque tampoco tenía eso tan claro.

A lo largo de los siguientes días comenzó a hacer otros dibujos. Representaba ahora a la enorme liebre atacando a lo que parecía un hombre. Rosalee me llevó para que los viera, todos colgados en las paredes del cuarto como antes. Ella negó con la cabeza, al borde de las lágrimas.

—Creo que le va a explotar la cabeza y que después tendré que recoger sus sesos —dijo.

Esa noche, estábamos descansando en el porche y Thomas McNulty le contaba a Lige Magan historias que Lige ya conocía y disfrutaba tanto más por esa misma razón: eran historias de los tiempos de la guerra. Fui a ver a Tennyson, allí donde se sentaba solo y apartado entre las sombras lejanas. Le conté que, cuando era pequeña, en Wyoming siempre había un hombre que dibujaba lo que llamaban un recuento de invierno, que era una especie de relato con dibujos de lo que le había pasado a la tribu ese año. Le expliqué que los lakotas no tenían escritura, así que la habilidad para hacer esos dibujos era muy importante. Le pregunté si había una historia en sus dibujos de liebres y hombres. Detrás de mis palabras estaba la certeza de

que ese hombre herido no estaba loco. Lo único que pretendía era demostrarlo por Rosalee y que dejara de atormentarse.

Tennyson se levantó y me hizo señas para que lo siguiera. Cogió un farol de un viejo gancho en que estaba colgado y lo acompañé hasta su habitación. Allí alumbró sus dibujos uno por uno y luego me miró como si pensara que cualquier lerdo podría interpretar lo que decían.

—¿Por qué la liebre ataca al hombre? —pregunté.

Por toda respuesta, estiró dos dedos y se los llevó a su labio superior. No me quedó más claro. Después, como con las prisas de un niño enfadado, se acercó a su mesa y puso la otra mano en su depósito de color rojo, y se untó un lado de la cara. Acto seguido, levantó los dedos de nuevo e hizo un gesto simulando golpes violentos. Como seguía sin comprender, permaneció allí como un perro de caza al que hubiera obligado a correr hasta no poder con su alma. De pronto pareció tan agotado que las piernas apenas podían sostenerlo.

Esa noche me acosté en la cama con Rosalee profundamente dormida, acurrucada contra mi columna vertebral. No podía conciliar el sueño. No dejaba de pensar en Tennyson. Hasta que poco a poco me fui adormilando, y debí de encontrarme en esa difusa puerta entre el sueño y la vigilia. De repente pensé que lo entendía. Liebre = leporino. Liebre + los dos dedos levantados = labio leporino. Pintura roja en la cara de Tennyson = mancha de vino de Oporto. Labio leporino + mancha de vino de Oporto = coronel Purton. Si se refería a que el coronel Purton era la liebre, ¿quién era el otro hombre?

Eran altas horas de la madrugada, rebosantes de búhos, pero estaba tan alterada por estas revelaciones y conjeturas que me alejé de Rosalee y me deslicé por la cabaña silenciosa hasta la habitación de Tennyson. No tenía el menor reparo en entrar y despertarlo, de lo agitada y sobresaltada que estaba. Le zarandeé el hombro y se despertó con una expresión serena en el rostro. La luna vino en mi ayuda con su luz que se filtraba por la pequeña ventana. Él supo que no era ni un ladrón ni un asesino.

—¿La liebre del dibujo es un hombre con un labio leporino y una mancha roja en la cara?

Bueno, no respondió en un primer momento. Tal vez tenía que barrer los restos del sueño de sus pensamientos. Después,

entrecerró los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Y quién es el otro hombre, Tennyson, quién es?

Tennyson sacó una mano lentamente de debajo de las sábanas y las arpilleras y la levantó muy despacio hasta señalarse a sí mismo.

—¿Tú? —exclamé—. ¿La liebre te atacó? ¿La liebre te hizo daño?

Y asintió de nuevo. Después se dio la vuelta y volvió a sus ronquidos.

Regresé a mi propia cama, reflexionando y con muchas dudas.

Si el coronel Purton había atacado a Tennyson Bouguereau, pues, ¿por qué había hecho algo así? Si no fue Aurelius Littlefair, que ahora vivía en mis pensamientos como un demonio feroz, entonces ¿por qué dijo el sheriff Flynn que había sido él?, ¿o por qué lo dijo Wynkle King?

Los búhos en el bosque detrás de la cabaña continuaron con su ulular. Cuando ulula, el búho hincha las plumas de la barba como un hombrecillo. De vez en cuando una lechuza chillaba como una muchacha cautiva, una y otra vez.

*

Cuando llegó el domingo y el mundo cristiano adormilado descansaba, doblé el vestido amarillo, lo envolví en un viejo trozo de papel que Rosalee había guardado y lo até con una cuerda de tabaco. No quería cortar un trozo nuevo, así que usé uno viejo ennegrecido por el tabaco. Pero era el vestido de Peg, me dije a mí misma, y no me servía para nada. Y si pudiera llegar hasta el campamento de Petrie, pensé, entonces podría estar el Spencer de Tennyson en alguna parte también.

Esas eran las razones en que me escudaba para regresar allí. Los verdaderos motivos permanecían ocultos, no me cabe la menor duda.

Supongo que mi mulo favorito me había perdonado por haberlo abandonado, porque aceptó la silla de montar y la brida sin rechistar. Como el mundo es su propio amo, el día no prestaba atención a nada más que a su propio esfuerzo por iluminar el cielo. Rayo de luz a rayo de luz, el viejo cielo de

Tennessee se fue tornando de un suave tono azulado. Ni una nube se atrevía a ensuciarlo. Podía sentir cómo el sol comenzaba a erizarme el vello de los brazos. La maleza y los pequeños robles parecían crujir con llamas invisibles. Había algo en el trayecto que me colmaba de felicidad. Pero no tenía palabras para decir qué era. Porque la verdad era que se trataba de un viaje peligroso y estúpido. Mi mente no me permitía pensar en ello. Tenía el fardo atado a la perilla. Rebotaba levemente como un pan ácimo. Ahí estaba mi coraje en cierto modo. Pensaba en el vestido amarillo envuelto en el paquete, doblado, limpio y perfecto.

Enseguida pasé delante de la casa del abogado Briscoe y observé las obras que habían comenzado para la nueva vivienda; reinaba una extraña quietud. Las pilas de madera se amontonaban bajo sacos con números que yo conocía. Montones de cal y carretillas de tejas. Me figuré que el abogado Briscoe estaría durmiendo en su elegante cama en el establo, mientras su abultada barriga estaría subiendo y bajando. Y, anidados en nuevos nichos en alguna parte, estarían Lana Jane, Virg y Joe. Oí las campanas de la capilla compitiendo en el aire caliente en Paris para apresurar a los parroquianos a lucir sus ropas de domingo.

Bordeé la ciudad y enfilé el camino del este, buscando el lugar entre los árboles donde había visto a Peg por última vez.

Avancé con sigilo, sin molestar a nada ni a nadie en el bosque, con la esperanza de que el mulo siguiera los pasos de mi silencio. Podría haber rodeado a un oso dormido sin perturbar su sueño. Mientras proseguía, parecía como si se desvanecieran todas las idas y venidas de los hombres blancos. ¿No me vería obligada a parlamentar con los chickasaws del bosque? Podrían matarme con la misma facilidad que un hombre blanco. O, si fuera inteligente como mi madre y pudiera entrar por las estrechas puertas de su amistad, todo estaría bien. La verja se hallaba en línea recta, pero una vez dentro encontraría generosidad.

Pero los chickasaws ya no eran ahora más que motas en la esquina de un ojo.

Por fin encontré el lugar donde mi mulo había pisado con fuerza semanas atrás, revolviendo un poco la tierra, mientras yo, herida, me balanceaba en la silla. Esta era la brecha al

pasadizo secreto de Peg y tenía la intención de tirar del hilo para remontarlo y llegar hasta ella. El pequeño paquete con el vestido amarillo me hablaba sin decir una sola una palabra. El ligero tintineo del metal en la brida, el crujido suave de la silla de montar bajo mi cuerpo. Un mulo es un gran rey animal. Un emperador y un amigo. Este enloquecía por un dedal de melaza o una manzana dulce. El descuidado huerto de Lige Magan producía cien manzanas rojas dulces que acumulaba en el cuarto de las manzanas. Una manzana es un alma con una larga vida. Estaba pensando estas cosas a la vez y, cada pocos pasos, me surgía el pensamiento de Peg, como si el nombre y el pensamiento de Peg fueran una nota repetida en una vieja canción. Todos los pájaros del bosque estaban alborotados por el verano; conforme la mañana florecía y abría las manos, revoloteaban veloces entre las nuevas hojas como la más suave de las balas. Verdes contra verdes, fogonazos de plumas, un ajetreo y un fulgor, lo que me deleitó mientras avanzaba a lomos del mulo. Mientras, el cielo del mismo color azul de los pájaros, me alcanzaba a través de las ramas y la suave luz del sol bañaba las piezas metálicas y el cuero pulido. Las grandes orejas del mulo parecían la estrafalaria mira de un fusil.

*

A cada paso del camino rastreaba el suelo en busca del Spencer de Tennyson, aunque sabía que lo más probable era que no estuviera allí. Pero recordaba las palabras de Lige Magan de que Wynkle King era un funesto mentiroso. Por lo tanto, tenía especial interés en llegar al lugar donde la osa había demostrado su superioridad sobre nosotras. Creí ver huellas de sus acciones y de nuevo sentí la repentina extrañeza de su cercanía. No había ni rastro del rifle.

El campamento de Zach Petrie no debía de hallarse a más de un kilómetro o dos de donde yo estaba. ¿Tendría centinelas vigilando esta vez? Tal vez estarían en alerta máxima. Alguien podría dispararme antes de soltar siquiera un grito de advertencia. Reuní el coraje suficiente e intenté que el mulo también se recompusiese en un animal tenso y al acecho. Saqué la pistola de mujer del pantalón y la sujeté, lista para

disparar, aunque un arma tan pequeña parecía algo un tanto ridículo. ¿Me consideraba Peg amiga o enemiga? Ella me había llevado hasta el camino principal, pero ¿por qué? ¿Porque la había salvado de ahogarse? ¿O por alguna otra razón? ¿Porque las dos éramos indias? ¿Por qué? No lo sabía. Ella no había hecho el menor esfuerzo para verme o enviarme recado, aunque me preguntaba si cualquiera de las dos cosas habría sido posible. Iba a verla y devolverle el vestido. Pensé de nuevo en ella, caminando con el trasero al aire en los pantalones hechos jirones de Thomas McNulty. Estaba a punto de dejar escapar una carcajada al recordarlo, cuando de repente el mulo se refrenó. Algo se removió entre las hojas, y no era un pájaro de color amarillo chillón. Allí había algo, y enseguida, en un visto y no visto, apareció Peg en la senda. Llevaba un vestido marrón y áspero e iba descalza.

—¿Qué haces aquí en territorio fuera de la ley? —preguntó —. Con esa pistolita ridícula.

—Yo… —balbuceé.

—Tienes suerte de que no sea uno de los centinelas, chica, o ya serías una india muerta.

—¿Por qué iban a dispararle a un muchacho en un mulo antes de ni siquiera saber a qué ha venido?

—Te dispararán —insistió.

—Bueno, ya me imagino —respondí—. Es así. Pero aquí estás tú en su lugar, tal vez.

—Sí, estoy aquí, soy yo. La muchacha a la que salvaste. La muchacha que te disparó. ¿Qué tal ese hombro?

—Se curó rápido y bien.

—¿Oí decir que un necio te llevó hasta el chico que te hizo daño?

—Creo que me hizo daño. No me acuerdo.

—Creo que sí.

—Me traen por aquí dos asuntos —dije—. Tengo tu vestido amarillo, limpio de toda sangre, y lo que más deseo es recuperar ese rifle con el que me viste, que no es mío, sino que pertenece a Tennyson Bouguereau.

—¿Has venido hasta aquí con ese vestido viejo y andrajoso?

—También he venido a verte, y para darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por llevarme hasta el camino de carretas.

—Tú me diste la mano en ese matorral cuando estaba a punto de ahogarme, estamos en paz. Mi vida, tu vida. No tenías necesidad de venir hasta aquí para verme.

—He venido a verte porque… porque necesitaba verte, eso es todo.

—Nunca nadie ha tenido necesidad de verme. Maldita sea, yo nunca la tuve. Tal vez intentas matarme, tal vez hay algo en ti que quiere terminar el trabajo que habías comenzado cuando te detuve.

—No, eso no es cierto. La verdad es que no sé por qué he venido. ¿Nunca te pasa que haces algo y no sabes por qué lo has hecho?

—Bueno, ¿cuál es el misterio de la vida? Ir y venir de aquí para allá, sin saber por qué diablos hacemos lo que hacemos.

Me reí, bajo la fina tela del cielo y los árboles. De pronto, me pregunté: ¿cuánta gente había en América? Miles y miles. Y aquí estábamos, tan solo dos de todas esas personas, y una sin saber por qué había cabalgado hasta allí y la otra sin saber ni siquiera por qué iba y venía. Pero algo en ese enigma quería salir a la luz.

Me quedé mirándola. ¿Qué estaba pensando y sintiendo? ¿No sentía y pensaba que ella era una especie de medicina? Eran unos pensamientos absurdos, ¿pero era tan solo por su aspecto? Sin duda el doctor Memucan Tharpe tenía píldoras y viales para enfermedades y más enfermedades, así que ¿de qué tintura estaba hecha Peg?, ¿qué mal curaba? Tengo que ser sincera. Ella era para mí una especie de aparición, como la revelación de algo. Percibía el calor de su piel bajo la áspera tela. Solo tenía que alargar la mano mentalmente para sentirlo. Su cuerpo alargado, las piernas oscuras, los brazos delgados, la cara que quería hablarte de la gran razón que movía a toda esta humanidad violenta que había en el mundo. Los colores de las cosas no son realmente solo azules, verdes y rojos; hay matices y sombras de colores que escapan a cualquier palabra que los defina. Así era su color. Sus ojos verdes, las pequeñas laderas de sus mejillas tostadas, la espesa melena negra, recogida detrás de las orejas, la hermosa boca, pintada como por algún delicado dios… ¿Acaso no estaba hablando en mi mente secreta y sintiendo en mis pensamientos secretos como un hombre? Pues menos mal que iba vestida con mi ropa de

hombre.

Como si estuviera al tanto de estos pensamientos, dijo:

—Ya veo que te has hecho con otro pantalón. No puedo decir que me encantara el último modelo. Tendrías que haberme visto llegar al campamento. Como una niña con el culo al aire. La gente lloraba de la risa.

Entonces volví a reírme.

—En fin, según me han dicho, el arma está en tu campamento.

—Bueno —respondió—, ven y veamos qué hay de todo ello.

—¿Cómo dices? —exclamé—. Es posible que el viejo Wynkle King se lo vendiera a tu jefe, el señor Petrie. Y no sé si querrá entregármelo así sin más.

—¿Qué planeabas hacer para conseguirlo, entonces?

—Tenía pensado robarlo.

—Bueno, ese siempre es un buen plan —repuso, y estalló en una carcajada.

17

Conforme se llegaba al campamento había un centinela cada cien metros. La incursión del coronel Purton los había puesto en pie de guerra.

—Whisky —gritaba Peg cada vez que nos acercábamos a uno y, por supuesto, esa era la contraseña para poder pasar.

Yo había desmontado de todos modos y guiaba el mulo, que ya estaba cansado. Bebió un buen trago de agua cuando llegó al arroyo. No había forma de moverlo de allí hasta que se saciara. Peg lo estaba mirando.

—Vaya bicho más sediento —dijo, con tono relajado, mientras le acariciaba el cuello marrón oscuro, un gesto que agradaba al mulo, a juzgar por la forma en que sus músculos se estremecían.

—El mejor mulo que hayamos tenido nunca —dije.

—Lo montabas la última vez cuando te disparé, ¿verdad? Si hubiera sabido que eras tú, no te habría disparado, Winona Cole.

—¿Ah? Bueno, yo te habría disparado de haber podido, así que supongo que estamos en paz.

Nos quedamos mirando la una a la otra. Sin más. Vislumbraba el campamento y sus cinco o seis toscas cabañas. Un montón de caballos atados bajo los árboles. Ya están aquí las moscas del verano, debían de estar pensando quizá. Agitarían sus delgadas cabezas y sacudirían sus colas como si fueran los extraños mecanismos de grandes relojes de carne. Hay algo en un caballo o una mula que llega al corazón humano. Unos animales divinos. Esta vez no había mujeres lavando ropa, pero el ajetreo en el campamento era incesante. Hasta los rebeldes tenían que guisar un estofado. Miré hacia un lado y reinaba una atmósfera de paraíso sobre todas las cosas. Los pájaros no tienen lealtad ni a la Unión ni a nada, por lo que se mostraban generosos con sus trinos y chillidos. La

música de los pájaros. Supongo que todo procede de ahí: los bailes de la gente sencilla del campo, las viejas canciones que curan y perturban los corazones de quienes las escuchan. Me gustaría expresar cómo me sentí en ese momento, porque no creía haberme sentido así nunca antes. Sabía que, cuando miraba a Thomas y John Cole, tenía una fuerte sensación de seguridad y cariño. Habría declarado a su favor en cualquier tribunal ante Dios o ante los hombres. Ante el mismísimo Gran Espíritu. Habría contado punto por punto todo lo que habían intentado alcanzar por mí, como si yo fuera hija de su propia sangre. Yo era un fragmento, una hoja rota, arrancada de las llanuras. Todo lo que teníamos había sido borrado de la tierra. Sin Thomas y John, tal vez solo habría quedado lo que el abogado Briscoe llamaba perdición: el brusco abandono que seguía a una sentencia de muerte. Podría haber muerto de hambre, como uno de esos perros enjutos de la pradera que se encuentran entre los altramuces y los hierbajos. Aquello debía de ser un tipo de amor. Nunca miré a Jas Jonski con mucho cariño, salvo por la curiosidad que sentía por averiguar cómo sabrían sus besos en mi boca, algo que nunca descubrí, hasta donde yo sabía. Pero mirar a Peg hacía que las piernas me flaquearan con fuego. El vientre se encendía y me invadía una gratitud infinita hacia el Gran Espíritu por haber creado a Peg y haberla puesto sobre el suelo para vivir. Estar cerca de ella era como detenerme en medio de la corriente de un río que fluía.

Até mi mulo bajo los árboles junto al arroyo, porque no podía caminar con él hasta los caballos desconocidos, ya que tal vez habría yeguas o sementales que lo pondrían nervioso. Un mulo o una mula nunca serán padre o madre; en el caso de mi mulo, padre. Lige Magan solía contar una historia sobre una quimera nacida de una de las mulas de su abuelo, pero eso sucedía una vez cada cien años, dijo. Ese animal era considerado como el presagio de fabulosas cosechas, «aunque no pasará con el nuestro», había dicho Lige con filosofía.

En todo caso, avancé por el agreste margen del río hasta las chozas, codo con codo con Peg.

*

No creía que aquello fuera a acabar bien, pero, aunque seguía siendo un misterio, casi podía vislumbrar y rozar con los dedos lo que me había traído hasta allí. Era la misma sensación que podrías tener al percibir un león detrás de una roca. Se cernía justo más allá del alcance de mi pensamiento. El rifle, sin duda, pero también otras cosas más fantasmales. Era una imprudencia, una absoluta imprudencia estar allí en primer lugar. Pero estar con Peg no me inquietaba. Nunca me sentí menos intranquila desde que los brazos de mi madre me acariciaban la espalda y ella me desgranaba sus historias.

—Voy a preguntarle a Aurelius qué podemos hacer acerca del fusil. Sé que era tuyo porque lo vi en ese mulo. Más aun, intentaste matarme con él.

—¿Aurelius Littlefair no es…? —comencé, sin saber muy bien cómo plantear la pregunta.

—¿Qué? —dijo.

—¿No es un desalmado?

—¿Aurelius? Es lo que es. Zach Petrie se marchó esta mañana temprano con sus hombres, así que no puedo preguntarle, a menos que sepas cómo hablar con los espíritus.

—Pues no.

—Mira, la armería está allí, más allá del último cobertizo. Si tenemos tu fusil, estará ahí en un estante.

—Como te dije, Peg, el dinero ha cambiado de manos y no sé yo…

—¿Quieres intentarlo o no? A mí me da igual.

—Me da miedo hablar con él, he oído… Peg, he oído decir que ha estado ahorcando a hombres liberados en los caminos y eso lo he visto con mis propios ojos, así que no lo sé… Es posible que me cuelgue a mí también.

—Niña, no es un demonio. Te lo digo yo. Siempre se ha portado bien conmigo. Mi padre fue su mejor explorador durante la guerra. Estaban muy unidos, como buenos amigos. Es preguntar, nada más. No hace daño a nadie. No me imaginaba yo que Winona Cole le tuviese miedo a nada o a nadie.

—No les tengo miedo a los seres vivos.

—Bueno, él no está muerto, eso te lo puedo asegurar, él no está muerto.

Enseguida nos encontramos en las primeras cabañas de la

zona donde se alojaban. Había pantalones, camisas de algodón con botones delanteros, ropa interior de mujeres y cosas así colgadas en guirnaldas detrás de las chozas. Me figuré que esas mujeres, que habían estado lavando en el arroyo, habían seguido sin importarles las redadas o algunos asuntos menos importantes como ese. Alguien estaba cocinando unas gachas de avena en una enorme olla negra, pero no había nadie vigilándolas en ese momento. Para los caballos, pensé. A menos que también les guste la avena a los renegados.

—Tú espérame aquí, Winona, amiga mía. Voy a entrar a desafiar al demonio.

Cruzó el porche con los pies descalzos y desapareció en la oscuridad de la cabaña. Las ventanas eran pequeñas, para defenderse mejor. Tenían el tamaño justo como para poder sacar un rifle por los huecos. A pesar de que era principios de verano, el día había tomado un giro para competir por el calor con el fuego bajo la gran olla. Sentía su fuerza atizándome la cabeza y deseaba haber pensado en ponerme un sombrero. Me vino a la cabeza la cara amonestadora de Lige Magan. «Vamos a ver, Winona, ¿qué te dije?, ¿qué te dije?» Tenía razón con los sombreros. Un enorme pantano de luz amarilla anegó el campamento. El ancho río parecía crecer con la temperatura. Fluía, resplandeciente, cantando ese murmullo de guijarros de los ríos. Mi euforia había persistido, pero entonces, sin Peg, comencé a ponerme un poco nerviosa y me pregunté si debía abrirme paso yo sola hasta la armería y coger ese fusil sagrado sin más. Sopesaba si hacerlo. ¿Por qué Aurelius Littlefair, el corazón más malvado y corrompido de todo Tennessee, iba a querer devolverle un fusil a Winona Cole? ¿Le había dicho a Peg que era de Tennyson Bouguereau, un hombre que Aurelius Littlefair había considerado merecedor de su esfuerzo para destruirlo? ¿O bien sabía yo en ese momento que no había sido él en absoluto el culpable, sino el coronel Purton? Y me preguntaba si había hecho eso el coronel Purton tan solo para agitar el avispero y para conseguir un documento oficial con el abogado Briscoe que justificara un ataque. Concluí que podría ser ese el caso. Me estaba felicitando por semejante ocurrencia justo cuando Peg asomó la cabeza por la puerta y me dijo que pasara.

—Anímate y pasa, soldado —dijo.

Así que entré en la mismísima sala del mal. Eso fue lo que me pareció. Había muchos demonios y criaturas de índole oscura en las historias que me contaba mi madre: a menudo eran los personajes que más nos gustaban a nosotros, los niños. Nos gustaban porque nos sobrecogían y hacían estremecernos de miedo. La habitación estaba desnuda y limpia, y me recordaba extrañamente a uno de los cuartos bien cuidados del abogado Briscoe, antes de que la banda de Petrie les prendiera fuego. Flotaba un aire de clemencia y orden. Una hilera de libros perfectamente alineados destacaba en un estante. La mesa estaba atestada de pilas de papeles perfectamente ordenadas y colocadas. Había mapas y dibujos; de hecho, este Aurelius Littlefair, nombrado así por un emperador filósofo, estaba trabajando en uno de los mapas con un lápiz de plomo rojo. Parecía como si estuviera trazando una línea con algún fin, no sabría decirlo. Como esos hombres que llevaban el ferrocarril a través de la Isla Tortuga a golpe de lápiz. No me miró inmediatamente. En lugar de una criatura feroz con cuernos, era una especie de general en miniatura. Llevaba una chaqueta gris claro y tenía la barba cuidada y el bigote recortado con esmero; en cierto modo, podía imaginármelo haciendo eso: mirándose en un pequeño espejo y cortándose los pelos. Quizá mientras canturreaba. Parecía tan atildado como un barco. Tenía el pelo cano peinado hacia atrás en su rostro oscurecido por el sol, y sus ojos eran grises. Cuando al fin levantó la vista y sonrió, la única mancha era una boca desdentada. Después, bajó los ojos de nuevo a su trabajo y siguió trazando el mapa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Apenas podía pensar con rapidez y estuve a punto de contestar «Winona».

—Bill, señor.

—¿Eres un buen amigo de mi Peg?

—Sí, señor.

—¿Cómo demonios os conocisteis? Puede que ese sea uno de los misterios del mundo. Cómo se conoce la gente. No hay ningún lugar donde encontrarse en toda la cristiandad, pero vosotros decís que os conocisteis.

Dibujó un poco más, mojando el plomo rojo con su boca blanqueada, marcando y rodeando puntos. Después, cuando

parecía haber terminado con esa tarea, se echó hacia atrás en la silla para apartarse de la mesa, reclinó la silla sobre las dos patas traseras y se balanceó. Podía ver que llevaba botas altas y negras, tan pulidas que la habitación querría anidar en ellas, con sus luces y sombras.

—Mi Peg dice que tenemos un rifle que te pertenece. Me parece extraño, pero, si es así, te lo devolveré con mucho gusto. No me gusta nada pensar que mis hombres van por ahí recogiendo cosas que no les pertenecen, a menos que sea en virtud del derecho de guerra. El botín de guerra es una larga tradición para el soldado y el centurión, señor Bill. Diez mil años de vaivenes humanos no pueden negar eso. Te estaría muy agradecido si me pudieras explicar cómo crees que hemos llegado a estar, inadvertidamente, en posesión de ese fusil.

—No estoy muy seguro de cómo sucedió, señor —respondí —. Le oí decir a un hombre llamado reverendo Wynkle King que había encontrado mi rifle y que se lo había vendido al señor Petrie.

—Se lo vendió al señor Petrie. ¡Mira qué bien! Conozco a ese reverendo, aunque no creo que haya un solo obispo vivo en todo Estados Unidos que le permita a ese hombre usar ese título en estos tiempos. Vamos a la armería a echar un vistazo a ver si está ese fusil.

Peg irradiaba felicidad y parecía dispuesta a pensar que todo iba de maravilla. Yo todavía me esperaba que, en cualquier momento, la conversación se torciera. Que acabara en alboroto y puñetazos. Pero no hubo nada de eso, y ese elegante hombrecito, que incluso Lana Jane Sugrue podría haber elogiado por su impoluta vestimenta, se levantó de su silla. Sus espuelas tintinearon con una melodía apagada en el suelo de tierra, pisoteado y cubierto de serrín, y tal vez de escupitajos.

La armería no estaba cerrada ni protegida por un centinela, y era un pequeño edificio igual que las chozas que había para dormir, salvo que, de alguna manera desconocida, habían traído armeros muy viejos, relucientes con sus puertas acristaladas y su madera. Tenía la sensación de que los habían encontrado en alguna parte o los habían legitimado como un justo botín de guerra. De todos modos, las baldas estaban repletas de mosquetes del ejército, rifles de repetición como el

Spencer, y otras armas más antiguas. Había tarros con aceite para fusiles y trapos bien ordenados.

El pequeño general examinó las hileras de armas.

—Creo que conozco todas nuestras armas. Verás, señor Bill, muchas de estas armas tienen su historia, algunas incluso guardan una leyenda. ¿Ves este de aquí? —preguntó, señalando un fusil de cañón largo de algún tipo, con hermosos dragones grabados en la recámara—. Este luchó en Antietam bajo las órdenes de Lee, cuando Lee venció a McClellan, a pesar de que ese necio nos superaba en número. El problema de McClellan era, señor Bill, que no sabía contar. Espero que tú sí sepas contar.

—Sí —respondí. Estuve a punto de añadir que trabajaba para el abogado Briscoe, pero por suerte me contuve.

—Lamento que Peg sea hija de la naturaleza salvaje. No fue por elección mía, sino que ha sido cosa del destino. Tan pronto como podamos llevar nuestra causa hasta la victoria, mandaré a todos los niños a la escuela. Porque la educación es lo mismo que la salvación. Sin educación no tendremos ni ciudadanos ni país. ¿Ves tu fusil por aquí?

Iba recorriendo los armeros. Había docenas y docenas de ellos. Pero un rifle Spencer es un objeto de especial belleza. De pronto lo vi y el corazón me dio un vuelco de alegría, como si hubiera encontrado un ser vivo del que había estado separada durante mucho tiempo. Buscar y buscar algo y luego encontrarlo…; me parecía que la experiencia de la vida rara vez ofrecía ese desenlace. Pero ahí estaba. Su vieja y elegante presencia. Abrí la puerta del armero, que chirrió para protestar por la intrusión, bajé el rifle y giré el bloque de cierre para comprobar el nombre. Ahí estaba, «LUTHER», grabado por un verdadero platero, lleno de lazos y florituras.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Peg, radiante.

—Sí. No creí que lo fuera a encontrar —respondí, con el familiar peso del rifle en mis manos.

—Es una vieja carabina Spencer —observó Aurelius Littlefair—. Ha conocido tiempos mejores.

Me sorprendió que dijera eso. Tal vez tuviera razón. Tal vez no fuera tan brillante y nuevo como yo lo recordaba. De alguna manera el orgullo que sentía Tennyson por él lo había mantenido nuevo en mis pensamientos.

—Bueno, me alegro de que hayamos podido devolverte tu pertenencia, me alegro. Soy un tipo legal —dijo el señor Littlefair—. ¿Tiene tu nombre grabado?

—El mío no —respondí, enseñándoselo.

—¿Se refiere a ese Lutero que clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de Wittenberg? —preguntó el señor Littlefair.

—A ese Lutero no. Se refiere a Luther Magan.

En cuanto la palabra Magan salió de mi boca como una rata de su escondrijo, me arrepentí. Aurelius Littlefair no reaccionó de inmediato. Volvió la mirada hacia Peg un instante, mientras asentía con la cabeza, y entonces puso el dedo en el nombre. Yo todavía sujetaba el fusil como si un sargento desconocido hubiera gritado «¡Revisen, armas!». Es posible que apretara más fuerte el arma.

—Vaya, Magan. Así que, Peg, ahora te has hecho amiga de un muchacho que conoce a los Magan.

—¿Cómo dices, Aurelius? —preguntó Peg, sin comprender lo que quería decir con eso.

—Luther Magan, el padre de Elijah, un soldado de la Unión, al igual que los demás que viven con él. Todos unos traidores. Déjame pensar, ¿no hay un tal John Cole? ¿Y otro no es no sé qué McNulty, un sarasa irlandés? ¿Así que entonces tú no serás la joven india que vive con ellos? Me parece que sí. ¿No eres una chica? Por el alma de Tach Petrie, que Dios lo tenga en su gloria, creo que sí.

—Ella no lo es —gritó Peg.

—Pues él lo es —repuso Aurelius Littlefair, bastante indignado.

No estaba siendo una conversación que me encandilara. No tenía una idea clara de qué hacer, pero la sangre se me subió a la cara y me sonrojé como si me diera un golpe de calor. Me fui alejando, naturalmente llevándome el rifle conmigo. Después, más o menos salí disparada de la armería, saltándome los pocos escalones que había, y me fui corriendo hacia el agua. Sabía que no era un gran plan intentar escabullirme a toda prisa de un asentamiento de renegados armados hasta los dientes, pero no se me ocurrió nada mejor. Era una muchacha con un fusil que había echado a correr y que pronto se subiría al mulo. Ese era mi glorioso plan. Oí cómo alguien venía corriendo detrás de mí y sentí que estaban a punto de

sobrepasarme. Estaba lista para un asalto. Toda mi espalda se encogió, expectante. Dios mío. Habría jurado que Aurelius Littlefair corría como un demonio, menuda serpiente delgada que era, y que me atraparía y me filetearía en cuanto me atrapara. Me arrancaría la piel de la cara y la herviría delante de mí, mientras mis ojos daban vueltas en sus cuencas. Podía sentir el roce de su mano, podía sentir el roce de su mano.

Pero no era Aurelius Littlefair, era Peg. Llegué hasta el pobre mulo. Retrocedió ante mis nerviosas prisas.

—Deja que me vaya, deja que me vaya —le rogué—. No puedes detenerme ahora. No estoy dispuesta a que me detengas.

—No te estoy persiguiendo, te estoy siguiendo —dijo Peg. Me miró a la cara y asintió con la cabeza—. Me voy contigo.

Si me hubieran dado a elegir qué iba a pasar, entonces ella habría sido la guinda del pastel, la medalla y el premio. Sin ninguna duda. Ladera arriba, el campamento, que había parecido tan tranquilo y vacío, en ese instante bullía de rostros y voces. Aurelius Littlefair vociferaba pidiendo que me detuvieran. Le gritaba a Peg que hiciera eso mismo. Sabía que una vez que estuviera entre los árboles, solo podría descubrirme un incendio forestal. Salté sobre el lomo del mulo y Peg se abalanzó detrás de mí.

—Arre, arre —lancé al mulo, y lo espoleé con furia.

Cruzó tambaleante el vado del río, levantando mucha agua a su paso, y cuando llegó a la otra orilla, tomó la pendiente como un campeón. Un mulo es una criatura de gran espíritu; siempre procurará servirte aunque se le reviente el corazón. Si hubo balas disparadas contra nosotras no lo sé ni recuerdo haberlas oído, pero supongo que ni siquiera Aurelius Littlefair, asesino de hombres y ahorcador de esclavos liberados, dispararía contra esa singular belleza que era Peg.

18

Al partir, había atado la vieja funda al mulo con la tenue esperanza de que pudiera llevarme el rifle de vuelta a casa. Ahora que así era, me inundó una inmensa felicidad. La gente errante con la que nos cruzamos por el camino parecía hambrienta y demacrada como siempre. Incluso aquellos que iban a caballo no parecían entender la maravilla que significaba estar vivo. Mi mayor anhelo había sido recuperar el Spencer y allí estaba, colgando en la funda.

En la trastienda de mi felicidad flotaba la idea de que podría ser peligroso llevar a Peg conmigo a la granja de Lige. Si ella también pensaba lo mismo, no lo dijo. Entendió mi estado de ánimo y a las dos nos pareció que incluso los pájaros del bosque comulgaban con nuestra felicidad.

¿Cuánto tiempo llevaba yo tan apesadumbrada que se me había olvidado esta ligereza de corazón? Después de todo, ¿tenía siquiera dieciocho años? Realmente no lo sabía. Había nacido bajo la luna llena del ciervo. En cierto modo, con Peg detrás de mí, sentía que no estaba regresando al refugio que suponía la granja de Lige Magan, sino a un lugar seguro más distante. Un lugar en las llanuras de un país que no sabíamos que se llamaba Territorio de Nebraska o Wyoming, pero que pensábamos que se llamaba nuestro corazón y un hogar que no debía perderse nunca. Un sitio donde, cuando era niña, me había sentado, protegida, junto a mi madre y mi hermana dentro de un tipi con todos los símbolos mágicos de protección marcados por dentro y por fuera. Con todas las hierbas creciendo libremente en todas las direcciones y a veces el estruendo atronador de los bisontes al pasar y el estruendo silencioso de los altramuces con sus motas azuladas y sus lenguas de fuego violetas. Regresé allí, pero no físicamente. Será mejor decir que la sensación de dulce libertad volvió a mí a través de las hectáreas cultivadas y salvajes, que se extendían

entre Wyoming y yo. Porque el destino me había permitido encontrar el Spencer de Tennyson.

Caía la noche, cuando todos los colores se volvían simples en sus corazones y todos los tonos pardos se desvanecían y tan solo permanecía un marrón sombrío y todos los azules. Era como si nunca hubiera visto este Tennessee con los ojos apropiados. Para la gente de Peg había sido su Wyoming. Tal vez podías contar los chickasaws que quedaban con los dedos de una mano. Pero ella en sí misma me parecía toda una nación. Su belleza era una legión entera.

¿Cómo iba a poder contarles algo de esto a Thomas y John Cole? No tenía la menor idea.

Sabía que posiblemente estuvieran fuera con la grada, arrancando las malas hierbas entre las hileras de tabaco a pesar de que era domingo. Fuera del alcance de los ojos de predicadores y sacerdotes. No podías cortarte el pelo en sábado en Tennessee, pero ni las malas hierbas ni los gorgojos observaban los días sagrados. La capilla de un gusano son los sabrosos primeros brotes. Tal vez Lige Magan estuviera podando y engavillando, arriesgándose así a los dos dólares y cincuenta centavos de multa. Tal vez Tennyson y Rosalee estuvieran quitando pacientemente los gorgojos para no dejarlo solo en su desgracia. Tal vez los animales salvajes, que pasaban sin ser vistos por las lindes de los campos, comprendieran los imperativos urgentes de los cultivos y tal vez el sol estuviera tan débil en ese momento que tiñera de gris los bosques, que se desvanecían tentando a los grillos a salir de los campos. Con sus violines rotos, como había dicho Thomas McNulty una vez. No lo sabía. No lo sabía. Era una felicidad no conocer nada más que el trote del mulo y las manos de Peg aferradas a mí con tanta fuerza que creía que me rompería la camisa. El calor de su cuerpo, que se apoyaba en mí de vez en cuando, me producía tal placer que pensé que podría llegar a desgarrarme el corazón. Desgarrarlo y repararlo en un mismo soplo.

*

El domingo puede ser un buen día para los milagros o no. En

nuestra alegría infantil había pequeñas semillas fértiles de inquietud. A medida que nos acercábamos a los bosques y campos familiares, incluso el mulo parecía arrastrar los cascos, como un pobre hombre que hubiera emprendido con arrojo el camino al patíbulo. Deseando ser valiente, ya que el pavor no le serviría de nada. ¿Había cometido yo un crimen de hija al regresar al peligro que suponía el campamento de Petrie? ¿Cómo les explicaría quién era Peg sin incriminarme más a mí misma en ese sentido? ¿Y por qué me había obcecado tanto en recuperar el fusil? Era un carromato de pensamientos que seguía avanzando sin detenerse y yo no era más que la desdichada conductora. ¿Qué más le daba a Tennyson?, como había dicho Lige Magan. Y todo el posible lío que yo podría hacer recaer sobre nuestras cabezas. Bueno, yo no había robado a Peg, ella se había robado a sí misma. Se había robado a sí misma. Y se podría pensar que aquello me alarmaría y que no sabría qué hacer con ella entonces. Pero eso no me atribuló ni por un instante. El arroyo llegaba a otro arroyo y sus aguas se mezclaban de manera natural, eso era lo que parecía. No había nada en la muchacha detrás de mí, a horcajadas en el mulo, que me infundiera temor.

Vimos nubes de tormenta arremolinándose en las montañas a lo lejos. Pero aquí, en los campos de Lige, el sol de nuevo había intentado blanquear los luminosos verdes. El esfuerzo del día se sentía en el alivio que brindaba. Un bienvenido descanso. La tierra cubierta de maleza delante de la cabaña, media hectárea de tierra poco profunda y demasiado fina para arar, que quizá solo fuera buena para que una vieja mula pastara en ella, era el mismo suelo sobre el que Tach Petrie había intentado guiar a sus hombres contra nosotros hacía mucho tiempo. Y nos habría matado a todos si no lo hubiéramos matado nosotros. Eso era seguro. Oí las voces de la noche en la casa. Así que su quebrantamiento del día del *sabbat* había terminado.

Tennyson Bouguereau estaba sentado en el porche en su rincón habitual. El ciclamor que alguien había plantado años atrás no estaba ni demasiado tupido ni demasiado pelado. La gran llamarada de flores refulgía sin inmutarse. Oí a Rosalee hablando de pronto en voz muy alta antes de estallar en una repentina carcajada. Es asombroso todo ese parlamento que

sucede en la vida sin que nunca se tenga en consideración ni se recuerde. Nunca lo provoca del todo un pensamiento real o algo concreto. Tan solo el misericordioso canto de los pájaros, sea cual sea el pájaro que seamos.

No sabía cuánta atención nos prestaba a Peg y a mí, llegando en el mulo con pasos estridentes. Solo los pasos sonoros de los cascos al golpear el suelo endurecido. Desmonté con una extraña emoción, que parecía llevar consigo la necesidad de no llamarlo, y amarré el mulo, ayudé a Peg a bajar, alargué la mano hacia la funda con el pesado Spencer y lo saqué. Solo entonces miré a Tennyson y vi que se había puesto en pie. Me acerqué al porche sujetando el rifle con el brazo derecho. Tennyson abandonó el emparrado y recorrió el porche. No dio ninguna pista de lo que estaba pensando. Bajó los viejos y desgastados peldaños. Se acercó a mí en silencio. Nos detuvimos a la vez cerca el uno del otro. Asentí con la cabeza y le tendí el Spencer. Sin un titubeo, se apoderó de él. Lo miró con la inteligencia del emperador Aurelio y acarició la palabra «LUTHER» en la culata.

—Gracias, Winona —dijo.

*

El verano pasó y Peg fue declarada la mejor recolectora de gorgojos de las hojas de tabaco en la historia de Tennessee, según Thomas McNulty. Solo le llevó un día conocer a Thomas. Conocer rápidamente a John Cole resultaba más difícil.

Las cosas debían de haber estado moviéndose y revolviéndose según sus propias reglas fantasmales. El nuevo gobernador estaba removiendo todas las cosas.

«Como si aquella guerra nunca se hubiera librado», dijo Thomas McNulty.

Nunca habíamos vivido con tranquilidad en la granja de Lige y no esperábamos que eso fuera a cambiar.

Oímos decir que el campamento de Zach Petrie en West Sandy Creek se había desintegrado y que había regresado con sus secuaces a su enorme granja al oeste de Paris. Al parecer estaba en ruinas y necesitaría una buena cantidad de trabajo para arreglarla.

—¿A quién ha conseguido para trabajar? A nadie. No hay un solo juicioso hombre liberado que quiera tocarlo ni con un palo.

A finales de verano, Aurelius Littlefair fue nombrado juez del condado de Henry. El abogado Briscoe negó con su cabeza canosa.

—¿Tengo que alegar un caso ante un verdugo? —protestó.

Ese tipo de cosas se oían en sus aposentos temporales.

Ahora no solo nos preguntábamos qué iba a ser de nosotros, sino qué iba a ser de la gente como el coronel Purton. Se rumoreaba que la milicia iba a ser disuelta.

Entonces en el pueblo fue arrestado un hombre liberado llamado Imre Grimm, a quien Rosalee conocía porque lo había oído hablar en una reunión de la Oficina de Hombres Liberados. Había atacado, supuestamente, a la guapa esposa de un advenedizo. Aurelius Littlefair ni siquiera llegó a ponerse la toga de juez. Un grupo de ciudadanos sacó a Imre Grimm de la cárcel. Le dijeron a John Perry que trajera su fragua portátil. Avivaron el fuego y colgaron a Imre Grimm de una larga cadena encima de la fragua. Le cortaron los dedos para que no pudiera escapar. Le cortaron otras partes. Todo el pueblo salió a mirar. Los niños también. Cuando al final murió, dividieron su cuerpo achicharrado para recuerdos.

—Ahora ya somos de verdad ciudadanos del país del diablo —dijo el abogado Briscoe.

Tuvimos que escuchar más noticias poco después. El sheriff Flynn renunció a su cargo de sheriff, cogió los bártulos y bajó con su esposa a Jacksonville en Florida. Los misteriosos problemas con los que estaba lidiando resultaron ser la enfermedad de su esposa. Ella había sido tísica durante mucho tiempo y el doctor aseguró que moriría con otro invierno más en Tennessee. Fue extraño para mí cómo salió de mi historia sin más, aunque también me alegré de que la amara tanto como para hacer algo así. Sin embargo, significaba una persona menos contra la invasión de Littlefair y los de su calaña. El abogado Briscoe comentó que también le habían dicho al sheriff Flynn que lo matarían si no cambiaba de tono. Las amenazas habían llegado bajo la forma de una pequeña serie de cartas sin nombre. El abogado Briscoe sostuvo que, en su opinión, solo podría haber sido alguien a sueldo de

Littlefair.

—Un *homo sacer*, si es que alguna vez hubo uno —dijo el abogado Briscoe—. Cualquier hombre podría matarlo ahora sin castigo. Y más él, siendo juez además.

Cuando decía cosas así, siempre sentía una punzada de inquietud por Peg. Había sido hija de todo ese caos.

Lo siguiente que oímos fue que el propio Frank Parkman había sido nombrado sheriff, aunque, como dijo Lige Magan, no dejaba de ser un crío. Esto extrañó mucho a John Cole, porque Frank Parkman había cabalgado muy a menudo con el sheriff Flynn y se podría pensar que podía estar conchabado con él. No parecía que fuera el caso. Pero, por otro lado, en aquellos tiempos ningún corazón estaba claro del todo ni se comprobaba ninguna alma.

—A menos que esclavicemos a los negros e impidamos la guerra, la economía de Tennessee no valdrá nada —dijo el abogado Briscoe, pero no se lo estaba diciendo a nadie en particular.

En estos tiempos convulsos, tal vez fuera Peg la que nos mantuvo a salvo de ataques despiadados. No sabía escribir, así que me comprometí a escribir una carta a Zach Petrie en su nombre, diciendo que se encontraba bien y que «esperaba poder ir a visitarlo pronto». Fuera cual fuera la razón, y no nos molestamos en devanarnos los sesos para encontrar una, ya que no tenía sentido hacerlo, no recibimos la visita de ninguna banda con malas intenciones. Fue tremendamente extraño encabezar una carta con «Estimado señor Petrie».

Nos deslomamos en los cultivos y, con un nuevo aspecto doblemente desafiante, el abogado Briscoe volvió a levantar su casa.

Estaba decidido a hacer más que eso también. Salió a hablar con Lige un generoso día de verano. Nos sentamos con él en el porche donde había una sombra misericordiosa. Peg sentía cierto recelo hacia el abogado Briscoe y optó por mantenerse alejada de su camino; había salido al bosque con un fusil, con la idea quizá de cazar algo para la cena, cuando lo vio llegar. El abogado Briscoe contó que había escrito a la Universidad de Negros en Nashville y que era un hecho conocido que los hombres liberados de cualquier edad podían estudiar allí. Dijo que tenían una banda de música negra que viajaba por todo el

país recaudando fondos y pensó que Tennyson, al tener un gran repertorio de viejas canciones, podría ser bien recibido allí. Rosalee escuchó ojiplática.

—Mi hermano no puede hacer eso, está lesionado —murmuró en voz baja.

Tennyson estaba fuera en algún lugar, pero quizá ella no supiera dónde exactamente. Aunque su vieja silla al final del porche estaba vacía.

—Me figuro que podrá hablar por sí mismo sobre este asunto —opinó el abogado Briscoe, con su voz más delicada.

—Yo hablaré por él, ya que apenas puede hablar por sí mismo —repuso Rosalee, devolviéndole la pelota.

Pero Tennyson se estaba recuperando a marchas forzadas. Todos lo habíamos oído cantar de nuevo mientras trabajaba. Tenía tantas canciones, no solo las dulces y viejas baladas de trabajo, sino otras más, y me encantaba cuando entonaba *The famous flower of serving men*[8]. Hablaba más o menos igual que antes, a pesar de lo que decía su hermana. Para Lige esto pertenecía al país de los milagros, pero, claro, también necesitaba a Tennyson desesperadamente para trabajar en la granja con los demás y con él. Ya eran largas horas de lucha. Una lucha buena, pero una lucha al fin y al cabo.

—No puedo decir que me llene de alegría oírte decir eso —dijo Lige, vacilante.

—Tenemos que alejarlo del peligro —señaló el abogado Briscoe—. No está a salvo aquí en el condado de Henry. No, señor, no lo está.

La cara del abogado Briscoe estaba aún más roja que de costumbre. Era como si una gran conflagración le hubiera enrojecido el rostro de forma permanente. Había pronunciado esas últimas palabras con esa avalancha de justa ira que conocía tan bien en él. Cuando sus ideas eran irrefutables. Pero también sabía ir más allá de esa ira y dejarla atrás por lo que era, una serpiente sin dientes en la hierba.

—No voy a dejarte peor que antes, pero ese hombre necesita que lo saquemos de aquí, eso es lo único que puedo decir.

—Ninguno de nosotros está ya a salvo ahora —dijo Lige, con la voz serena de la verdad.

—Si me permiten decir algo —intervine, pensando que era el momento de contarlo—, oí que fue el coronel Purton el que

apaleó a Tennyson, no los hombres de Petrie.

—¿Dónde oíste eso, Winona? —preguntó Thomas McNulty.

Incluso John Cole soltó una risotada, como si hubiera dicho la tontería más grande del mundo.

—Lo siento, Winona —dijo—, me has pillado por sorpresa con eso.

—¿Quizá lo oyó bien? —dijo Thomas McNulty, ofendido por John Cole.

—Eso es imposible —objetó el abogado Briscoe.

Justo en ese momento, Peg apareció detrás de la cabaña con un par de conejos al hombro. Tenía un aspecto bastante salvaje con su larga melena negra, el fusil y los conejos colgando, tristes y sin vida. El abogado Briscoe asintió con la cabeza al verla. No hizo ninguna mención a ella. Pero se la quedó mirando con esa mirada suya con la cabeza ladeada.

—Será mejor que me vaya. Que Dios ayude a un pobre anciano con este calor —dijo.

Después, se encaminó hacia la calesa y espabiló a los caballos aturdidos por la luz del sol.

Rosalee lloraba en silencio en su silla.

---

[8] Famosa balada inglesa. *(N. de la T.)*

19

Como si la amenaza de perder a Tennyson no fuera suficiente para Lige, John Cole cayó enfermo con el mal que lo aquejaba de vez en cuando. Cayó con todas las letras, ya que se desplomó repentinamente mientras volvía de trabajar en los campos. Por ello, Thomas McNulty y Tennyson tuvieron que llevarlo a su habitación como si fuera un guerrero herido. Tenía el rostro blanco como un lirio y todo su largo y delgado cuerpo tan flojo como unos pantalones. Lo metieron en la cama. Sabían que lo único que podían hacer era esperar y cuidarlo.

Ya habíamos comenzado a cortar los primeros brotes, por lo que Peg y yo estábamos seccionando las hojas con grandes cuchillos, mientras Lige y Thomas las arrastraban hasta la carreta. Los primeros brotes pueden llegar a pesar tanto como una piedra, y cosecharlos implica mucho cargar y blasfemar. Quizá Peg pareciera media muchacha por su peso corporal, pero era fuerte, doy fe de ello. Podía luchar contra un puma y hacerle desear no haber salido de sus montañas.

Cuando tienes a una persona en alta estima, es un enorme placer contemplarla simplemente, mirar cómo se mueve por el aire normal de un día, fijarse en cómo tiene el hábito de esto o lo otro, el giro de la muñeca, o quizá cómo esa persona, esa persona a la que adoras, levanta la barbilla, o levanta los brazos para recogerse el pelo. Hasta su ira puede llegar a ser una especie de extraño elixir. Su fuerza es como algo bueno que se dice la gente.

*

Al igual que yo había hecho para Peg, fue un predicador llamado Jodocus Troutfetter quien escribió una carta en

nombre de Jas Jonski, aunque, hasta donde yo sabía, había ido a la escuela en Nashville. Siempre escribía en la tienda del señor Hicks: largas listas de pedidos para esto y aquello. Tal vez eso no era lo mismo que hablar con el corazón. Hablar con el corazón es un asunto del demonio. Hablar sin rodeos podría funcionar con Peg, pero el reverendo no era tan proclive a ello. Guardé esa carta, porque había algo en ella que me hacía estar muerta de miedo. No la comprendía, quizá, y luego sí la entendí:

Mi querida Winona Cole:

Esta carta la está escribiendo el reverendo J. Troutfetter por instrucción expresa del señor Jas Jonski de Paris, Tennessee, natural de la ciudad de Nashville. Aunque por supuesto sé escribir, me temo no poder expresar la verdad por mis propios medios. Querida Winona, de acuerdo con el amor que siento por ti y en referencia a nuestro reciente deseo de contar con unos dignos esponsales en la iglesia metodista de Paris, Tennessee, por la presente te manifiesto que mi deseo y amor permanecen intactos y que, si bien ha habido acontecimientos que suscitan el arrepentimiento de un corazón humano, declaro poseer el mismo deseo con toda la intensidad y grandeza de espíritu, REPETIR y RESTABLECER mis votos de amarte y desposarte ante la congregación reunida de los presbíteros, ministros, predicadores y miembros de la iglesia mencionada anteriormente.

«Pues un hombre puede pecar y, sin embargo, hacer el bien.»

Una y otra vez te digo que me ARREPIENTO de cualquier daño que creas que te he causado, para el cual asigno por la presente un sentimiento de MORTIFICACIÓN y PESADUMBRE, con la esperanza de que tengas a bien ACOGERME CONTRA TU PECHO de nuevo, así como UNIRTE EN MATRIMONIO con el afectuoso y arrepentido abajo firmante, JAMES HENRYK JONSKI.

Después, la firmó y garabateó con lo que parecía su propia caligrafía: «Por favor, Winona, te quiero de verdad». Debió de pensar que aquello sería el argumento decisivo. Tal vez pensaba todo lo que decía.

Me la había enviado a mi lugar de trabajo, a saber, a la casa del abogado Briscoe. La leí sentada a mi mesita recién instalada en el establo. Cuando levanté los ojos de las páginas, el abogado Briscoe tenía la cabeza ladeada y me miraba. No dijo nada, no hizo pregunta alguna sobre la carta, aunque podría haberlo hecho si hubiera creído que era de su incumbencia. Si es posible disimular que un viento lacerante te atraviesa, lo hice. Me sentí tan pequeña como un pajarillo. Tenía la sensación de que el mundo era una enorme roca que me aplastaba el cuerpo. Bien podría rendirme, dejar que me aplastase, pensé. La jerga religiosa era una navaja para matarme. Por un momento, pensé que tendría que casarme con él no porque hubiera un ápice de mí que lo deseara, sino por los términos tan formales con los que se había dirigido a mí, como el documento de un tratado entre Washington y los sioux.

De camino a casa, se la di a Lige y le pregunté qué le parecía; la leyó allí mismo, con las riendas sueltas en el lomo de la yegua mientras el animal se estremecía de ganas de volver a casa.

—El reverendo Troutfetter… No creo que conozca a este tipo —dijo, y dobló la carta y la guardó de nuevo en el sobre —. Léesela a John Cole. Él sabrá qué hacer.

La tierra intentaba liberarse del tórrido calor del verano. La yegua avanzaba con paso pesado. Cuando estábamos a cien metros de la cabaña, salté desde el travesaño y corrí por la senda hasta la casa.

*

John Cole estaba muy circunspecto cuando le pregunté si podía leerle la carta. Por supuesto estaba tan débil que ni siquiera podía levantar la cabeza. Thomas McNulty engrosó su montón de almohadas con una vieja chaqueta del ejército y John Cole ya estaba listo para ayudarme.

Me daba miedo tener a Thomas escuchando en la habitación, porque él todavía se encontraba en buena condición física y me daba pavor que se fuera al pueblo enfurecido. La ira de Thomas McNulty era muy simple. Estallaba rara vez, pero cuando lo hacía, era como la cólera de los ángeles justos. Él conocía la amenaza absoluta del mundo. Sabía que era un lugar tan enrevesado con el mal que el bien solo podía aspirar a desenredar algunas diminutas hebras. Pero era un hombre que creía en la gran posibilidad de liberación de un desenlace inesperado y bueno de las cosas. Daría su vida por eso. De hecho, pensaba que estaba obligado a hacerlo y, en muchas ocasiones, estuvo a punto de hacerlo. Mi seguridad era el segundo artículo de su religión. El estado de John Cole, al que llevaba sopas, las primeras bayas del otoño y agua tibia para que pudiera asearlo en la cama, era el primero. Después de todo, sin John Cole, no habría sido nada propenso a encontrarle un propósito a la vida. Habían caminado en la miseria, en medio de las ruinas y la destrucción, muchas veces. Habían hallado este remanso verde con Lige Magan, su viejo camarada de armas. Lo era todo. En lo que a John Cole se refería, allí estaba Thomas con su corazón sencillo. Su amor era el primer mandamiento de mi mundo: esperarás amar como ellos. Todos hemos de toparnos con muchas almas y muchos corazones por el camino, estamos obligados a hacerlo, y hemos de rezar para cruzarnos con uno o dos Thomas y John Cole en ese viaje. Entonces podremos decir que la vida valió la pena y que el amor mereció el riesgo.

Thomas estaba feliz de dejarme a solas con John Cole, desde luego que sí. De hecho, dijo que pensaba que yo debía quedarme a solas con él.

—Voy a dar de comer a esas condenadas mulas y nada más —dijo—. Les daré una buena cantidad de avena para la faena de mañana.

Después, se dispuso a salir cuando me dio la impresión de que esperaba que yo cambiara de opinión y le dijera que no se fuera; pero cuando no lo hice, se marchó.

Entonces le leí la carta a John. Asintió una y otra vez mientras leía. Escuchaba con gran atención. Cuando terminé, observé su cara tranquila y de nuevo pensé que para un chico rudo que había salido de Nueva Inglaterra cuando era niño,

bisnieto de un indio y tan pobre como el que más, era realmente un hombre muy guapo. Podría haber dirigido un país si alguien se lo hubiera pedido. A su cabeza le faltaba tal vez el par de centímetros del ancho que tendría una cabeza normal; era estrecha, como un pequeño resquicio entre dos viviendas. Era una persona de sombras, un lugar de sombras. Era dulce como un niño conmigo y feroz como un bisonte en la batalla. John Cole, la quilla de mi barco. Thomas, los remos y las velas.

—Sé lo que esto me parece —dijo, sus palabras tan sombrías como su semblante.

Podía oír la extraña humedad de su enfermedad intentando impedir que brotaran las palabras de su garganta. No dijo nada durante un buen rato. Estaba luchando para salir a la superficie de un profundo pozo de dificultades. Entonces su rostro se iluminó de nuevo como ese punto en el bosque alumbrado de pronto por un aislado rayo de sol.

—Me parece una confesión —dijo al fin.

*

Pasaron las semanas hasta que, un buen día, el coronel Purton en toda su gloria militar vino a la granja. Podría jurar que había añadido más galones y plata a su uniforme, como para sugerir la grave ansiedad que sentía, una ansiedad claramente expresada en su extraño y oscuro rostro. Era como un hombre recién despertado. Sus propias palabras parecían más pesadas en él y más lentas. Empezaba a preguntarme si le había dado algo, una apoplejía o algo así. Desde luego su brazo izquierdo parecía inútil y cabalgaba con las riendas agarradas con la mano derecha de un modo peculiar. Nunca había venido a la granja de Lige antes, pero por supuesto Lige lo conocía bien. A Lige le gustaba conocer a la gente con la que tenía previsto conversar en algún momento. El coronel había cabalgado hasta la casa en compañía de veinte milicianos, formando una fila de a uno como una serpiente negra. Con todos los giros de los últimos acontecimientos, Lige Magan estaba dispuesto a apoyar tranquilamente un fusil en el porche, como si ese siempre hubiera sido su sitio. Era cerca del mediodía y el sol estaba en

su punto álgido. Un fuerte resplandor bañaba el terreno agreste, a pesar de que estábamos entrando en la última parte del año. Los hombres habían venido para comer algo y se habían zampado, sin el menor titubeo, todo lo que Rosalee les puso delante, aunque fuera solo un pariente lejano de la comida. Estábamos en plena cosecha principal y había mucho que hacer, un hecho que se plasmaba en nuestras caras, dándonos esa mirada idiota y aturdida de los cosechadores.

La noche anterior, Tennyson se había marchado a Paris en plena oscuridad. Lige Magan le había dado una de las mulas, a pesar de que una mula era una criatura más necesaria que un hombre. Pero Tennyson se había comprometido a enviar la mula de vuelta con un muchacho por veinte centavos. Sí, una buena mula valía oro. En todo caso, habíamos salido para acompañarlo hasta la ruta de las carretas. Llevaba sus pertenencias en unas alforjas, que descansaban en la grupa de la mula, y su Spencer estaba oculto bajo un paño. No sabíamos cómo una universidad se tomaría a un estudiante nuevo que llegara así, pero las necesidades apretaban en aquellos tiempos feroces.

No necesito pormenorizar el dolor de Rosalee al perder a su hermano, aunque, como dijo Lige Magan: «No construyeron Nashville demasiado lejos de Paris». Eso era poco consuelo para Rosalee. Siendo una persona de infinitos sentimientos, hizo todo lo posible para contener esos sentimientos en el pecho, hasta casi estallar. Aceptó el buen juicio de que Tennyson probara suerte en Fisk, el nombre de la universidad. No cabía la menor duda de que era un magnífico cantante. Y, como personas que se habían ganado el sustento en la sala de baile de Grand Rapids en el pasado, es decir, Thomas McNulty, John Cole y yo, sentimos una extraña envidia de la aventura de Tennyson. Pero *aquí* había un lugar donde las cuchillas giratorias de nuestra historia podrían cortarlo en pedazos. *Allí,* en la desconocida Nashville, podría crecer y florecer. Era sin duda una rosa entre los hombres. Caminamos de vuelta a la cabaña en silencio.

Por lo tanto, nos encontrábamos con un hombre bueno menos, el mejor trabajador que Lige tenía, y Lige quería volver a la cosecha del tabaco.

Sin embargo, Lige no creía que pudiera dejar al coronel y a

sus hombres sofocándose en ese horno al mediodía, por lo que todos entraron en tropel en el salón hasta que no fueron más que cuerpos de pared a pared. Rosalee le preguntó al coronel Purton si quería tomar algo de beber o comer y el coronel le rogó agua para él y sus hombres.

Mientras salía para cumplir ese mandado, oí cómo mascullaba para sí misma:

—Cómo apestan estos hombres.

—Somos como gatitos ardiendo en una hoguera —dijo el coronel.

No se parecía a ningún gatito que hubiera engendrado nunca un gato.

—Nos entristeció saber que el sheriff Flynn se marchaba a Jacksonville —dijo Lige.

—Para mí, la única autoridad de verdad que quedaba en este condado dejado de la mano de Dios —respondió el coronel —, a menos que le guste a uno recibir órdenes de renegados y rebeldes.

—Entonces, ¿Frank Parkman no recibió su voto? —preguntó Lige Magan.

—¿Frank Parkman? No cuando nombra al joven Wynkle King como su ayudante, no cuando hace eso, no, señor.

—Vaya, eso no suena como una gran protección contra los males del mundo —intervino John Cole, que acababa de «resucitar de entre los muertos», como decía Rosalee, aunque seguía débil.

—¿Qué consecuencias nos va a traer todo esto? —preguntó Lige—. ¿Tiene usted alguna idea?

—La consecuencia es que no puedo recibir ninguna notificación de intención del gobernador ni de nadie. La consecuencia es que Aurelius Littlefair es un maldito juez de un tribunal del circuito judicial de los Estados Unidos. La consecuencia es que cada hombre liberado haría bien en cuidarse la espalda, o —continuó, aceptando una taza de agua de manantial de Rosalee— cada mujer liberada, la suya. Esas son las consecuencias.

—¿No lleva Tennessee todo este tiempo en la Unión y todo eso está ya superado? —dijo Thomas McNulty, con su voz más seria.

El coronel se reclinó hacia atrás en la silla todo lo que le

permitía una compañía tan concurrida.

—No —objetó.

Algunos de los milicianos se rieron, no porque lo dicho pretendiera tener gracia, sino tal vez por la franqueza del coronel.

—De todos modos —dijo el coronel—, traigo otras noticias de importancia. Ese joven, Jas Jonski, ha sido asesinado.

20

Fue entonces cuando me puse a temblar. Como si toda la historia de Jas Jonski fuera una anguila eléctrica y me hubiera picado.

¿Sentí un instante de pena por él? Sí. Tal vez varios instantes. Pero, en esos momentos, me preguntaba ¿por qué el coronel Purton se había tomado la molestia de venir hasta aquí para contarnos esto? El miedo inundó cada grieta de mi cuerpo. En un santiamén Peg se acercó un centímetro más a mí. Podía notar su cuerpo tenso formando una larga línea contra el mío. Era como si alguien me hubiera vertido una taza de veneno en la boca. Me abrí paso entre los hombres, porque sentía que se me revolvían las tripas. Vomité toda la comida en la hierba marchita. Me doblé como un arco y lo eché todo. Jadeaba como una mula sin aliento.

—Estás blanca como un hombre blanco —dijo Peg, de pie con cuidado junto a mí, con la mano en mi espalda caliente.

—No puedo… hablar —balbuceé, y devolví de nuevo.

No hay nada elegante en vomitar, esa es la verdad.

El coronel Purton salió detrás de nosotras, como si quizá pensara que era mejor mantener al conejo cerca, ya que *tenía* el conejo cerca. Pero lo cierto es que no tenía la menor idea de lo que le rondaba por la cabeza. Las sombras, claras y oscuras, eran propias de él. Un silencio que acompañaba sus maneras llenas de sombras. Dijo a Peg que le estaría muy agradecido si pudiera tener unas palabras conmigo a solas. Peg me preguntó con la mirada si me parecía bien y yo le respondí que sí sin mediar palabra. Así que me senté en un viejo y marchito tocón e intenté limpiarme el vómito de la cara lo mejor que pude. Todavía tenía el cabello corto, así que al menos no estaba empapado de la vomitona.

El coronel me sorprendió al arrodillarse junto a mí, como si fuera a pedirme matrimonio. Eso no era lo que tenía en mente,

por supuesto. Puso su cabeza casi a la altura de la mía. Pensé que con eso quería parecer inofensivo. No puedo decir que lo consiguiera.

—Te gusta usar pantalones —comenzó el coronel—. Lo recuerdo. Pero sé que eres una muchacha. Tú eres Winona Cole, la hija de John Cole. Estuve con el abogado Briscoe y me habló de ti. Y, bueno, no me ha querido contar mucho, porque hace gala de la discreción de un abogado.

Se movió, todavía de rodillas. Supongo que el suelo le resultaba un poco duro y caliente, y sus rodillas ya no eran tan jóvenes.

—A Jas Jonski lo mataron más o menos en la medianoche de ayer. Alguien lo acuchilló. Quizá le clavara el cuchillo unas veinte veces. Estaba todo ensangrentado, por supuesto. Da igual; según el doctor Tharpe, puede que haya muerto tras el primer navajazo, dice que no lo sabe, pero que se lo imagina. En todo caso, uno de ellos fue provocado por una hoja larga y delgada clavada en el corazón. Un golpe muy preciso, ¿comprendes, jovencita?, un golpe experto que se podría decir.

Me miraba todo el tiempo para ver cómo reaccionaba. No estaba sonriendo exactamente, aunque tampoco no lo estaba. Me dije a mí misma: «Debes mantenerte tranquila, Winona. Tienes que recordar lo peligroso que es el mundo y que aquí hay un grandísimo peligro y tienes que sobrevivir. Sé prudente, Winona, y sobrevive. Los problemas siempre terminan por llegar y de nada sirve desear que no lleguen. La cosa es superarlos y salir indemne al otro lado. Si es que hay otro lado».

—Creo que alguien me ha contado que te gusta llevar un cuchillo encima. Puede que muchos indios lo hagan. ¿Tú llevas uno?

Me agaché hacia mi bota derecha, saqué mi cuchillo y se lo tendí.

—Esta es una hoja larga y delgada, ya lo creo —dijo—. ¿Puedo mirarlo más de cerca? ¿No te importa?

Asentí con la cabeza y él tomó la afilada navaja. Después, se la acercó a los ojos y los entrecerró. Y supongo que pensó que estaba descubriendo algo.

—¿Ves esto, jovencita? ¿Una mancha roja a lo largo de la hoja? ¿La ves? Es difícil de ver.

—Es sangre —respondí.

—Es sangre, es verdad, pero ¿sangre de quién? —preguntó —. ¿De quién? —repitió, sonando como uno de nuestros familiares búhos.

—De los conejos que despellejo para Rosalee. Ella los trae y luego yo los despellejo. A Peg no le gusta desollar, a ella no se le da bien.

—¿Pero a ti sí? ¿Eres una experta con el cuchillo?

—No se me da mal.

—¿No estarás pensando que es la sangre de ese muchacho, Jas Jonski?

Lo dijo un poco como quien no quiere la cosa, sin pensar.

—No. No estoy pensando eso porque no lo es. Puede que Jas Jonski me traiga sin cuidado, pero tampoco quiero matarlo. Nunca he matado a nadie.

—Mataste al famoso Hombre Gordo que trabajaba para Tach Petrie. Oí decir que lo mataste tú. Lo mataste, con tu pequeña pistola de mujer.

—Eso fue en una batalla. En una pelea.

—¿Crees que el amor no es una pelea? En mi experiencia, el amor, el amor es la mayor pelea que existe, ya lo creo.

Entonces pareció alejarse de ese pensamiento.

—Me gustaría creerte, jovencita, pero en mi negociado, lo que uno cree no vale mucho. Sin embargo, te lo concedo; el abogado Briscoe dice que eres una persona inteligente, su mejor muchacho, te llama, a pesar de que eres una muchacha.

Entonces el coronel Purton se rio con una extraña risa metálica.

—El abogado Briscoe me conoce tan bien como el que más.

—Oh, sí, responde por ti, sin duda. Y yo te digo que me gusta ese hombre. Es tan recto como la plomada de un albañil. No cabe duda. Así que, señorita, supongamos que eres la parte inocente, bien, de acuerdo, preguntémonos entonces, si no ha sido una chica india inteligente y espabilada con pantalones de muchacho, ¿quién fue? Aquí tengo algunos nombres. Verás, eres amiga de toda esta gente de aquí —señaló la cabaña a sus espaldas—, por lo que no me espero que hables en contra de nadie. Diré los nombres y te miraré a tus bonitos ojos marrones y me dirás lo que piensas solo con un pequeño gesto. ¿Estás lista?

—No sé quién podría haberlo hecho.

—Está bien, no pasa nada. Bien. Tennyson Bouguereau. ¿Qué hay de él? Lo vieron en el pueblo anoche.

—Eso es porque se quedó con su amigo antes de coger el tren a Nashville por la mañana temprano.

—¿Cogió un tren a Nashville?

—Así es. Se va a una gran universidad allí. El abogado Briscoe le consiguió una plaza. No veo muy probable que vaya a matar a un hombre justo antes de subirse a un tren.

—El abogado Briscoe, ¿eh?

—Sí, un chico acaba de traer la mula de vuelta esta mañana. Le dio veinte centavos por hacerlo.

—Mira, estoy pensando que si puedo averiguar quién mató a Jas Jonski, tal vez descubra quién mató a otras personas, o quién podría matar a otras personas en el futuro. Así es como funciona mi mente. Espero que no te moleste que me muestre tan franco contigo. El estado general de paz y muerte es asunto de las milicias. El sheriff Parkman, si ya puedo llamarlo así, es quien dijo que eras hábil con un cuchillo en la mano.

—No sé cómo podría saberlo —respondí.

—Dijo que una vez lo amenazaste con clavarle un cuchillo, quizá este mismo cuchillo —dijo, devolviéndomelo. Lo guardé directamente en la bota—. ¿No es eso cierto?

—Eso ni siquiera es un poquito cierto —negué—. Le dije…

Pero me pareció demasiado complicado explicarle lo que dije y por qué lo dije aquel día en la caballeriza, ya que implicaba lo de darme un beso.

—En fin, no importa, vamos a probar con otros nombres. Voy a mirarte a los ojos mientras los voy diciendo. Lige Magan. Lige Magan. ¿Qué piensas de Lige?

Tenía sus ojos clavados en los míos como un halcón al acecho.

—Nada en particular —respondí.

—Mira, sé que si crees que me acerco a algo, tus ojos van a saltar. Como un conejo, como uno de esos conejos de los que hablas. Que despellejas, dijiste. Con tu pequeño cuchillo. Bueno, fuera del pueblo, tienes que despellejar conejos, eso lo sé. Así es como voy a despellejar a este conejo. Muy bien, así que déjame decir el nombre de ese viejo ahí dentro, yo no lo conozco, pero era un convicto, eso sí lo sé, y he oído otras

cosas sobre él que no sé qué pensar. Thomas McNulty.

Me clavó los ojos fijamente. Yo le mantuve la mirada, ya os lo digo.

—Bien, ahora ¿qué sientes acerca de…?, bueno, ¿debería comenzar con Rosalee Bouguereau? Aunque si consigo una reacción de tus ojos con ella, no lo sé, pero… creo que cancelaré la Navidad. En fin, ¿qué sientes por John Cole? ¿John Cole? ¿No consigo ninguna reacción con él? Creo que debería. Quizá los ojos de los indios no se comportan como los ojos de los blancos. No lo sé. —Se levantó con un crujido de la rodilla y se la frotó por encima del paño negro—. De todos modos, ha sido un placer hablar contigo. Puedo ver lo lista que eres. Supongo que lo indicado es presentarte mis condolencias por la muerte de tu prometido.

—No lo era. Lo fue, pero ya no.

—Bueno. Debo decirte, jovencita, que para el sheriff Parkman eres la principal sospechosa del asesinato. Pero no sé si es mi caso.

Después, fue a ver a Peg donde se escondía creyéndose fuera de su vista, entre los arbustos a un lado de la casa. Habló con ella, pero no pude oír lo que decían. Aunque me di cuenta de que la conversación no estaba siendo tan amistosa como la nuestra. La dominaba de una manera muy fea y agitaba el puño hacia ella. Después, volvió a la cabaña, llamó a sus hombres y se marcharon levantando una repentina nube de polvo gris.

Le pregunté a Peg qué le había dicho.

—Dijo que sabía quién era yo y que tenía muchas ganas de molerme a palos, pero que hacía demasiado calor, eso fue lo que dijo.

—Tal vez piense que tú mataste a Jas Jonski.

—Tal vez lo hiciera. Luego, me estuvo preguntando si Winona Cole, o sea, tú, fuiste al pueblo anoche, y yo le dije que te fuiste a dormir nada más caer la noche —dijo Peg—, lo cual es casi la verdad.

—Es la verdad —dije—. Tú estabas a mi lado en la cama.

—Ya, cierto, pero no estuvimos durmiendo todo el tiempo.

—No, eso también es verdad.

*

—Sí, sí, nos hizo a todos las mismas preguntas, que dónde estabas tú en tal y tal momento, con esa atronadora multitud de milicianos silenciosos observando y observando, maldita sea —dijo Thomas McNulty, con un gesto tan lúgubre y asustado como un pollo cuando la hambrienta granjera se acerca para tratar de estrangularlo.

Aunque todavía no estaba recuperado del todo, John Cole iba y venía por el salón como si persiguiera su sombra.

Sabía muy bien por qué estaban tan afligidos. Durante diez años me habían cuidado y se habían preocupado por mí. Incluso cuando Starling Carlton me secuestró por su cuenta, Thomas salió en mi busca, cruzándose todo el país desde Tennessee hasta Wyoming. Avanzábamos unas cuarenta millas al día, y puede que él fuera algo más despacio y además partió más tarde que nosotros. No dio conmigo hasta llegar a Wyoming. Me preguntaba lo que habría sufrido, viajando hasta tan lejos sin saber si me encontraría alguna vez. Su corazón se desbocaba diez veces al día ante la idea de fracasar en el intento. Mientras John Cole esperaba en la granja de Lige, tal vez pensando que Thomas lo defraudaría, y Thomas pensando eso mismo; y el veneno de serpiente de ese pensamiento emponzoñándole la sangre. Es mucho camino que recorrer sin cuestionar nunca tu amor. Esa fue la medida de Thomas McNulty. Pero no puedes cuidar de tus hijos para siempre. Amanece un buen día en que un hijo debe cuidarse solo. Yo sabía que me había llegado ese momento hacía ya algún tiempo. Sin duda alguna. En ese momento, todo lo que alcanzaba a ver era el gesto de tortura en la cara de Thomas y la marcha forzada del vaivén de John Cole. Era un espectáculo horrible para mí. Pero ellos sabían que estaba en un serio aprieto. Lo sabían. El coronel Purton también se lo había dicho; les contó que el sheriff Parkman tenía la firme convicción de que yo había matado a Jas. Eso les dijo, una y otra vez, a cada uno de ellos mientras los interrogaba. «Puede que yo no lo crea así, pero es lo que él piensa», dijo el coronel, una y otra vez. Él, que posiblemente le había dado una paliza a Tennyson solo para hacerse con un papel firmado para ir en

busca de Zach Petrie. Era más que probable. Lástima que Tennyson nunca pestañeara al verlo para poder contarlo. Supongo que el coronel Purton tuvo suerte con eso, o al menos es lo que parecía.

Había llegado el gran momento, ese momento en que yo arreglaría las cosas por mí misma. Pero ahora estaba Peg, mi guapa, ágil y perfecta Peg, todas esas cualidades entraban en la ecuación. Observé el susto y el miedo de aquellos a quienes amaba y veneraba, y el corazón se me encogió en el pecho. Miré a mi Peg, dulce y dura en un mismo aliento, y me pregunté por la locura de Dios que quería que me sucedieran estas cosas, cuando habría sido más fácil ignorarme, pasar de largo hasta la siguiente chica, incluso renunciar a mí y asignarme al final al infierno de un hombre blanco. Casi me alegraría de ir allí si, al hacerlo, Thomas y John vieran aplacados su dolor y a Peg no se le partiera el corazón. Pero algunas cosas solo tienen posibles desenlaces que se cuentan con los dedos de una mano y ninguno de ellos es bueno. Eso es lo que yo sentía. El profundo miedo del bisonte cuando está siendo alcanzado, con el cazador tan cerca como un pensamiento, y el cañón de un fusil a punto de soltar un disparo mortal. Ese extraño instante antes de la muerte en que todo bascula. Los ojos que sobresalen llenos de terror e ira. Así me sentía yo en ese momento. Tal vez el bisonte vivía su mejor instante entonces, un instante de nítida clarividencia, cuando se le hacía evidente todo lo que amaba, la pradera, los altramuces, las hierbas ásperas, el largo suspiro del invierno y la repentina recompensa de la primavera. Se hacía claro justo en el segundo antes de perderlo.

—Vosotras sois las personas a las que más caso hago en este mundo —dije después de una pausa—, pero ahora os pido que os sentéis a esa mesa e intentaré explicaros lo que voy a hacer.

21

El momento más extraño de esa noche fue la gran tormenta que estalló de la nada y anegó nuestra granja. Grandes lagos de agua, colgados en el aire, se soltaron de pronto sobre la tierra reseca. Largos rodillos de viento arreciaron contra el bosque, que aullaba en una agónica queja. Resultaba aterrador por sí solo pensar que fuera a aplastar el maíz, y reinaba cierta sensación de alivio por el hecho de que el tabaco ya estaba para entonces casi todo a salvo, pesada hoja tras pesada hoja. La mayor parte estaba atada a los palos grandes en el granero. Ese granero estaba mejor calafateado que la cabaña, y dado que el coronel Purton se había marchado y la tierra había decidido empaparse a gusto, absorbiendo hasta la última mota de polvo que sus caballos habían levantado, la lluvia encontró el más mínimo hueco y resquicio en el tejado, donde las tejas se habían encogido bajo el sol del verano. Entonces el salón se llenó de goteras, con el agua cayendo sobre las cabezas de Thomas y John Cole, sobre las botas polvorientas de Lige y sobre el pastel de carne de venado de Rosalee, que había dejado sobre la mesa. Estaba haciendo un valiente esfuerzo por mantener todas las cosas como de costumbre. Una mujer tan devastada por presagios y presentimientos encontraba extremadamente grave vivir esos momentos de absoluto desastre. Pensé que ya había tenido suficiente últimamente, lo cual era muy cierto. Nadie dijo nada sobre el diluvio, ni una palabra.

*

Cuando, años atrás, Thomas se entregó a la ley y fue conducido a Leavenworth para ser juzgado por deserción, lo hizo porque no quería tener más armas, forajidos o gentes de la ley cerca

de donde yo vivía. Por aquel entonces, yo aún era una niña. El primer mandamiento para Thomas y John Cole hasta ese momento había sido huir. Todos los días, desde su nacimiento, habían estado huyendo de los peligros y, cuando encontraban otros nuevos, hacían todo lo posible para quitárselos de encima y huir de nuevo. Pero después llegué yo a su cuidado, y la granja de Lige se consideró entonces un refugio, en una época en que había peligros por todas partes, por lo que daba igual adonde huyeras, así que era mejor mantenerse firme junto a unos corazones queridos y unos cuantos rifles. Además, correr es un juego de jóvenes. Aunque no era viejo en años realmente, sabía que el agotamiento de John Cole requería de los cuidados de Rosalee y Thomas; incluso Lige le había limpiado de sudor la frente alguna vez. Y había algo en Thomas que revelaba su edad, aunque no lo tuviera del todo escrito en la cara. Los hombres con comienzos duros pagan centavos por la deuda pendiente, que con el tiempo crece hasta los dólares. Aunque había sido considerado un hombre apuesto en su juventud, ahora su belleza era una belleza hipotecada. Las ratas de la edad lo miraban desde las sombras. Por lo tanto, no eran tiempos para echar a correr, algo que traería probablemente más problemas a su puerta.

Les indiqué con mi voz más severa que no hicieran nada por mi bien. Debían dejar que me las compusiera yo solita. Cuando Thomas levantó una mano para protestar, blandí mi espada de palabras más feroz. Peg se rio de mi vehemencia, pero a ella también le dije que se quedara donde estaba. Nada además de mi propio caso era más precario que el suyo. Ella era, en efecto, hija de un pueblo renegado.

*

Si pudieras hacer que la miel flotara en el aire, entonces sería Peg. Si pudieras tomar el meandro del río más salvaje y convertirlo en una persona, entonces sería Peg. Si pudieras rozar tus labios con una estrella titilante, entonces sería Peg. La forma larga, suave, dulce, feroz, bailarina, penetrante y besada de toda ella. Rebosante de dulzura en el centro y todas sus extremidades irradiando la luz de esa misma estrella, y su

rostro lo más parecido a una diosa, pero también el rostro de la persona más deseada en toda la historia del mundo. Así que cuando la deseaba y la contemplaba, me derretía contra su cuerpo y dejaba de ser siquiera realmente Winona durante todas las largas horas de la noche.

*

Sabía que era hora de hablar con el abogado Briscoe como no lo había hecho hasta entonces. En todas las historias, diría él, hay un buen hombre. La gracia del abogado Briscoe residía en que él era el buen hombre de su propia historia.

Mientras cabalgaba para verlo después de esa tormenta y la mitad de Tennessee aparecía esparcido por el embarrado camino, se habían formado en el suelo enormes surcos por el paso de las ruedas de carros y carretas, que se esforzaban por abrirse camino como de costumbre. Yo estaba deseando echar a correr, a pesar de mis propios pensamientos. Ya había amanecido, pero el mismísimo día parecía indolente y reacio a salir. Comencé a preguntarme cómo sería hacer ese antiguo viaje de nuevo hasta Wyoming para tratar de encontrar a lakotas como yo, que me acogerían de nuevo con los brazos abiertos, y tal vez a Peg también. Recordé el viaje que había emprendido con Starling Carlton y cómo espoleó a los caballos hasta que estuvieron casi muertos y, de hecho, cuando finalmente llegamos a Fort Laramie, su propio caballo llegó tan destrozado y echado a perder que le pegó un tiro. Ahora, si eras rico, había trenes que iban incluso de Paris a Saint Louis y luego cruzaban esas millas y millas de extraña majestuosidad hasta las altas praderas. Iríamos Peg y yo en los peores caballos de Lige, no podíamos esperar llevarnos a Pegaso y Bucéfalo. Tres semanas de viaje y animales por el camino a los que matar para comer y el año se sumergía más y más en sí mismo y pronto la nieve tal vez se amontonaría y comenzaría ese viento fuerte y asesino a través de las llanuras. Y la oscuridad de los cielos resplandecería con lunas hostiles mirando desde lo alto. Y quizá la gente lakota no se alegraría tanto de ver a una chickasaw, además una que solo hablaba inglés y no tenía la más remota idea del trabajo de un campamento. Puede que

les gustara su destreza con un fusil, podría ser. ¿Pero habría alguien allí que me conociera? No lo creía. Habían pasado muchos años y muchas batallas, y todo había sido arrancado de su antiguo lugar con toda el hambre, la indignación y el terror de aquella vida.

El último viento de la tormenta azotaba por el camino y unos tibios rayos de sol se filtraban entre la oscuridad menguante.

Es posible que el abogado Briscoe me estuviera medio esperando. Quizás a partir de un instinto formado por lo que sabía de mí y por su propia condición de abogado. Me invitó a que me sentara. Le pidió a Lana Jane Sugrue que nos trajera café. Nos llegaba el sonido al otro lado de las puertas del establo de Joe y Virg golpeando con hachas para intentar paliar los daños de la tormenta. El nuevo tejado ya estaba montado en la nueva casa. Un árbol viejo se había caído, pero por respeto a la obra había perdonado la casa. Daban un hachazo tras otro con un ritmo firme y fraternal. Lana Jane Sugrue volvió sonriendo con las tazas, que dejó en la mesa.

—Toma, querida —me dijo, y luego se marchó. Al salir por la enorme puerta del establo, parecía un ratón atravesando el revestimiento de una pared.

Dije que me alegraba mucho de que la casa estuviera casi terminada. Él me dio las gracias por el trabajo que había hecho para él. Dijo que había sido muy afortunado de tener una jefa de obras tan estupenda. Se lo agradecí a su vez. Esta pequeña conversación tiraba de un hilo para llegar a otra cosa.

—El coronel Purton dijo que estuvo hablando con usted —comencé.

—Vino a verme —asintió el abogado Briscoe.

—Entonces, sabrá que Jas Jonski ha muerto.

—Eso me dijo.

—Y que el sheriff Parkman piensa que he sido yo. —Esta vez, el abogado Briscoe no respondió a eso—. Señor Briscoe, ¿sería horrible para usted si me sentara aquí como una vieja conocida suya…?

—¿Una vieja conocida, Winona? ¿Pero cómo? Eres mi amiga.

—¿Su amiga?

—Eso espero.

Aquello me sorprendió mucho, el uso repentino de esa palabra.

—Me he sentido muy desdichada por las circunstancias —comencé, sonando en mis propios oídos como un ser lejano, alguien de una novela o en Inglaterra, pongamos por caso—. No le conté nada a nadie, salvo a Rosalee Bouguereau, hasta ahora. Pero tengo miedo de que Frank Parkman venga a arrestarme.

—Es posible que lo haga —asintió el abogado Briscoe. Dejó su taza de café, se levantó y se acercó a su famoso armario, que felizmente había sobrevivido al incendio, sacó su mejor whisky y se sirvió un vaso—. ¿Sabes? —continuó—, mis propios nervios han estado bastante alterados últimamente. Muy perturbados por las circunstancias, como dices. —Tomó un buen trago del líquido amarillo y brillante—. De modo que... —prosiguió—. Tu historia.

—Usted sabe que Jas Jonski fue una vez mi…, una vez iba a casarme con él.

—Puede que lo supiera, sí —respondió—. Sin duda.

—Y luego ya no quise casarme con él y entonces me escribió hace poco pidiendo mi mano de nuevo y John Cole dijo que, en la carta, había algo más de lo que Jas pretendía decir.

—¿Y qué era ese algo más?

—Una confesión.

—¿De qué?

Me quedé sentada allí deseando que mi madre acudiera a mi cuerpo, deseando que tomara el control de mi persona y me diera su famoso coraje. Pero todo lo que conseguí fue romper a llorar. No era un llanto de verdad, era como si las lágrimas me salieran de los ojos a la fuerza. El abogado Briscoe, en lugar de inclinarse hacia delante para consolarme, se echó hacia atrás. Funcionó igual de bien. Poco a poco los estúpidos ojos dejaron de bombear lágrimas. Poco a poco me fui tranquilizando. Y entonces algo distinto se apoderó de mí, una especie de control feroz. De repente me sentí tan libre como un hombre liberado, que podía decir lo que fuera en esa nueva libertad. «Mi madre —pensé—, mi madre.»

—En los días en que todavía era mi galán, me hizo daño —dije despacio, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Me pegó y me marcó la cara.

—Eso lo sabía, si recuerdas —respondió el abogado Briscoe —. Aquello fue una barbaridad. Eso conlleva una pena de dos años de trabajos forzados si se demuestra fehacientemente. Entonces aconsejé moderación. Quizá me equivocara. Puede que ahora piense que estaba en un error.

—En el centro de todo esto hubo algo mucho peor, o que me parece mucho peor, y eso es lo que me ha causado…

—Una gran desdicha —completó.

—Sí.

—Winona, si se trata de lo que creo que se trata, Blackstone nos dice que los sajones castigaron ese crimen con la muerte. Estos tiempos posteriores han sido más indulgentes. Toda la sección del libro de Blackstone conduce a una lectura muy curiosa. Algunos dirán que el *raptus mulierum* no puede ocurrir en el seno del matrimonio y comúnmente se cree que una persona prometida en matrimonio no puede sufrirlo, pero que tal circunstancia entra posiblemente dentro del ámbito del fraude, que se considera un delito menor, castigado también con trabajos forzados. Aunque nunca he visto que se llevara a cabo. Por otra parte, como persona sioux y técnicamente prisionera de guerra de las nuevas reservas en Wyoming y Montana, y como india en general, es posible que se te considere no sujeta al derecho civil, o incluso sin derechos. Por lo tanto, sería totalmente una cuestión de perspectiva, de opinión y de los precedentes judiciales comunes de un distrito el peso que se le otorgue a este crimen cometido contra ti. Muchos dirán que no puede ser considerado una violación. — Después, tomó otro trago de whisky. Se había entusiasmado extrañamente con esta reflexión compartida, como lo había oído hacer tan a menudo anteriormente con un cliente—. No obstante —continuó—, todo esto no sirve de nada, porque, la verdad sea dicha, creo que fue una violación. Creo que fue una violación muy grave y terrible, Winona, y conociéndote como te conozco, una agresión indescriptible contra tu excelente e inusual naturaleza. Y si lo hubiera sabido, podría haberlo matado yo mismo con la conciencia bien tranquila.

Tras lanzar ese apasionado discurso, se calló y comenzó a sollozar a su vez. Nunca había visto llorar al abogado Briscoe, ni siquiera cuando su casa ardió. Me quedé sentada frente a él, viendo cómo las lágrimas le caían por la cara enrojecida.

Después, hizo un esfuerzo colosal, como una persona que quisiera cerrar la puerta de un granero con un fuerte viento soplando en contra, y se alisó el cabello blanco con una mano.

—Bueno… —dijo.

Yo apenas podía hablar, pero había más que decir, así que intenté decirlo.

—En otra ocasión, contaron a Frank Parkman que yo tenía un cuchillo. —Se lo había contado yo misma—. Y puesto que fue un cuchillo el arma utilizada contra Jas Jonski, y Frank Parkman era buen amigo suyo, pues creo que esa es la razón por la que cree que soy culpable. —Esperaba que preguntara: «¿Y lo eres?». Pero no lo hizo—. Aunque todavía no me lo ha dicho en persona y solo se lo ha dicho al coronel Purton. Pero sé que el coronel Purton es su amigo, señor Briscoe, y un hombre al que le sirve su mejor whisky cuando viene a verlo, pero es un hombre en quien no confío tanto como me gustaría.

—Ningún hombre es digno de toda la confianza —respondió el abogado Briscoe, con su mejor voz sabia—. Ningún hombre, por desgracia. —Y me pareció como si su cara retrocediera a otros tiempos por un momento. Enseguida desterró ese pensamiento y volvió—. Si el sheriff Parkman presenta una acusación —dijo—, y te detiene y te encarcela, y se te lleva a juicio y se te juzga, pues te defenderé con cada átomo de mi ser. Cada átomo. —Se levantó de nuevo, rellenó su vaso con su mejor whisky y añadió, hablando con el armario más que conmigo—: Desde luego que lo haré. Desde luego que lo haré.

*

El árbol caído había sido despejado y los obreros habían llegado hacía ya mucho tiempo desde entonces; la nueva casa parecía un gran eco de golpes y porrazos, y de hombres llamándose unos a otros. Solo porque había trabajo que hacer, puse en orden los salarios de la semana, clavé las instrucciones más urgentes en la pared y envié en todas las direcciones a los tres muchachos que teníamos para recoger después de las obras a recuperar los artículos que se habían retrasado o perdido. Un trabajo como ese aleja casi todos los demás pensamientos y sentí el extraño y habitual consuelo de los

números, a pesar de todo.

Le rogué al abogado Briscoe que me permitiera no irme a casa esa noche. Se comprometió a averiguar lo que pudiera en Paris y allá que se fue. Al anochecer, aún no había vuelto. Lana Jane Sugrue era una de esas personas chapadas a la antigua, que se levantan al alba y se acuestan al caer la noche por falta de una vela o una lámpara. Ahora no le faltaban velas o lámparas, pero la costumbre se había quedado. Estuvo dispuesta a compartir un rincón de su propio lecho. La verdad es que ella no ocupaba mucho espacio de todos modos, pues solo medía unos pocos pies debajo de las mantas, como un niño. Yo me sentía tan vacía como una caña después de mi larga conversación con el abogado Briscoe. Estaba muy contenta de acostarme a su lado y sumirme en el sueño.

A la mañana siguiente, el abogado Briscoe dijo que, por lo visto, el sheriff Parkman se había ido a Nashville por un asunto, aunque no sabía de qué asunto se trataba. La madre de Jas Jonski ya había enterrado a su hijo. El abogado Briscoe había hablado con el ayudante del sheriff, Wynkle King, y este le había contado que se me había visto en el pueblo aquella noche, «esa muchachita india», así me llamó, «por la que bebía los vientos ese pobre de Jas». Al parecer, era la comidilla del pueblo. También, por lo visto, el sheriff Parkman había probado su teoría de los cuchillos con quien quisiera debatir el asunto.

—El Pony Express de los chismes galopa de nuevo —dijo el abogado Briscoe—. Pues eso ni es la ley ni es una prueba. Te han empaquetado pero a base de bien y dentro de nada te despacharán a la perdición, por lo que a ellos respecta. Ya veremos, dijo la rata ciega.

22

Tenía por delante unos días para que mi alma se hundiera en cualquier abismo donde se hunden las almas cuando están asustadas. Incluso mis sueños estaban envenenados con acontecimientos malignos. La tormenta se dirigió al oeste hacia Arkansas, se alejó recorriendo viejas y nuevas rutas hasta alcanzar quizá mi tierra perdida y las sombras de mi madre y mi hermana. Me moría por tener un pensamiento feliz. El aire envalentonado y unos hilos de extraño oro parecían soplar a través de la luz del sol. En mi estado de miedo y pavor, ese amplio y alto cielo de falso oro, que se extendía detrás de la nueva casa del abogado Briscoe, parecía cargado de una profecía errónea. Anhelaba a Thomas y John Cole, anhelaba a Peg, a Rosalee. Anhelaba toda la sagrada estupidez de la vida corriente. Tenía la misma sensación que puede tener una cierva en el instante en que descubre al cazador apuntándole con el fusil, una sensación que duraba interminables tramos de horas y días. Estaba lista para salir huyendo como cualquier criatura, pero no sabía adónde podía escapar.

Las ideas nobles no suponían ningún bálsamo. Llega el momento en que eres solo lo que eres, sin florituras. Sientes que has de ser tú misma. Tenía diecisiete o dieciocho años y un montón de ideas sobre mí misma, y con qué facilidad y rapidez todo eso se había ido al garete. Pensé en el whisky que había bebido, pensé en las cosas que no podía ver, en los acontecimientos que permanecían en las sombras. Dando tumbos en la tortuosa oscuridad. A veces, alcanzaba a ver un atisbo de rostros, a veces una antorcha perdida que arrojaba un poco de luz sobre extremidades y ropas, una habitación o una calle, y luego la oscuridad se cerraba de nuevo. La más absoluta oscuridad. Pero qué desdichada, qué desolada, qué sola estaba yo con mis pensamientos. En medio de todo ello se hallaba la dolorosa idea de que yo había sido la causa de todo

lo que me había pasado. Thomas y John Cole me habían levantado muy alto, pero ahora había descendido hasta lo que realmente era. Y lo que yo era de verdad no parecía tener ni un bocado de palabras para revelarme su naturaleza. Una cosa harapienta de un pueblo indeseado. Permanecía sentada, sola, en casa del abogado Briscoe preguntándome si simplemente desaparecería si me encogiera hasta no ser nada. Una cosa tan liviana e inútil que la más leve de las brisas arrastraría, esa sustancia extraña y ligera que envuelve a una nueva hoja, de modo que se arremolina y cae por las grietas del mundo.

*

Entonces llegó Peg.

Estábamos las dos solas en los aposentos temporales de Lana Jane Sugrue. Aunque solo era un remiendo provisional, lo había arreglado lo mejor que podía. Era solo una esquina en una esquina del establo. Sus hermanos habían colgado unos viejos paños de lino para que ella se hiciera allí una habitación, por lo que tenía un ambiente que recordaba al de un tipi. A pesar de que Peg parecía agobiada por algo, sonrió cuando lo vio. Aplaudió como una niña y se rio. La alegría de estar con ella me perforó como una flecha. Como cuchillos. Era una felicidad dolorosa, porque, en lo más hondo de mi mente, algo me decía que las piernas se me estaban hundiendo en una ciénaga y nunca más podría liberarme.

—Hace dos noches, era verdad lo que dije —comenzó Peg —. Dormías el sueño de los inocentes y, cuando tal vez faltaban dos horas para la medianoche, yo no podía dormir, así que me levanté, fui a los establos y me llevé una mula; y, con el mayor de los sigilos, me fui a Paris para castigar a ese muchacho.

—¿Jas Jonski?

—No hay otra manera de decir esto, salvo que, si no lo cuento ahora, no podré dormir nunca más, ni podré respirar apenas siquiera —dijo—. Fui a Paris para castigar a ese muchacho. Podía ver el sufrimiento en ti. Fue la ira la que me llevó a hacerlo. Un deseo, que no debe resistirse, de obtener justicia por esa muchacha a la que quiero, justicia para

Winona.

—Yo soy Winona, aquí delante de ti.

—Lo sé —respondió.

Después, cogió aire.

—Así que llego a ese pueblo de mala muerte, avanzo sin hacer ruido por los caminos, pero sé, porque tú me lo dijiste, que él vivía detrás de la tienda del señor Hicks, así que pregunto a un par de necios dónde podría quedar eso y, entonces, me encuentro delante en plena oscuridad. Veo la lucecita de su ventana y me cuelo por el pequeño jardín de rosas que parece tener el señor Hicks, y me pincho con las espinas mientras avanzo, hasta que miro por la ventana. Ni siquiera voy armada, ni siquiera tengo mi cuchillo, así que de pronto me pongo a pensar en lo tonta que soy con nada con lo que luchar y estoy a punto de darme la vuelta y regresar a la mula, que, por supuesto, había atado al final del bosque. Cuando estoy a punto de volver sobre mis pasos, regresar a la granja de Lige, meterme de nuevo en nuestra cama y acurrucarme junto a tu espalda como solo lo hacen los ángeles y sentir tu dulce y cálido cuerpo junto al mío, ¿qué es lo que veo? Veo un cuerpo ni cálido ni dulce, sino el de Jas Jonski despanzurrado en su propia, fría y húmeda cama, y, ¡que me aspen!, con sangre por todas partes. Y al ver esta espeluznante escena, iluminada por una vela que titilaba y jadeaba en su mesa, pensé, alguien ha llevado a cabo el trabajo, alguien ha hecho lo que había que hacer. Entonces me escabullí, volví sobre mis pasos procurando que nadie me viera y me alegré de que ese muchacho estuviera muerto. Y volví a casa contigo. No te habías movido ni un pelo, y ni siquiera cuando me deslicé detrás de ti te rebulliste, solo dejaste escapar un pequeño gruñido. Y esa es mi historia tal cual y es la prueba de que nunca mataste a nadie; es la pura verdad y se puede contar a todo el mundo.

—Peg, mi Peg, es una historia que no se puede contar a nadie, a nadie. Cuenta esa historia y entonces solo tú ocuparás mi sitio y la horca del verdugo será la misma, y para mí sería lo mismo, pues perderte a ti sería perderme a mí. Peg, nunca le digas a nadie lo que me acabas de contar. Nunca.

—Te escuché cuando le leías la carta a John Cole y escuché lo que dijo, por lo que pensé que, puesto que no valemos nada

en este mundo, era mejor que yo fuera juez y parte y que hiciera lo correcto, que es lo que se hace por amor.

—Peg, ¿crees que hemos hablado lo suficiente sobre eso? Lo que quiero decir es si ¿crees que nos dijimos todo lo bastante claro? A veces decimos amar y a veces decimos querer, y estamos juntas como si las dos lo hubiéramos elegido sin mediar palabra, y si yo soy la mitad de mí, tú eres mi otra mitad. ¿Sabes lo que significa para mí que te marcharas en la oscuridad más profunda de la noche para intentar hacerme justicia? ¿Sabes cómo ese acto tuyo me cura y me calienta el corazón y me hace sentir más valiente que esa osa que intentó matarnos en el bosque? Cuando te miro ahora, ¿sabes cómo el corazón se hincha con algo, con orgullo o algo así, o un sentimiento tan grande que no le alcanzan ni las montañas?

—Supongo que nos hemos encontrado la una a la otra —susurró, con su cara a un centímetro de la mía—. Supongo que sí. Y ni siquiera nos estábamos buscando cuando nos encontramos. ¿No es eso extraño?

*

Peg se vio obligada a volver a la granja de Lige porque pensamos que no podíamos convertir la casa del abogado Briscoe en un hotel. Le di mi pistola de *señorita*[9] y mi cuchillo, porque algo dentro de mí me decía que era mejor que yo anduviera desarmada. Una nueva fuerza ardía ahora en mi interior. Veía todo con más claridad, me sentía más equilibrada, como Thomas McNulty cuando bailaba y daba vueltas en aquellos días remotos bajo los focos de Grand Rapids.

Pero me preguntaba, ¿podría seguir viviendo en el aro del tiempo de mi madre? ¿Tendría que pisar ahora la estricta línea recta del hombre blanco? Porque ya no quería que nada volviera a darse la vuelta. En tiempos anteriores, bajo la protección de mi madre, lo deseaba porque vivía con un vestido de plumas, abalorios y felicidad. Pero ¿qué podía hacer con un traje negro de tristeza?

*

Entonces, por supuesto, porque no podía ser de otra manera, Frank Parkman, el sheriff Parkman, se presentó en la casa del abogado Briscoe. Acudió solo, sin sus ayudantes; estaba tan seguro del legítimo terreno que pisaba que consideró que no los necesitaba. Enseñó un documento al abogado Briscoe, que lo leyó detenidamente y se lo devolvió. Todo eso pasó en el nuevo espacio abierto frente a la casa, mientras los obreros que estaban allí ese día miraban desde el tejado, donde estaban colocando las chimeneas. Eran unas bonitas chimeneas nuevas, hechas en Nueva Inglaterra, que habían tardado dos semanas en llegar a Tennessee. El abogado Briscoe esperaba que se alzaran allí con orgullo y para siempre. No habría más depredaciones contra cosas tan inocentes como las chimeneas. Mientras tanto, estaba este trozo de papel con esto y lo otro en él, además de mi nombre.

El abogado Briscoe dijo que seguramente yo tendría que acompañar al sheriff Parkman. Bueno, no tenía un caballo o una mula, así que indicó a Virg Sugrue que me llevara en la calesa. De todos modos, cumpliendo con las obligaciones de su oficio, el abogado Briscoe no tenía la intención de dejarme ir sola, aunque el sheriff Parkman se afanó enérgicamente en su parlamento para procurar que fuera eso precisamente lo que sucediera.

—Hay tiempo de sobra para poder respetar sus derechos —insistió—. No le hace falta un abogado ahora mismo. Solo quiero interrogarla preventivamente. No la estoy deteniendo si ella accede a venir. Ahora bien, si no viene, entonces tendremos que ponerle los grilletes y llevárnosla, aunque me insulte a gritos.

El sheriff Parkman era tan aficionado a su tabaco como siempre. Había sacado su pequeña pipa de arcilla, la había rellenado de picadura y encendido con un fósforo titilante. Pensé que había otra cosa extraña en él y era esa manera suya de reírse de todo: se reía con un inquietante punto de locura. Quizá esperaba que me asustara y me doblegara, pero no hice ni una cosa ni la otra. Peg me había traído ropa interior limpia a instancias de Rosalee y estaba agradecida por esas prendas almidonadas. Me había traído un vestido limpio, que resultó ser el famoso vestido amarillo, un vestido del que Peg siempre podía prescindir, ya que no le tenía mucho aprecio. Acepté el

vestido amarillo con una risita irónica. Entonces tenía el abrigo del ejército, como el viejo abrigo de Thomas McNulty, y dos chaquetas que Rosalee había cosido con la misma tela blanca con la que me había hecho los pantalones y las camisas. Me habría encantado vestir mi pantalón y mi camisa y ¿por qué no los llevaba puestos?

—Tienes que ser una muchacha mientras dure esto —dijo—. Lo ha dicho Lige Magan. ¿Has visto alguna vez a Lige cuando estalla? Thomas McNulty dijo por qué demonios tenías que hacer eso, pero Lige Magan dijo que era así y punto, así que traje el maldito vestido. No paraban de discutir. John Cole iba de un lado a otro diciendo que era preferible la muerte. Rosalee lloraba, pidiendo justicia divina. Eran como barcos desanclados en una tempestad que iban a romperse en mil pedazos en los rápidos.

Entonces la acaricié lo mejor que pude y se marchó.

Estaba pertrechada tal y como he descrito y no sé qué dioses o si fue el mismo Dios quien me había dado la gracia de aquel momento, pero no sentí miedo.

---

[9] En español en el original. *(N. de la T.)*

23

El abogado Briscoe me abrazó en la oficina del sheriff. Nunca me había abrazado antes y se acabó en menos de lo que tarda un pájaro en bajar el ala. Tuve tiempo de notar que le había desaparecido la panza y que la construcción de la casa había despojado al pobre hombre de su grasa, como el invierno reduce a la nada la grasa del oso. El sheriff Parkman no estaba dispuesto a permitirle ni un minuto más y el abogado Briscoe se vio obligado a despedirse de mí.

—Mándeme al muchacho en cuanto se me necesite —dijo al sheriff—. No falle.

—Señor Briscoe —respondió Frank Parkman de modo inexpresivo.

Me di cuenta de que no utilizaba sus maneras jocosas con el abogado Briscoe.

A continuación, me metieron rápidamente en la celda de la cárcel. El joven Wynkle King estaba allí con un cubo y una fregona, limpiando después de que alguien hubiera vomitado. Por lo demás, no se veían más señales de vida. Estaba fregando el suelo con su arma todavía tristemente en su funda.

—Entonces, ¿la has detenido? —preguntó.

No me dijo nada a mí.

—Pues supongo que sí —respondió Frank Parkman.

Me pidió que me sentara en el banco y, después, Wynkle King se marchó golpeando el cubo y el sheriff Parkman volvió al pasillo para buscar un taburete, luego se acomodó cerca de mí y comenzó a juguetear con su pipa infernal. Él también iba armado y, por un momento, pensé en quitarle la pistola y dispararle rápidamente. Pero ¿qué sentido tendría hacer eso? Él estaría muerto y yo sería una asesina.

—Vamos a procurar que comparezcas lo antes posible, ya verás. No tiene sentido retrasarlo más. Supongo que te colgarán y listo. El juez Littlefair juzgará el caso la semana que

viene, eso te va muy bien. Este no es un sitio para no esperar nada. Desde luego que no.

*

No hay nieve en las praderas de Paris en ninguna época del año, pero hacía un frío del demonio en aquel húmedo cuchitril. Dos veces oí la voz de Thomas McNulty gritando en la oficina: y en ambas ocasiones le siguió una fuerte risotada. Supongo que el sheriff Parkman no quería que yo viera a nadie salvo al abogado Briscoe. Rosalee Bouguereau me mandó unos manjares y, por alguna razón, el sheriff Parkman accedió a que los recibiera. El principal de todos ellos era su estofado de conejo. Si no hubiera sido por ella, no sé quién me habría dado de comer. Fregar los suelos tal vez era la única habilidad doméstica de Wynkle King, y el sheriff Parkman pensaba que los huevos nacían en la sartén.

El abogado Briscoe estaba ocupado preparando sus argumentos de la defensa y buscando testigos. Si dijera que cada día todo este asunto me resultaba más y más sombrío, estaría faltando a la promesa que me había hecho a mí misma de ser optimista y apostar por un feliz desenlace. Me preguntaba una y otra vez por el juez Littlefair. Indudablemente yo le había robado el fusil de Tennyson en sus propias narices, pero, por otro lado, tenía a Peg como aliada. ¿Iba a colgar a la amiga de Peg? No lo sabía.

El día del juicio llegó con unos pies helados y veloces. Por fin me condujeron al juzgado, por delante del cual Jas Jonski y yo habíamos paseado tantas veces, despreocupados. El sheriff Parkman me hizo el regalo de tenerme encadenada. La gente del pueblo parecía tan contenta de reunirse a contemplar el espectáculo.

En la sala del tribunal todo era ruido, con un bullicioso vaivén de gente e incluso un cierto alboroto. Me llevaron como un alma en pena desde la celda subterránea. Vi todo un despliegue de rostros y ojos brillantes mirándome. Luego, entró el juez por una puerta desde la parte de atrás: Aurelius Littlefair con su traje negro de funeral, la barba erizada como ese jabalí que había comido en forma de pastel. La sala estaba

fría y sudorosa a la vez, la gente iba arrebujada en gruesos abrigos. Yo solo llevaba el vestido amarillo, pero, no sé por qué, no tenía frío. El ambiente de ansiosos rostros y expectante parloteo me recordó a los días lejanos de Grand Rapids, cuando era niña y miraba al público de pie a un lado del escenario, aguzando el oído hacia el extraño rugido que sonaba como el mar, como si fuera una gigantesca caracola pegada a mi oreja.

Sabía que Jas Jonski había sido alguien muy querido y apenas nadie me conocía en el pueblo, salvo aquellos que ahora parecían ser mis enemigos. Cuando apareció el jurado, me miró casi con vergüenza, pero por supuesto yo no tenía vergüenza alguna, y me echaban miraditas de soslayo como suelen hacer los posibles amantes. Aunque me parecía poco probable que hubiera mucho amor ahí, pensaba yo. Estaba luchando en mis pensamientos para no ser lo que ellos pensaban que veían, una india escuálida con un vestido andrajoso.

Mis adorados Thomas McNulty y John Cole se sentaron en los asientos más cercanos, así como Lige y Rosalee. Thomas no escatimó en saludos con la mano. Pude ver que John Cole, todavía delgado como un preso, se reprimía de abalanzarse hacia mí. Había seis milicianos alineados a lo largo de la pared izquierda, y los alguaciles del tribunal estaban armados con pistolas y rifles, con un aspecto temible, como si estuvieran a punto de entrar en una violenta batalla. Sabía que el pobre Thomas tenía un pavor espantoso a acercarse a un lugar como este, llevando consigo para siempre, tras su propio encarcelamiento, el alma curtida del convicto. Rosalee había restregado a los tres hombres hasta descarnarlos, y se habían afeitado todos menos Lige, a quien imaginaba en mi cabeza rogando clemencia por su bigote. Thomas McNulty parecía más joven, y su antigua y perdida belleza de juventud aparecía redimida por el afeitado de Rosalee, y, en la penumbra del tribunal, sus mejillas resplandecían como la luna y su canosa cabellera estaba recortada, peinada hacia atrás y oscurecida con pomada. John Cole, con su afilada cara india, permanecía callado y tranquilo, una tapadera para los rápidos que corrían por su mente, de eso no tenía la menor duda.

El jurado era una mezcla de hombres rudos y acomodados:

hombres mayores con abrigos viejos y hombres jóvenes pregonando las modas de Knoxville, Memphis y Nashville. Pantalones de la caballería sin la raya amarilla. Fieros cortes de pelo del barbero alemán de la plaza.

El secretario del juez Littlefair llamó al orden e intentó apagar el fuego del parloteo. Enseguida se convirtió en una pira humeante. El abogado Briscoe estaba sentado a mi lado, y pensé que quizás Aurelius Littlefair fuera a ocultar el desprecio que sentía por él, pero no lo hizo, a juzgar por la primera mirada feroz que lanzó a este hombre que detestaba. Que había firmado ese certificado de defunción para el coronel Purton y probablemente otros crímenes contra la antigua Confederación.

Aurelius Littlefair se dirigió al jurado, como si fueran los apreciados beneficiarios de sus pensamientos. Los miembros del jurado lo miraron con respeto y entusiasmo, deseosos de entender lo que les decía. El juez Littlefair le preguntó al abogado Briscoe cómo me declaraba del cargo de asesinato en primer grado, y el abogado Briscoe respondió que no culpable. La sala estalló con sofocadas reacciones y el secretario blandió su látigo invisible para acallarlas. Se leyó el proemio legal del delito y se aclaró su naturaleza; se explicó al jurado las posibles sentencias y decisiones, así como sus responsabilidades. Entonces el fiscal, un hombre alto y encorvado, con un alfiler de corbata de oro y zapatos de charol, y con una cara dulce y agradable, inició su discurso. Nos explicó lo que pretendía probar y a quién llamaría a declarar, y que no le cabía la menor duda de que teníamos a la culpable aquí delante en la sala. Lamento haber mirado la cara de Thomas en ese momento, porque era una cara colorada de sufrimiento.

Cuando el abogado Briscoe habló, me pareció que sus palabras se arrastraban por el suelo y llegaban al jurado agotadas y pálidas, pero esa podría haber sido mi absurda percepción. Habló bien de mí y negó la acusación, y dijo que llamaría a varios testigos que apoyarían sus tesis y que así sería, sin duda, y que el jurado entendería que de ninguna manera yo podía haber cometido ese crimen y que, por ende, la culpa debía recaer sobre alguna persona desconocida en la actualidad. Nunca había visto al abogado Briscoe «en acción».

Era un fantástico actor. El señor Noone de Grand Rapids habría estado encantado con él. Con sus frases rotundas y su mirada grave. Pensé que su vientre plano le sentaba bien, aunque seguía llevando un chaleco de terciopelo negro, dado de sí para acomodar la panza, que colgaba como un pellejo.

Pero aun así, todo podría ir bien, no lo sabía. Yo solo era una muchacha en territorio enemigo, así era como me sentía. Cuando el apuesto fiscal habló en mi contra, sonó tan seguro de sí mismo que hasta yo misma me encogí de miedo en mi asiento, como si de verdad fuera una persona que tuviera en el alma un pecado tan repugnante como un gorgojo. John Cole fue llamado a declarar a mi favor y dijo cosas muy bonitas. Podría haber expresado todo lo que necesitaba decir con una sola mirada suya; en cambio, sabía que tenía que alargar sus sucintos pensamientos habituales. Se explayó cuando se le preguntó por mi corta historia y mi persona, y explicó cómo tenía la esperanza de poder enviarme algún día a la Universidad de Dartmouth, donde «era poco frecuente que un indio pudiera aprender», tal y como dijo.

Después, llamaron a Peg. Debía de haber estado esperando en el pasillo. Llevaba un mandil atroz que le gustaba, a saber por qué. Los alguaciles abrieron con un chirrido las grandes puertas y ella entró, pequeña y con aire asustado. Me conmovió verla, no solo porque temía por ella, sino también porque era difícil para mí mirarla en cualquier momento sin estremecerme. De todos modos, yo observaba la cara de Aurelius Littlefair para ver cómo iba a responder. Mostró el atisbo de una mueca, pero, por lo demás, permaneció distante y adusto respecto a nuestros encuentros.

El abogado Briscoe le formuló sus preguntas a Peg y ella habló con su voz más sencilla y extrañamente alegre. Relató su versión de los hechos, que había visto cómo me quedaba dormida justo después del anochecer y que no me había vuelto a despertar hasta la mañana siguiente. El fiscal le señaló que no podía saberlo, puesto que ella misma estaba durmiendo. ¿A qué distancia estaba del pueblo? ¿Podría una persona sacar una mula tranquilamente del establo? ¿Había perros que ladrarían en la granja de Lige Magan? ¿No eras una amiga muy querida y cercana de la acusada y por ello obligada a hablar bien de ella? ¿No era una india como yo y acaso no eran

famosos los indios por su doblez? ¿Acaso la Declaración de Independencia no se refería expresamente a su gente como «los despiadados indios salvajes, cuya conocida regla de guerra es una destrucción indiscriminada de todas las edades, sexos y condiciones»? Peg dijo que no lo sabía, que eso no lo había oído. Sin embargo, el jurado pareció profundamente impresionado por su salvajismo y, como no conocían a ningún indio en el condado de Henry, probablemente se alegraban de nuevo de que los chickasaws hubieran sido eliminados años atrás. Entonces también apartaron a Peg, después de que respondiera a todas las preguntas con una especie de dulce recato.

Luego llegó el turno de los dos muchachos que aseguraron que «habían visto a una muchacha india». Dijeron que hablaron con ella y respondieron a su pregunta sobre dónde tenía su tienda el señor Hicks. Y cuando el fiscal preguntó si la muchacha india estaba en la sala, respondieron que sí y me señalaron.

Entonces el sheriff Parkman presentó la prueba principal. Mencionó el hecho de que sabía que yo llevaba un cuchillo en mi bota, que yo albergaba un gran rencor contra su amigo el señor Jonski, que me había negado a casarme con él, que había tratado de humillar al señor Jonski a los ojos del mundo con chismes y mentiras, y que era tal mi odio que para el sheriff no fue ninguna sorpresa que yo hubiera matado a Jas Jonski. El juez le preguntó si me había visto esa noche cerca o alrededor del cuerpo, pero el sheriff Parkman no era un mentiroso tan descarado como para decir que sí. Aunque dijo que no conocía a nadie que quisiera ver muerto a Jas Jonski más que yo y que, en todos los tratos que había tenido conmigo, pudo comprobar que yo tenía muy malas pulgas, que era una salvaje y nada de fiar.

Durante todo este testimonio, tuve que mantener la mirada alejada de Thomas, John, Lige y Rosalee, quienes sin excepción, incluida Rosalee tal vez, podían estar sopesando atentar contra la vida de todos los allí presentes y salir con un rápido galope hasta México.

Todo esto llevó tan solo dos horas del juicio. Los secretarios del tribunal estaban muy atareados escribiéndolo todo. Pensé en los documentos que tal vez se habrían redactado y guardado

en los archivos del abogado Briscoe, para buscar a otro ayudante, que le preguntaría, oiga, ¿quién era Winona Cole?, ¿qué fue de ella? Y el abogado Briscoe se acercaría al armario para servirse un whisky…

El fiscal hizo un breve parlamento, muy satisfecho, según dijo, por mi simple e irrefutable culpabilidad. El abogado Briscoe probó algunas citas en latín, estaba convencido de mi inocencia y aseguró que el jurado también lo estaría.

Se equivocó en esta ocasión. El jurado fue invitado a salir un momento, pero volvió tan rápido que pillaron desprevenidos a los miembros del público que habían salido para estirar las piernas.

Aurelius Littlefair me miró con desdén, como para decir: «Te está bien empleado por llevarte ese rifle Spencer. Te está bien empleado por llevarte a Peg». Solo por un instante, antes de que el presidente del jurado hablara, albergué una pequeña y loca esperanza de que fuera a decir algo bueno.

—¿Cómo la declaran? —preguntó Aurelius Littlefair.

—Culpable —respondió el hombre, sorprendido de su propia importancia.

El juez escuchó la decisión del jurado con calma y sentenció que debía ser ahorcada tan pronto como le fuera posible al verdugo del condado; a saber, la semana siguiente.

No me estremecí ni me puse a temblar. No oí nada y lo oí todo a la vez. De pronto, me pregunté cómo sería sentir la soga alrededor del cuello. Pensé que una cosita tan endeble como mi cuello se rompería rápidamente. Pensé en el soldado que mató a hachazos a mi madre. Fue algo admirable lo que nos sucedió en América. Fuimos los seres perdidos de la Isla Tortuga. La muerte era nuestra puerta al paraíso, sin duda. Si mi hermana se había visto obligada a irse antes que yo, yo también podría irme. Aun así, sabía que estaba llorando en silencio. Oí los sollozos de Thomas McNulty y mantuve las manos en el regazo sobre vestido amarillo.

Muchas personas del público presente jaleaban, entre gritos y risas. Con un rotundo gesto de «fastídiate, Briscoe», el juez se levantó de la silla y se esfumó a través de la pared como el fantasma de un cuento.

24

El sheriff Parkman estaba eufórico con el veredicto y, cuando me llevó de vuelta a los calabozos, sacó de nuevo el taburete del pasillo y se acomodó a mi lado como si fuéramos viejos amigos.

Parecía un actor que acabara de bajar del escenario. Bueno, hubo aplausos. Estaba radiante y emocionado. Pensándolo bien, aquello me resultaba un castigo mucho peor que la sentencia. Lo miré con otros ojos. Ahora era otra Winona, una nueva. Una persona condenada, una muchacha, un muchacho. Podía sentir el miedo intentando alcanzarme, intentando llegar hasta mí. Atrás, atrás, gritaba mentalmente, como la granjera que lleva a sus gallinas de vuelta con sus lanzas y escudos de grano. El miedo, el miedo. Intentaba darme un zarpazo con sus dedos venenosos, como Jas Jonski. Me dije que ninguno de los dos me tocaría ya nunca más. Quiero a mi Thomas, a mi John, a mi Lige, a mi Rosalee, a mi Tennyson y a mi inmaculada Peg.

—No recuerdas lo que pasó en la caballeriza, ¿verdad? —dijo Frank Parkman, babeando con entusiasmo—. Me sorprende que no te acuerdes —continuó, como si hubiéramos estado discutiendo esa cuestión un cierto tiempo y él siguiera dándole vueltas—. No sé si alguna vez tendré un amigo tan bueno como Jas Jonski. El chico no hacía daño a nadie, estaba lleno de las alegrías de la vida. Era un muchacho feliz, un hombre conforme a mi corazón.

—¿Te refieres —pregunté— a cuando hablé contigo y pensaste que era un muchacho y me preguntaste si podías besarme?

Debió de ser el mismísimo diablo quien me mandara hablar así. Sabía que él no era una de esas almas a gusto consigo misma y que conocería su propia mente y corazón. No. Bueno, fuera lo que fuera lo que me llevara a decir eso, mantuvo la cabeza gacha durante un largo minuto, mirando al suelo, sin

mostrar la menor reacción en el rostro, como si yo acabara de aguarle la fiesta del veredicto. Tenía la cara entre sombras porque la celda estaba en penumbra, pero aun así pude leer en su rostro como si fuera una serie de números complejos.

—Eres una alimaña, ¿verdad? —dijo—. «Unos salvajes despiadados», así os llaman en la vieja declaración. Por eso hicimos esa guerra. Para que todas las alimañas como tú fueran erradicadas del mundo como las ratas y los lobos que sois.

Después, se echó a reír para sí en silencio, como si saboreara de verdad sus propias palabras. Sopesándolo todo de nuevo, recobró rápidamente su sentido de la alegría por las cosas. Le llegué a comprender un poco, de un modo lejano. No era mucho más que un muchacho haciendo el trabajo de un hombre adulto. Un sheriff. La marcha del sheriff Flynn lo había llevado a cumplir su sueño. Los problemas que afligieron al sheriff Flynn solo habían sido una bendición para el ascenso de otro hombre, y todavía me asombraba cómo el sheriff Flynn había salido de mi historia sin más. Era como las aguas de un río cerrándose sobre una cabeza que se está ahogando: una vez hundida, adiós para siempre. Recordé la amabilidad y la voluntad de hacer el bien de ese sheriff que ya no estaba, cómo nos había sorprendido a todos con sus discursos sobre la justicia y los derechos. Un grupo desarrapado escuchándolo en una destartalada granja de tabaco de Tennessee. Si hay que matar a los indios, pensé, esto era lo mejor que se podía poner en nuestro lugar. Hombres como él, americanos. Pero no tanto como este muchacho. Todo sonrisa y corazón solitario. Después, frotó un fósforo en su yesquero con gesto varonil, y un globo amarillo de fuego y luz quedó suspendido por un instante en el aire húmedo antes de apagarse. En su lugar permaneció un halo suspendido de falsa luz y, después, las volutas de humo que manaban de él como de un motor. Soltó una nueva risotada, a pesar de que no había dicho nada ni yo tampoco.

—Bueno —dijo al fin—, no habrá ningún lugar en el mundo donde le vayas contando eso a la gente, porque te van a colgar, jovencita. Voy a contemplar cómo te ahorcan. A todo el pueblo le encanta un buen ahorcamiento. Aurelius Littlefair era el juez adecuado para ocuparse de ti. Te creías tan importante haciendo todos esos números para el abogado Briscoe. Él ahora

es un hombre del pasado. Mírate, muchacha, con tu pelo negro, tu sucio vestido amarillo, tu sucio abrigo y tu ropa. No sé lo que pensé que eras y no sé por qué quise besarte.

Entonces Wynkle King bajó, se consiguió un taburete y ahora parecía un «verdadero ayudante» de Frank Parkman, sentados juntitos el uno al lado del otro. Si hubiera podido cortarme las piernas para no estar tan cerca de ellos lo habría hecho. Deseaba llevar puestos mis pantalones y no ese vestido amarillo. Mis piernas estaban desnudas y podía sentir cómo se me erizaban los pelos y se alejaban de esos dos muchachos. Si él quería hablar de ratas, entonces eso era lo que me parecían. Pero eran ratas en la flor del poder.

—Esta es la muchacha que el pobre Jas Jonski quería —le dijo a Wynkle King—. ¿Te lo puedes creer? Y eso fue lo que lo mató. Bueno, bueno, ¿no te lo había dicho?

—Algo dijiste al respecto, sí —dijo Wynkle King, y se rio de su propio ingenio.

Sí, Wynkle King soltó una carcajada, era propenso a las risotadas, como el abogado Briscoe, pero con un efecto diferente.

—No se acuerda de lo que le pasó en mi vieja caballeriza, no, no se acuerda —dijo el sheriff Parkman.

—¿Qué pasó allí? —preguntó Wynkle King, con verdadero interés.

—No te acuerdas, ¿verdad? —me dijo de nuevo—. No me refiero a aquella vez que has mencionado antes, y te estaría muy agradecido si no dijeras nada sobre aquello.

Y se echó a reír. Wynkle King ya no lo seguía y yo no dije nada. Si Frank Parkman era propenso a amar a un hombre, yo no iba a juzgarle por ello. Tenía a Thomas y John Cole como prueba fehaciente.

Después, Frank Parkman se inclinó más cerca de mí, señalando a Wynkle King para que se acercara a su vez. Como si el mundo estuviera escuchando y él debiera mostrarse próximo y afable.

—¿No recuerdas aquella vez, en días pasados, cuando te sujeté por los hombros mientras Jas Jonski, bueno, se divertía contigo? Nos reímos mucho y nos lo pasamos en grande, y bebimos, y tú también bebiste, vaya que si bebiste, sí, señor. Y tú decías: «Ay, ay, Jas, no hagas eso». Pero todos sabíamos lo

que realmente querías decir.

Frank Parkman estalló en una sonora carcajada, tanto es así que Wynkle King pegó un respingo del susto en su taburete. Wynkle King no se rio. De hecho, se puso muy pálido hasta parecer enfermo de repente, como si enseguida fuera a añadir algo más a su tarea de limpieza.

Bueno, por fin había obtenido la respuesta a mi propio misterio. Aquí estaba, de primera mano. En ese momento no sentí vergüenza. Sentí una deflagración de estar en lo correcto, como una ecuación que se resolvía inesperadamente bien. Pensé: «¡Que me aspen!, pueden colgarme ahora, pero no van a colgar un alma culpable. Colgarán un alma libre». Sostenemos como evidentes en sí mismas estas verdades: que todos los hombres son creados iguales. La vida, la libertad. No creía que se pudiera hacer mucho para evitar la horca. No creí que el abogado Briscoe fuera a prosperar con la apelación que había prometido, no mientras Aurelius Littlefair nos despreciara desde su estrado. Había prendido fuego a la casa del abogado Briscoe y no iba a flaquear a la hora de colgar a la muchacha india. ¿Quién iba a decir que yo no había matado a Jas Jonski? Nadie ni nada, salvo ese joven sentado a mi lado que se reía, Frank Parkman. Yo podría haber matado a Jas Jonski. Si Frank Parkman se hubiera soltado la lengua antes, y yo hubiera sabido la verdad sobre mi propia experiencia en el mundo, en ese tono de burla o aunque no fuera en ese tono, podría haber considerado justo matar a Jas Jonski. Yo estaba de acuerdo con los sajones en eso, me refiero al abogado Briscoe. Pena de muerte. Pero no lo había sabido y había estado tanto tiempo en mi mundo de niebla, a la deriva en mis pensamientos con el ánimo mustio y sombrío, que al final había confundido la niebla con la luz del sol. Ahora la niebla se disipaba y quedaba al descubierto el verdadero y ancho país que había detrás, como el precioso Tennessee cuando llega la primavera y se suelta la melena, abre los brazos y se estira. Claro que había un látigo de terror en sus palabras, pero también la caída de un látigo. Pensé que, si yo fuera una gran leona, una osa o incluso una loba, ya que él me había llamado lobo, al igual que habían llamado a mi madre, podría echar las garras a estos muchachos que tanto se reían y arrancarles la cabeza. Me preguntaba si incluso en ese momento podría reunir todas mis fuerzas, no

para escapar, sino para eliminarlos del mundo.

—Sí, te van a colgar, desde luego que sí —dijo Frank Parkman, vaciando en el suelo y de un golpecito la pequeña bola negra de tabaco quemado de la cazoleta de su pipa, después de haber estado fumando todo el tiempo—. Se te vio en el pueblo esa noche. Dos muchachos te vieron, chica. Eso es lo que te lleva a la horca, sí, señor, aunque —y aquí hizo una pausa como el excelente actor de tragedia que posiblemente podría haber sido— sabemos que no fuiste tú quien mató a Jas Jonski.

Éramos dos caras mirándolo fijamente: tanto Wynkle como yo, pillados ambos por sorpresa.

—¿Lo sabemos? —preguntó Wynkle King—. ¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas —me dijo el sheriff Parkman, y su insignia plateada tintineó levemente mientras se inclinaba aún más cerca— de aquella vez que tanto te gusta recordarme, cuando viniste tan pinturera a la caballeriza, como un maldito principito? ¿Recuerdas que había un caballo negro allí, que pertenecía a la madre de Jas Jonski? Y te dije que no sabía por qué había venido en ese caballo desde Nashville y no en el tren o la diligencia. Pues la razón, por lo visto, era que la pobre mujer estaba tan loca como un potro recién nacido, vivía en ese gran y viejo sitio en Nashville, el manicomio de Tennessee, y ella siempre se estaba escabullendo para venir a ver a su hijo, causando mucho alboroto y búsquedas con la antorcha, como toda buena madre. Es que no le hacía ninguna gracia que ningún hijo suyo se casase con una india. Verás, jovencita, fueron salvajes como tú los que mataron a la abuela de su madre, me contó Jas. La atraparon, le cortaron la nariz y, en dos palabras, la machacaron hasta que murió. Allá afuera, en el territorio de Nebraska. Y va Jas Jonski y escribe a su madre para contarle que va a casarse contigo, aunque hayas rechazado su petición de mano, y que él va a escribirte. Vamos a ver, jovencita, su madre se queda pensando, ¿por qué haría algo así un muchacho civilizado? Escribirte, cuando puede tenerte a cualquier hora del día y cualquier día del mes. Tenerte sin más y obtener placer de ti, por el amor de Dios, si no hay ninguna necesidad de casarse con escoria como tú.

Me quedé mirándolo fijamente. Wynkle King también. Me di

cuenta de que Wynkle King estaba descubriendo todo esto al igual que yo. Pero su vejiga debía de haberle dado guerra también, porque de repente saltó, hizo ese pequeño baile que hacen los niños cuando necesitan orinar y se marchó a toda prisa. El sheriff Parkman ni siquiera lo miró. Pero se acercó unos centímetros más hacia mí hasta sentir su aliento en mi cara; tal vez se alegraba de la nueva intimidad.

—Así que se escapa del manicomio una vez más —continuó Frank Parkman, con cierto deleite—, se monta de nuevo en algún caballo que encuentra por ahí y se cruza todo Tennessee, contando sin duda las millas según el lúgubre número de búhos, hasta que, agotada y sedienta, llega a Paris. El recorrido le ha comido las carnes en sus huesos y en su rostro, y no es más que un fantasma —continuó—. Entonces se dirige a la morada de su querido hijo y, con el convencimiento y como un acto de favor, para liberarlo, según cree, de su gran error y elevarlo a los reinos de la libertad, lo apuñala, lo apuñala y lo vuelve a apuñalar. Esas veinte veces contadas. Luego, Dios mío, le abre el pecho con el cuchillo y le saca el corazón, el corazón de su propio hijo, y lo cocina, allí en la pequeña estufa de caballete que tenía para calentarse café, y se lo merienda. Todo por su bien, solo por su bien, como ella misma me contó después.

Oí un leve movimiento en las sombras, pero no aparté los ojos de Parkman.

—Entonces, entré para ver qué estaba pasando —dijo Frank Parkman—. Aunque si alguna vez un hombre tuviera ojos para ver semejante cosa, que me aspen. Nunca había visto nada tan macabro ni extraño. Te lo juro, muchacha. Nunca. Y espero no volver a verlo. Así que me llevé a esa pobre mujer lejos de allí y la limpié un poco, escuchando todo el tiempo su parloteo, sobre cómo Jas ya era libre por fin y que nunca vería el infierno, no, no, que era un ángel de oro que subiría al cielo, y qué gran servicio de amor de madre acababa de hacerle, y ya podría morir ella misma en paz, una mujer satisfecha de su misericordia y de sus actos. Después, la llevé al terrible y viejo edificio del manicomio y le pusieron la camisa de fuerza y todo estuvo bien. Y sentí que yo también había cumplido con mi deber respecto a Jas, salvando a su madre de la horca. Así que le pedí a un muchacho que le llevara una nota al coronel

Purton: «Oye, Purton», o algo así, «han matado a Jas Jonski; creo que sé quién fue: esa Winona Cole, la malvada chica india». Sí, llevé a esa pobre loca de vuelta a Nashville, me llevó una larga noche y un día entero, azuzándola para seguir avanzando centímetro a centímetro. Conseguí encerrarla de nuevo en su habitación. Estaban tan contentos de ver a esa mujer pródiga.

Me quedé sentada allí sin decir nada.

—¿Dónde está ese Wynkle? —preguntó Frank Parkman mirando a su alrededor detrás de él, y, luego, al descubrir a Wynkle ahí de pie, de repente, una mancha aceitosa en la oscuridad, añadió—: ¿Has vuelto, Wynkle?

Wynkle King salió de la penumbra con angustia y se sentó en su taburete como si tal vez nada hubiera cambiado, como si hubiera asimilado la historia de mi violación con calma, después de todo. Pero me preguntaba si no vislumbraba alguna extraña turbación en él. Si su rostro no se tensaba con sus pensamientos.

—¿Estás diciendo que vamos a amañarlo todo para colgar a esta chica pero que tú sabes que en realidad lo hizo una loca? —exclamó de repente, con la fuerza del tocón de un árbol soltándose en una riada—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Vi cómo la cara de Frank Parkman se desencajaba con un gesto de desdicha. Estaba claro que no había querido que nadie lo escuchara. Después, se recompuso y se puso tenso, casi con temeridad, en un tremebundo esfuerzo por evitar el desastre.

—¿Crees que podemos ahorcar a la madre de Jas Jonski? —preguntó, como si la reacción de Wynkle King fuera una gran sorpresa para él, e incluso algo que ofendiera su sentido del bien, algo con lo que cualquier hombre podría estar de acuerdo —. ¿Una pobre y afligida mujer y la madre de mi amigo? Alguien tiene que ser ahorcado por ello. ¿Por qué no esta chica?

Un nuevo silencio. En ese silencio vi un ratón cruzando el suelo de la celda, de derecha a izquierda, como si nada en el mundo le importara y no sintiera una pizca de interés por nosotros.

—Porque eso no está bien —respondió Wynkle King, con toda la inocencia de un niño.

Con un padre como el suyo, quizá sabía de lo que estaba

hablando. Su padre también había comido carne humana.

—Nunca has tenido un solo pensamiento bueno, Wynkle —dijo Frank Parkman, casi con humor—. No vayas a tener un pensamiento bueno ahora.

—No te lo voy a permitir, simplemente no voy a dejar que lo hagas. No voy a seguirte en esto. ¿Tan miserable crees que soy? No me conoces, Frank Parkman.

—Te conozco lo bastante bien, eres un desgraciado hijo de perra confederado, rastrero y palurdo.

—Vaya, ¿y tú acaso te crees el emperador de Nashville?

Wynkle King se había levantado y el taburete resbaló por el frío suelo. Era un taburete de madera sin pulir y se podían ver las marcas del hacha. El sheriff Parkman también se puso tenso mientras se levantaba a su vez, para poder hacer frente a Wynkle King. Dejó caer su apreciada pipa y la pisó sin querer, rompiéndola en mil pedazos, añadiendo así ira a su creciente cólera. Yo seguía sentada allí sin salir de mi asombro. No me moví un pelo. Me entraron ganas de hundir la cara entre las manos, no sé por qué, pero las mantuve clavadas a mis faldas. Había escuchado historias muy terribles, pero habían sucedido en el pasado, y aquí se cocía algo terrible justo delante de mí, a unos centímetros de mis rodillas. Wynkle King no pudo contenerse, tenía la mano en su pistola y como un relámpago desenfundó el arma cual si pesara mucho. Era como si el brazo apenas fuera capaz de sostener esa pistola.

—Tú nunca vas a dispararle a ningún sheriff, maldita sea —dijo el sheriff, estupefacto y muy ofendido—. Nunca.

Para demostrar tal conclusión, Frank Parkman desenfundó su arma con cierta torpeza. Apuntó con la lustrosa pistola al pecho de Wynkle King.

—Nunca vas a dispararle a ningún sheriff —dijo de nuevo.

Después, sonó una violenta detonación, como la que se consigue disparando un arma en una pequeña habitación y que revienta los tímpanos, por lo que la estancia retumbó con el estruendo. Frank Parkman bajó el arma e intentó levantarla de nuevo, luchando contra la fuerza de la bala que había penetrado en él en alguna parte. Wynkle King le había disparado, pero, con su último destello de fuerza, Frank Parkman apretó el gatillo y disparó, y yo sentí cómo la bala me quemaba por dentro.

*

Me desperté en el gran patio de la penitenciaría. Sabía perfectamente dónde me encontraba. No había estado allí nunca antes, pero de algún modo lo sabía. La enorme masa gris de un edificio se erigía detrás de mí. Estaba vestida con la ropa de un guerrero lakota. Qué feliz estaba de verla en mi pecho y en mis piernas. Una gran multitud de mi gente se encontraba delante de mí. Me llamó la atención que mi madre estuviera allí, pero lo acepté como algo extraño pero posible. Me sorprendió descubrir que yo debía de haber vivido mil lunas. Ella se parecía tanto a mí, no como una sombra, sino como una persona viva. Fue maravilloso para mí ver cómo me sonreía. Atrapó Su Caballo Primero, el gran jefe, también sonrió, como si todos sus esfuerzos por recuperarme hubieran tenido éxito al fin. Las cosas pueden salir tan bien, justo cuando menos te lo esperas. Había muchos soldados allí, y dos cañones Gatling dispuestos con soldados inclinados sobre ellos, como hombres sobre grandes telescopios.

Pero estos maravillosos lakotas hablaban todos a la vez, y algunos eran muy viejos y otros muy jóvenes. Atrapó Su Caballo Primero llevaba una larga y ancha pechera cubierta de abalorios que llegaba hasta el suelo y se arrastraba cuando se movía.

—¿Estás vivo, tío? —pregunté—. Creía que te habían matado.

—No me mataron —repuso—, pero todavía podría suceder. No lo sabemos. Estábamos esperando a que subieras.

—¿A que subiera de dónde?

—Del suelo. Estabas bajo la tierra, caminando. Ahora ya estás aquí.

—Madre… —dije a mi madre—. Era tan pequeña cuando vinieron los soldados; quiero decirte cuánto te admiro y me alegro de que seas famosa por tu coraje. Sin eso no podría vivir.

—Podrías vivir sin ello —respondió—, pero es mejor tenerlo.

Hablamos todo esto en lakota y sentí un mareo de la alegría de poder hablarlo. Pensé que nunca más volvería a verlos y

que era maravilloso, realmente maravilloso.

—Mira, Ojinjintka —dijo—, ha llegado el momento. Debes quedarte ahí y, después, cuando diga tu nombre, debes correr hacia nosotros y cruzar el muro.

—Pero ¿cómo voy a cruzar un muro tan alto?

—Estaré allí para ayudarte, con tu hermana.

Aquello me pareció bien y comprendí lo que quería. Habría quizá unas doscientas almas entre el alto muro y yo. Las primeras se tendieron en el suelo, las siguientes eran un poco más altas, y así sucesivamente, hasta que se formó una especie de camino ondulante de espaldas, preciosas espaldas lakotas, y todas vivas, desde donde me encontraba hasta el muro. Ahora atisbaba en el muro a mi madre, sí, y también a mi hermana. Estaba tan emocionada de verla. Las dos mujeres iban cogidas de la mano, mirándose frente a frente, como si quisieran auparme en la cuña que hacían con las manos. Qué guapa estaba mi hermana, y tan viva. Entonces mi madre me llamó por mi nombre, Ojinjintka. Y ya supe qué hacer, lo supe, no sé cómo, pero eché a correr y pisé sobre las primeras personas; luego, conforme iba pisando espaldas, por supuesto fui trepando y trepando cada vez más alto, hasta que estuve corriendo a toda velocidad, con el corazón como un colibrí que aletea, y alcancé las manos extendidas de mi madre y mi hermana.

*

Cuando desperté, cuando desperté de nuevo, vi a Thomas McNulty sentado al lado de la pequeña cama en mi cuarto oscuro en la granja de Lige. Me pareció que su semblante estaba concentrado en un humor meditabundo, pero después me di cuenta de que en realidad estaba durmiendo. No era la primera vez en la historia del mundo que una persona maternal se quedaba dormida junto al lecho de su hijo.

Al final de la estrecha cama estaba Peg, una pequeña y acurrucada silueta, tan caliente como una loba. Llevaba el andrajoso vestido amarillo. Por toda manta la cubría la luz de la luna.

Que el mundo es un lugar extraño y perdido no se discute.

Que no hay lugar en la tierra que no sea peligroso es el pan nuestro de cada día.

Que yo tenía almas que me amaban y corazones que me cuidaban era una verdad como un puño a la que podía aferrarme.

Título original: *A Thousand Moons*

Edidión digital: 2021

Copyright © Sebastian Barry, 2020
© de la traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones, 2021
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-1362-216-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com